



# NOSOTROS

## EL PROBLEMA DE LA EDUCACION SEXUAL

“El mal que miramos a la cara y sabe que lo miramos, está más que a medias vencido”.

ROMAIN ROLLAND. (1)

Los antecedentes más remotos del estudio de la árdua y eterna cuestión en nuestro país datan de 1907, es decir, de ayer. Hasta entonces nadie había tratado de la educación sexual, ni tampoco de la profilaxia social contra las enfermedades venéreas. Recién en aquella fecha el doctor Emilio R. Coni funda, como presidente de la *Liga Latino-americana contra la Avariosis*, la *Sociedad Argentina de Profilaxia Sanitaria y Moral*, similar a la creada por Fournier en Francia, y editó, a sus expensas, un boletín mensual y varios folletos de enseñanza anti-venérea.

En el Congreso Panamericano de Santiago de Chile, en 1909, presentó un estudio sobre *Frecuencia y Profilaxis de las enfermedades venéreas en la América Latina*, cuyas conclusiones fueron aprobadas, algunas de las cuales se transcriben a continuación, por rezar con el propósito perseguido en esta exposición:

“2º Que en los establecimientos de enseñanza secundaria se incluya en los programas de curso determinados conocimientos sobre instrucción y profilaxis venérea, con los mismos re-

(1) *El teatro del pueblo*: “El drama social”.

cursos empleados en la educación antialcohólica y antituberculosa”.

“3º Que las sociedades de profilaxis sanitaria y moral emprendan una guerra enérgica a la pornografía, que va revistiendo carácter alarmante en algunas capitales americanas” (1).

Algo más se ha hecho después, muy meritorio, por cierto, pero poco eficiente todavía. En 1911, Raquel Camaña supo quebrar las trabas reaccionarias que la detuvieron en el umbral del aula pública a la que se encaminaba a exponer el resumen de su obra en el Congreso Científico celebrado en esta capital y en el de Higiene Pedagógica de París, en 1910. Protesta (2) contra la versión de que el Consejo Nacional de Educación le había derogado el permiso, atento a que la conferencia iba a ser sobre “temas escabrosos”, y hace constar que las conclusiones de su trabajo *La cuestión del sexo y la educación especial, higiénica y moral en la enseñanza primaria y secundaria*, presentado al Congreso Científico, fueron aprobadas por aclamación, recomendándolas especialmente los doctores Súnico, Horacio Piñero, Antonio Vidal, Carlos Malbrán y Augusto Bunge. Esas conclusiones eran:

1—El estado debe implantar la educación sexual obligatoria y colectiva;

2—La coordinación y la sistematización de los programas de Ciencias Naturales serán la base de la educación en las escuelas primarias. En quinto y sexto grado se enseñará Anatomía y Fisiología no asexuada, haciendo resaltar que la finalidad de la procreación humana es la educación integral del hijo;

3—En la enseñanza secundaria, la educación sexual se especializará con cada sexo y se basará en las leyes biológicas de la herencia, de la selección y de la educación, en la estirpicultura y en puericultura;

4—Por medio de libros, de artículos, de revistas universitarias y populares se convencerá a los padres de familia que el primero y más importante de sus deberes, es la educación sexual de los hijos.

Las conclusiones aclamadas en el citado Congreso de París (eran más de mil congresales) en la sesión plenaria solici-

(1) No sólo en América; también en Europa. Véase el Apéndice I.

(2) *La Prensa*, Agosto 25 de 1911.

tada por ella para tratar de la educación sexual exclusivamente, son las siguientes:

"1—Que se dé a los niños una enseñanza sexual preparatoria, basada en las nociones de Historia Natural y que se completen las enseñanzas a los adolescentes."

"2—Que los candidatos a las funciones sean instruídos por médicos y profesores de Pedagogía respecto a todos los detalles de la cuestión sexual".

"3—Que se den las necesarias instrucciones a los padres por profesores bien seleccionados o por médicos escolares, por medio de conferencias pedagógicas".

La *Sociedad de Higiene Pública e Ingeniería Sanitaria*, aprobando unánimemente los dictados de Raquel Camaña, formuló un voto: "Por que en los programas de Higiene y de Ciencia de la Educación se incluya la educación e instrucción sexual en los Colegios Nacionales, Liceos, Escuelas Normales e Institutos Superiores de Profesorado (Facultad de Filosofía y Letras, Escuela Normal Superior, Sección Pedagógica de la Universidad de La Plata, etc., etc.)"

Al mismo tiempo, el doctor F. Otero publicaba en *La Prensa* algunos artículos muy bien pensados sobre la materia. Y ya entonces le había costado el puesto de inspector de enseñanza secundaria al doctor Samuel de Madrid por haber objetado a los textos y programas de Anatomía y Fisiología, la omisión del capítulo pertinente a la enseñanza sexual.

A Raquel Camaña le siguió Carolina Muzilli, quien, como aquella criatura privilegiada, consumió sus energías juveniles luchando con todo género de adversidades, para propagar entre nosotros el principio fundamental de la ética moderna: la educación sexual sin prejuicios, como hoy la predicán las dos dignísimas émulas de aquellas nobles mujeres, las doctoras Paulina Luisi y Alicia Moreau.

En 1916 el doctor Telémaco Susini se lanzó en una activa propaganda de higiene sexual y profilaxia social contra las enfermedades venéreas que produjo excelente émulación. Le siguieron en la tribuna popular los doctores Angel M. Giménez, Samuel Bermann, Hernani Mandolini, Leopoldo Bard, Rodolfo Senet, Raúl Ortega Belgrano y muchos otros, dándose preferencia al problema de la educación sexual, tema que había sido tan desatendido en nuestro país, a pesar de la liberalidad con

que manifestamos los impulsos naturales y no obstante el escaso arraigo en nuestro medio, de los prejuicios añejos que traen consigo los inmigrantes europeos.

Con tan honorables precedentes, yo me permito presentar aquí algunas consideraciones de las que expuse como fundamentos para la creación que no ha podido tener efecto de una obra amistosa en favor de los adolescentes desamparados de toda tutela en el período más peligroso, del punto de vista moral de la vida humana, iniciativa que desde los primeros años del siglo ha prosperado perfectamente en Europa y en Norte-América. Me refiero a la ética sexual. (1)

Se habla mucho de la malicia de nuestros niños y de la corruptela de inducirles a contraer vicios aún antes de haber llegado a la pubertad. Sin embargo, podemos observar, a diario, casos de deliciosa inocencia sexual, como el que paso a narrar: Un niño de seis años de edad pregunta a su hermana casadera: —“Dime: ¿por dónde ponen las gallinas, que nunca lo puedo ver?” Evasivas de la informante y engaños de la mamá fué todo lo que obtuvo por respuesta el pequeño preguntón. Así se comienza siempre a sofisticarle las nociones más fundamentales para la formación de su carácter y de su inteligencia, al niño. No es de extrañar, pues, que todo sea desvaríos para él, cuando la edad viril alborea.

La curiosidad por los fenómenos de la reproducción animal es muy viva y tenaz en el niño sano y normal, varón o mujer, no obstante la perfecta inocencia que conserva en todo lo que se refiera a la finalidad fisiológica del galanteo. Rezando el Ave-María, una niña de siete años pensó muy lógicamente que ella era fruto del vientre de su mamá.

Muy frecuentemente, los niños dicen que han sido empollados como los pájaros. Cuenta Mme. Schmid, la esforzada verista de la educación sexual, que a la edad de diez años, con motivo del nacimiento de su hermanita, las condiscípulas le “demostraron a la evidencia que no la había traído la partera en su canasto”. Ya madre, explica a su hijo de ocho años que aunque las gallinas pongan huevos, jamás podrían empollar “si un gallo-papá no les trasmite su semilla”, lo que induce al niño a

---

(1) Véase el Apéndice II.

En la *Revista Médica* de Córdoba, Enero y Febrero de 1920, se ha publicado el plan completo.

reflexionar: "*N'est-ce-pas, Maman, chez nous aussi, il n'y aurait pas d'enfants sans papá?*" (1).

Un niño de ocho años de edad instruye a un hermanito sobre el significado de la expresión "hijo de matrimonio":—"Tonto, ¿no sabes que quiere decir: hijo de un señor y una señora que duermen juntos en una cama grande, como Papá y Mamá?"

De mí sé decir que a la edad de doce años, en una discusión con un condiscípulo, éste me puso en vergüenza con el siguiente sarcasmo:—"¿Quiere decir, entonces, que los indios de la Pampa no tienen hijos si el cura no los casa?"—¡Qué revelación! Quedé atónito, fija la mirada en la fisonomía de mi camarada cuarterón,—y esa fué la fecha en que comencé a minar con el análisis, nada científico todavía para mí, por cierto, la enseñanza, práctica o verbal, de moral religiosa que había recibido de mi madre y mayores, cayendo tempranamente en motecinas decepciones impropias de la edad natural de la alegría.

Por regla general, el niño bien criado llega a puber sin sospechar, ni remotamente, los verdaderos goces y peligros que el sexo le depara. Sabemos que hasta la edad de doce años, el carácter de los niños de ambos sexos no presenta gran diferencia. Pero así que se define el sexo femenino, más precoz que el masculino, ya podemos dar por diferenciadas con precisión ambas tendencias recíprocas. Para evitar complejidades mayores, no nos ocuparemos por ahora sino de nuestro sexo, el "de miseria", al decir de Edmond Perrier (2), este nuestro pobre sexo feo que siempre está a las duras, superabundante en las grandes crisis de la especie, a raíz de los desastres, de las pestes y de las guerras, escaso en los tiempos de bonanza, propicios al femenino, que es acaparador contrípeto y sedentario, del punto de vista biológico, engañoso y locuaz en la época de los amores, según la opinión de los escarmentados.

Ocupémonos por ahora del "sexo de miseria" tan apreciado como carne de cañón en esta época de liquidación bélica de la competencia capitalista de anglo-sajones y germanos, a costa de los ideales democráticos de la más gloriosa y liberal de las naciones.

Aplaudo el programa de la Federación Abolicionista y tomo parte en su representación; pero acepto solo como un

(1) FOREL: *La question sexuelle dans la pédagogie*, pág. 577.

(2) *A travers le monde vivant*: "La question des sexes".

ideal remoto, si no inasequible, su lema “no hay más que una moral, igual para el hombre y la mujer”, por la sencilla razón de que el sexo masculino no es igual al femenino, en ningún sentido, ni aún tratándose de parejas de afeminados y marimachos; es darse contra las piedras querer homologar lo heterogéneo. Si el hombre no fuera tan ciego, y tan lista la mujer, ya se sabría quién engaña a quién en la realidad de la vida secreta. La historia habla claro, pero como los textos escolares no enseñan sino las crónicas militares y políticas...

Pero limitémonos a tratar de la educación sexual masculina solamente para fijar el propósito inicial, dentro de los lineamientos generales de la de ambos sexos.

¿Debemos dejar las cosas como están, pensando con Ingenieros que “el analfabetismo del corazón dura poco en los individuos normales, y que en materia de educación sexual, la auto-didáctica es el todo”, — vale decir “peor es meneallo”, — y recordando la cínica sentencia de Paúl Bourget, “la mucama es el agente biológico para la preparación sexual de los adolescentes burgueses”, endosarles a los nuestros, con entera desatención de las faces feminista y económica (proletaria) de la cuestión, el consejo de Sterián a los padres pudientes: conchar a mucamas atrayentes que sean serviciales con los señoritos de la casa, considerando que “hay que hacer cara de no ver ciertas cosas, para no sufrir grandes contrariedades en nuestra vida de familia, así como en lo concerniente a la salud de nuestros descendientes”, porque “nada es más inmoral que todo aquello que es contrario a la fisiología del hombre” (1). Ciertamente, no.

Pero la realidad es mucho peor que todo eso. No hace mucho, tuve ocasión de presenciar los transportes de alegría de un pergenio de quince años en vísperas de estrenar sus primeros pantalones largos. — “Me los pondré mañana, y con los cinco pesos que me dió abuela iré con mi primo a...” —, y dijo una palabrota. Contuve la risa y, a la vez, quedé apenado pensando en la inminencia de los graves riesgos a que se lanzaba debido a la crasa ignorancia en que se le había criado, con su hermosa cabeza rubia que bien pudiera albergar un cerebro potente con buenas disposiciones naturales, no despertadas aún y ya expuestas a ser malogradas para siempre por el vicio y la infección,

(1) STERIÁN: *L'Education sexuelle*, pág. 170.

cortándosele toda posibilidad de nobleza y de salud. ¿Qué hacer en casos como este, en que la conciencia de los padres no ha despertado todavía al más sagrado de los deberes de la paternidad: la preservación sexual de sus hijos?

Austregesilo, afamado psiquiatra fluminense, dice: "Los deseos sexuales ocultos en lo inconciente, oriundos de la segunda infancia y de la pubertad, no encontrando caminos naturales de sus descargas, ora se transforman en sueños, ora hundidos en lo íntimo de la personalidad, se transforman en psico-neurosis". "La vida sexual no es un mal ni un bien: es una fatalidad biológica. El hombre debe hacerla todo para perfeccionarla y no para corromperla; y si quisiera, llegaría a hacerla un bien" (1).

Falto de la amistad paterna en el período de la vida en que más la requiere y más debiera estrecharla, el púber es a menudo asistido moralmente por algún "director espiritual" católico que le presenta como guía y modelo la figura tutelar del joven príncipe Luis de Gonzaga, prototipo del onanista inveterado, al decir del doctor Angel M. Giménez que ha hecho el análisis psicológico de la biografía del "santo patrono de la juventud". Dice el psiquiatra brasileño ya citado: "En los abusos de Onán, reconocen muchos psiquiatras la fuente o el origen de varias psicosis, sobre todo en la pubertad"... "Mi larga vida de neurólogo y de psiquiatra me autoriza a afirmar que en casi todas las psicosis, si no en todas, la sexualidad entra como factor importante. A pesar de que algunos juzguen a las pasiones de tipo místico o impenetrables, independientes del actor reproductor, hoy el consenso de los filósofos biólogos, admite ser la sexualidad su fuente exclusiva, apenas disimulada o adornada por el brillo de la inteligencia y por la dulzura de los afectos". — Dice de paso, glossando la Biblia: "la fuerza del amor condujo a Adán y Eva a la desobediencia y al pecado, y para los fines de la sexualidad, las seducciones de Satán fueron más poderosas que los preceptos divinos"; y citando a Freud agrega: "el sportman y el místico son sexuales desviados"... "Para el médico, la neurastenia, la histeria, la psicastenia, la demencia precoz, tienen el esqueleto psicológico o su origen en las desviaciones del instinto sexual. Las doctrinas sexualísticas de esas enfermedades

(1) *Sexualidad y psico-neurosis*. Conferencia publicada en *La República*, Octubre 25 de 1918.

mentales son filosóficas y clínicas". Después de escuchar a los doctores Austregesilo y Giménez la cosa es como para encomendar a nuestros jóvenes amigos a San Luis Gonzaga.

Sterián les advierte a los novicios en la pubertad: "Se necesita mucha voluntad en el adolescente y en el hombre ya formado para ponerse en guardia contra las enfermedades sexuales. La experiencia no es siempre un factor suficiente para ponerse al abrigo de las enfermedades venéreas; muy a menudo el joven satisface de prisa y al azar su necesidad fisiológica". "La parte más difícil (de la educación sexual) concierne a la profilaxia de las enfermedades sexuales en el adolescente, y debe estar a cargo de los padres. Que los padres aprendan a conducirse respecto de sus hijos; el padre debe ser su confidente" (1).

Dice Octavio Mirbeau por boca del abate Julio: "Con semejante injuria paterna para la educación sexual de los hijos, como la que el caso supone, ¿qué se puede esperar, sino el desarrollo de las tendencias más malignas, como consecuencia de aquella falta? Los padres y las madres son grandes culpables. En lugar de ocultar al niño lo que es el amor, en lugar de falsear el espíritu, de turbar el corazón, presentándolo como un misterio terrible o como un innoble pecado, si tuviesen la inteligencia de explicarle sin rodeos, de enseñarle como se le enseña a andar, a comer; si ellos le asegurasen el libre ejercicio en la época de las pubertades decisivas, el mundo no sería lo que es y los jóvenes no llegarían a la mujer con la imaginación ya corrompida... En lugar de conservar en el amor el carácter que debe tener en la naturaleza, el carácter de un acto regular, tranquilo, noble, el carácter de una función orgánica, hemos introducido el ensueño, el ensueño nos ha traído lo insaciable, y lo insaciable, en fin, el libertinaje. Porque el libertinaje no es otra cosa que la deformación del amor natural por la ilusión. Las religiones — la religión católica, sobre todo — son los grandes alcahuetes del amor. Bajo pretexto de dulcificar el lado brutal — que es el sólo heroico — han desarrollado el lado perverso y malsano, por la sensualidad de las músicas y los perfumes, por el misticismo de los rezos y el onanismo moral de las adoraciones. En las iglesias, en el día de las fiestas solemnes, aturcido por el canto de los órganos, enervado por los olores

(1) *L'education sexuelle*, pág. 167.

del incienso, vencido por la poesía maravillosa de los salmos; siento que mi alma se exhala; se estremece, removida en todos sus vagos entusiasmos, en todas sus aspiraciones no formuladas, como mi carne se estremece sacudida en toda su médula ante una mujer desnuda o solamente ante su imagen soñada”...

No hay modo de llegar a apreciar el daño que sufren el individuo y la sociedad por efecto de la falsa pudibundez paterna, torpe y necia, cuando no indigna. Porque no escasea desgraciadamente, aún mismo entre la gente adinerada y aparatosa que se precia de constituir la *élite* dirigente y ejemplar, los padres y las madres que no merecieron serlo. ¡Uf, la comedia humana! ¿Quién comulga de buena fé con eso hoy día? Y, sin embargo, se tolera.

La ocurrencia del mozuelo ansioso de ensayarse en el libertinaje e inocente de todo amor, me recuerda la incidencia de pubertad que ocurrió a un camarada de infancia a quién los amigos de sus hermanos mayores le llevaron, quieras que no, a un lenocinio y le encerraron con una loba. Salió de allí asqueado, infeccionado y lleno de fobias y quejumbres que malograron en la hebefrenia consiguiente todas las oportunidades de gozar la “edad de oro”, como se la ha llamado a la adolescencia. ¡Vaya un modo de gastar el oro puro de la vida! Con razón dice el doctor Ch. Jakob que el hombre no aprovecha ni la milésima parte de la energía vital de que podría disponer, si supiera educarse fisiológicamente.

El cristianismo, en la obsesión demencial de educar al púber simulando tenerle por asexuado como los imaginarios querubines, ha inducido a los jefes de familia y a los educacionistas a abandonarlo al arroyo, tan luego al margen del Rubicón de la vida, a que vaya a husmear, como machito montaráz, las las presas cotizables del sexo *soi-dissant* débil. No lo harían peor si, para inculcarle el modo de regularizar la satisfacción del hambre, lo sometieran, de niño, a un régimen de ayunos, hasta conseguir despertarle, en el horrible fondo oscuro de la bestia humana — que todos cuidamos de aletargar, para sosiego y salvaguarda de nuestra conciencia — atávicos ímpetus de antropofagia como un *avant-gout* de la merienda que se le prodirá más tarde.

Pues a aquéllo o a ésto están abocados los adolescentes en nuestro país: en esta metrópoli, como en las demás ciudades

y en las poblaciones de campaña; todos, salvo los dichos burladores, excepciones éstas que se ostentan a justo título de hombría, puesto que la osadía sexual — gentil, se entiende — conduce al éxito en el galanteo, a no dudarlo. Y lo malo es que estas excepciones provocan simulaciones de emulación muy malignas. Son tan gallardos los adolescentes burladores — bien lo saben sus *entraineuses* — que se les ha concedido, en todos los tiempos y en todos los pueblos, amplio margen para sus expansiones incontenibles. Pero, ¡cuánta cobardía moral, en el reverso de la medalla! La lucha sexual es así, al menos hasta ahora: el éxito es de los más exigentes y olvidadizos.

Una tarde de otoño, regresando de un arrabal en un tranvía ví entrar con presteza y tomar asiento a mi lado, a una agraciada y elegante morocha seguida de un mocetón rubio y fornido, quién colocándose a tiro comenzó a requerirla con la mirada audazmente y sin el menor indicio de incorrección en su apostura. Ella no podía disimular su nerviosidad; sus ojos brillaban como luceros, el rostro encendido, las manos intranquilas, todo se le antojaba tocarlo y retorcerlo, el sombrero, la blusa, los guantes, los pliegues de la falda. Bien advertimos los viajeros lo que pasaba. El galán permanecía aparentemente sereno y correcto. Una dama cercana a él acentuó un gesto despectivo que no rezaba con el ardor de su mirada; mimetismo inconsciente, quizá.

Desentendiéndome respetuosamente de la dulce lucha que presenciaba, me puse a hojear unas páginas sueltas que llevaba conmigo: *Accidentes nerviosos de origen genital en los niños*, trabajo presentado al Congreso Nacional de Medicina por el doctor A. Ramaugé, y leí el pensamiento que copio a continuación: “Es un hecho evidente que el funcionamiento psico-físico en el hombre y su equilibrio normal dependen, en gran parte de la integridad y perfecto estado fisiológico de sus órganos genitales; y tal convicción en su fuero interno es, ciertamente, lo que lo alienta y lo hace eficaz en toda su actuación. En su autonomismo, éstos preponderan y reclaman sus derechos como parte integrante y principal del organismo. El placer es nuestro pensamiento y el goce nuestro fin supremo y a ellos subordinamos gran parte de nuestras energías y determinismo. La frase de profunda psicología del talentoso jefe de policía de París, *cherchez la femme*, demuestra, en síntesis, la acción ava-

salladora que la mujer imprime en las resoluciones del hombre en sus actividades y energías. Como un *Deus ex machina*, ella es al mismo tiempo la fuerza impulsora, el norte, la dinámica insustituible de las acciones masculinas". Jamás puse bajo mis ojos lectura más a punto que esa la casualidad.

No habríamos andado un kilómetro cuando la morocha optó por pasarse a otro banco y, listo como su sombra, el rubio se le sentó al lado. Antes de hacer el tranvía una cuadra, sonriente iniciaba su diálogo la pareja, y el *tête-a-tête* no cesó hasta el momento de descender, él tomando a su presa suavemente del codo, y así se marcharon juntos y a solas a las 7 de la noche por el centro de la ciudad. Mirándolos alejarse reflexioné: ¡Qué contento estaría yo si fuera el padre del rubio; y cuántos sobresaltos y amarguras, si el de la morocha! Y los primeros actos de todos los dramas de amor que yo había conocido y muchas otras cosas más, pasaron por mi memoria. La vida de relación bi-sexual de la juventud es así, terriblemente así: conflictiva y desigual, como la colaboración ontogenética.

\*

\* \*

Por cierto, no hemos de desear que un adolescente se salve hundiéndose a una joven, háyala tomado virgen o no. Hay que voltear las vallas perniciosas con que tropieza el adolescente al disponerse a apaciguar las naturales exigencias genitales, si no queremos que continúe siendo la enconosa y rastrera lucha sexual en que se ensaya el púber abandonado a su inexperiencia de novicio, el procedimiento más seguro para la difusión del morbo venéreo y de la provocación al aborto. "Amar es procrear, dicen los biólogos, y así debiera ser. Sin embargo — arguye Austregesilo — el hombre (1), cuando ama, habitualmente no piensa en la procreación, sino en el egoísmo sensorial de la *epilepsia brevis*, en el goce, en el placer". Dejamos al inexperto efebo en libertad de contraer los peores males evitables y vedándole el decisivo azar de las atracciones espontáneas que producen el primer amor, como si no tuviéramos harte con la triada hereditaria que sobre todos pesa, cual más cual menos, de una o de otra manera: la tuberculosis, el cáncer y la heredo-sifilis con su secuela de vesanias. Debemos de propender a que

---

(1) Y con mayor razón el muchacho.

lo malo no contamine lo bueno, dejándonos de éticas rancias elucubradas en la paranoia religiosa.

Pero mientras los fundamentos económico-sociales de la civilización no sean modificados cardinalmente por las reivindicaciones del proletariado, será imposible dar respuesta, ni remotamente aceptable para todos los temperamentos, a la cuestión sexual de la adolescencia.

Imposible eliminar el *necessary evil* que conduce a los jóvenes al sucio y peligroso hábito de la *masturbatio vaginac* si no hacemos la vista gorda ante los *coups de foudre* como el caso aludido, por más que sea muy cierto y justiciero lo que dice el doctor Wyhm, citado por la doctora Luisi (1): "Es necesario que juzguemos con menos severidad a la maternidad imprudente, y que rechacemos lejos de nosotros el absurdo prejuicio que deshonra a la madre soltera. ¡Prejuicio más criminal que absurdo! Idea bárbara que queda en nuestro cerebro como fruto malsano de otra época; idea desgraciada que se opone a las fuerzas más irresistibles de la naturaleza".

¿Por qué, pues, tanto desdén para con la soltera caída, principalmente de parte de las adúlteras menos autorizadas para ello, muchas veces verdaderas panteras consentidas que posan, impenitentes, de Francescas y de Melisandes de baja ralea, con sus Paolos y sus Pelleas lerdos y sufridos como burdéganos en su abyección, verdaderas Clytemnestras aterrorizadas con los equívocos espectros de Orestes y Electra parricidas inocentes?... Porque ellas comprenden que, para el común de las gentes, todo es creíble, excepto la verdad; y despistar es fácil.

Tampoco, los homosexuales, de uno y de otro sexo (2),

(1) *Un crimen social. La trata de blancas.*

(2) Remito al lector sorprendido, para que no prejuzgue respecto de nacionalidades, a las siguientes obras: *L'instinct sexuel, evolution et dissolution*, por Ch. Feré; *Psychopathia sexualis*, por R. von Krafft Ebing; *Estudios de Psicología sexual: Hombre y mujer, La selection sexuelle chez l'homme y L'inversión sexuelle*, por Havelock Ellis. En este último libro leemos (pag. 51): "La gran difusión de la inversión sexual y de la homosexualidad, en general, no da lugar a dudas. Tengo pruebas de su frecuencia en Alemania, Inglaterra y en los Estados Unidos. En Inglaterra, sus manifestaciones son muy señaladas para cualquiera que tenga los ojos abiertos". Pág. 223: "Ha sido dicho por numerosos observadores bien colocados para observar los hechos en Alemania, en Francia y en Inglaterra, que la homosexualidad aumenta entre las mujeres". En la reciente obra del doctor Aynes *Masculinización de la mujer, su decadencia sexual* se leen consideraciones y citas análogas.

¡Vaya una prueba de castidad, esta disociación de las respectivas finalidades complementarias de cada sexo!

los sodomitas, especialmente viperinos para juzgar de la actuación social de la célibe independiente, y sumisos anda-vé-y-dile de aquellas otras, perdonan jamás el crimen de lesa pudibundez de la buena joven soltera que cedió, débil hembra, en el galanteo con el varón de su simpatía, y guarda, madre noble y sensata, el fruto de sus amores.

¿Es más honorable, acaso, la mujer que se vendió por contrato civil a su marido, que le es sexualmente indiferente, cuando no inaguantable, tan sólo para asegurarse los medios de vida holgada que le permitan ostentarse ante sus competidoras en la feria mundanal dueña de un hombre, de un hombre al menos, y garantida por la ley?... ¿Qué otra cosa significan el contrato matrimonial y la ceremonia religiosa, aunque literalmente expresen lo contrario?

Dice Ingenieros (1): "algunos teólogos enseñan que al cumplirse el deber social llamado matrimonio aparece el amor espontáneamente; de esta singular doctrina son víctimas predilectas las mujeres, así expuestas a ser madres sin haber amado a sus maridos". No es de extrañar, pues, que Camille Mauclair diga que "la burguesa adúltera odia a la ramera, le envidia, ante todo, la plena satisfacción de los sentidos, sin freno ni recato", y que "no hay mucha semejanza entre la prostitución del matrimonio y la pública" (2). ¡A las Mmes. Putiffar y las "Serafina la devota" (3) — que forman legión en las clases acomodadas, en todo el mundo — el rebatirlo con retórica mujeril!

¿A qué, pues, martirizar a la soltera que no quiere ser ni casadera ni disoluta, sino madre abnegada de sus hijos?

Conozco casos verdaderamente ejemplares, en la clase proletaria como entre los encumbrados — no importa cual sea su condición económica — de madres solteras dignísimas. Sé de un chauffeur, excelente padre de cinco hijos, a quién su patrona le instó de consagrar por la ley y la iglesia el maridaje. — "No, señora — le contestó—. Así como estamos unidos mi

(1) *Werther y Don Juan*.

(2) *De l'amour Physique*, págs. 219 y 221.

(3) Protagonista de una comedia de Sardou. Blanca en canas y confusa la memoria de sus múltiples amores furtivos, Serafina se complace en dar suelta a su histeria presentando fiestas de caridad con otras matronas y algún prelado entre tanto prepara a su hija única, para enclaustrarla en un convento muy distinguido.

esposa y yo, aunque la religión y la ley nos tengan por solteros, somos muy felices viviendo con nuestros hijos y trabajando para ellos. Por lo demás, declaramos su filiación en el registro civil". — Otro caso ejemplar: el de uno de nuestros más grandes repúblicos de la actualidad, viudo y padre de numerosa prole, cuya educación dirige; y, sin embargo, es célibe ante la ley. Su compañera, soltera también, fué un modelo de esposa y de madre.

Ya se aproxima la hora — por lo menos, así lo anhelo — de concluir con las rémoras bárbaras que cohiben a las mujeres de consumir su primer amor, el único espontáneo quizá. "Solamente la voz del amor puede decir al individuo que su unión con otro individuo determinado es deseable en el interés de la conservación y del perfeccionamiento de la especie". Este pensamiento de Max Nordau, escrito en 1882, es exactamente la última palabra de la biología aplicada al mejoramiento de las razas humanas, o sea la eugénica, y aparece como el *moto perpetuo* de la lírica a través de toda la historia de la literatura.

\*

\* \*

La osadía sexual es, innegablemente, la cualidad viril por excelencia — digan lo que quieran los tartufos y las gazmoñas en sus mentideros. Luego: ¿puede, entonces, desoir la viricultura los dictados de la endocrinología respecto a la estimulación y el mantenimiento del equilibrio armónico en los adolescentes, sea cual fuere el temperamento y el régimen de vida de cada sujeto, si vemos que la ginecología moderna rectifica el viejo aforismo "*tota mulier in utero*" agregando *et ovarium*, de acuerdo a los consejos, inestimables para la clínica médica, de aquella importantísima nueva rama de la fisiología? Dice Stanley Hall: "Reprimir a su debida edad la saludable predisposición sexual, es un pecado cardinal de lesa juventud, porque oscurece la mente invalidándola para elevarse con las más puras intuiciones cuyos momentos psicológicos deben ser advertidos por el buen sentido" (1).

Es indudable que si nuestros jovencitos, tanto los ardorosos como los apáticos, fueran educados conforme a las ense-

---

(1) *Adolescence*, tomo II, pág. 109.

ñanzas de Toulouse, Forel, Havelock Ellis, Sterian, Déssee, Mendousse, Compayré, etc., etc., habría de tener fuerza de anátoma el pensamiento de Stanley Hall, contra los padres y los educadores negligentes, criminalmente negligentes, que no han despertado todavía a las alarmas lanzadas por las gallardas discípulas de Ellen Key en nuestro país, cuyo ejemplo de enorme valor moral nos trae a la memoria la exhortación dirigida por el doctor Alejandro Korn a nuestro mundo universitario al hacerse cargo del decanato de la Facultad de Filosofía y Letras: "Recordemos — decía — recordemos ante todo que el ser no es sólo acción, sino acción creadora; despierten, pues, las condiciones ingénitas de nuestro pueblo, dejemos de asimilar simplemente el pensamiento ajeno, tengamos el coraje de emitir el propio". Sigamos el consejo y hagamos como aquellas mujeres de *élite*; pongámonos a la obra y no nos arredre la reacción de obscurantismo que se cierne sobre la cuestión sexual en la Argentina.

"Ya en 1892 — refiere P. Mendousse (1) — la literatura alemana había señalado el interés del problema". Y Araquistain dice del drama de Widekind *Despertar de Primavera*: "es un verdadero alegato a favor de la franqueza de la educación sexual contra el fariseísmo burgués. Esta tragedia de la pubertad, o sea el conflicto del despertamiento del sexo con la táctica de ocultación adoptada por la moral de la familia debió perturbar fuertemente todo un sistema moral y pedagógico de arraigo".

Hace más de 12 años que en varias ciudades alemanas, Dusseldorf y Elberfeld entre otras, ya se dictaban cursos de *Sexualidad humana*, consejos a los bachilleres sobre los peligros sexuales que les amenaza en la vida. En carta previniendo a los padres de los alumnos se dice: — "En el momento que nuestros discípulos llegan a hombres es tanto más necesario instruirlos sobre estas cosas, ya que en la escuela y en la casa muy frecuentemente se deja pasar la oportunidad de hablar con franqueza de las relaciones que son el punto de partida y el fundamento de toda nuestra vida social. No se ha aprovechado de hacer desaparecer así el atractivo engañoso que a la juventud siempre inspira ese misterio que le ocultan, el fruto prohibido".

(1) *L'ame de l'adolescent*, pág. 42.

## NOŞOTROS

Yo desearía ver anexo a nuestras universidades algo así como la obra que prometía aquella iniciativa francesa de *La vie normale*, malograda en las vísperas de la conflagración europea: un núcleo de hombres de autoridad moral y valer científico, sin prejuicios religiosos, capaces de hablar claro, firme y pausado, y de actuar en consecuencia, para allegar a los adolescentes la enseñanza y el consejo oportuno, prevenirles, sobre todo y de la manera más eficaz posible contra los peligros de las infecciones por el espiroqueta pálido y por el gonococcus, aquella maldición bíblica y esta “prueba de iniciado en las lides del sexo fuerte”, de que se granjean tantos muchachos exteriorizando ingénuamente una aberración degenerativa, verdaderos casos de masoquismo, frecuente, aquí como en Europa, entre los jovencitos adinerados, ¡cosa más curiosa!, verdadera regresión a la mutilaciones salvajes, como lo dicen Stanley Hall y Havelock Ellis.

Debemos quitarles la venda de los ojos a los efebos enseñándoles toda la verdad y toda la belleza del sexo, sus delicadezas y sus peligros. He leído en muchos autores, y pienso con ellos, que si lograsen los padres de familia educar a sus hijos en la verdad de la cuestión sexual, sería la adolescencia, efectivamente, la “primavera de la vida humana”, la edad dichosa, toda salud, energía y simpatía, y no como lo ha sido hasta ahora: la vía-crucis del sexo.

¿Quién no sabe que la inmensa mayoría de los jóvenes de nuestras ciudades es gonorréica? Dicen los médicos que ni el 5 % escapa al contagio. ¿Qué porcentaje de avariosis podemos cifrar? 30 %, si no el doble. Y no hablemos de la heredo-sífilis, porque hay autoridades médicas que la declaran la maldición universal de la especie humana.

Increíble que a todo esto, los padres de esos incautos efebos, víctimas prematuras de su mala preparación, y peor ambiente aún, adopten la actitud del alemán del cuento: miran el humo, como si nada grave les acaeciera a sus hijos.

No hay duda que la difusión de los sports al aire libre, el *foot-ball* y el *scouting* particularmente, hacen mucho por el vigor moral del niño de 12 a 16 años — la escabrosa edad del Rubicón. Pero eso no basta. No bien se inicia en el comercio sexual el adolescente, le acechan todos los peligros. Se requiere una institución perseverante, de acción continua y persuasiva,

que tome a su responsabilidad el inculcarles la higiene, la ética y la profilaxia sexual.

Pienso que con los precedentes de la propaganda iniciada por el doctor Susini, continuada por algunos distinguidos colegas suyos, se podría fundar un instituto que organice, popularizándola por medio de la difusión de folletos, esa propaganda y compile una biblioteca del adolescente, para editar la "biblioteca efebiana" que propone Compayré, y establezca consultorios y servicios de correspondencia reservada, bajo pseudónimo y garantida por el secreto profesional, y propiciando la sociabilidad y la cultura funde una revista semanal que guíe hacia las más sanas orientaciones las tendencias juveniles de sus lectores.

Ya es tiempo de que los predicadores de moral cristiana no sigan disfrazándose de asexuales, para fulminar con las iras divinas a las criaturas que obedecen a las tentaciones naturales y normales, mientras ellos toleran e indulgen crimosamente en las perversiones sexuales. Ha llegado la hora de decirles: *la comedia asexual é finita.*

De la asexualidad de estos furibundos misóginos a la vainilla (1) que visten la túnica talar para no tentar con sus formas a las feligreses, tengo más que sobradas sospechas, como sería forzoso inferirlas de la lectura del párrafo siguiente, tomado de una carta en la que se me comunica cierta experiencia moral, recuerdo de infancia del remitente, digna de publicarse:

"Tenía yo 10 años — dice — cuando, en 1880, mi buena madre me puso bajo la tutela religiosa del capellán de... (aquí el nombre de un convento de monjas) recomendándole prepararme para hacer la primera comunión, esa ceremonia litúrgica que tan intensamente conmueve la psiquis del niño. Como yo estaba bien al corriente de la "doctrina", aprendida de memoria en el estúpido catecismo Astete, pronto me llegó el momento de la confesión. El sacerdote me llevó a la sacristía y sentándose en un viejo sillón parroquial me indicó de arrodillarme junto a él, y comenzó el interrogatorio. Para no perder tiempo, sin duda, mientras me preguntaba qué clase de picardías acostumbraba hacer, me restregaba la cara con su barba dura de tres

---

(1) HAVELOK ELLIS: *La Selection sexuelle*, pág. 179; *L'odorat. Les symptomes du vanillisme.*

días, áspera como felpudo de yute, y suavemente me tenía de los brazos.

“Contesté que solía robar dulce de la despensa y que desde el balcón de casa tiraba cascotes a la azotea de enfrente, donde vivía una adivina; por todo lo cual me recetó unos padre-nuestro con sus ave-maría correlativas, y que volviera tal día. Referí a mis padres cómo me había ido de confesión. “Me erizaba todo, su barba como cepillo. Y: ¿no dicen que los curas no fuman?; ¡tiene un aliento más fuerte!”

El caso fué que mi padre no consintió más confesiones, y se me llevó a otra iglesia a hacer la primera comunión, cosa que me espeluznaba de terror, porque yo había reincidido en la gula y en la falta de amor al prójimo, a causa de esa adivina que se me había cruzado entre ceja y ceja”.

Hace unos 15 años, el padre Jordán, rector del Salvador, replicando algunas observaciones del doctor Horacio Piñero, decía de las perversiones sexuales en los internados: “Son males inevitables, cuya existencia debemos ignorar”. Nada más jesuítico, casi digo pragmático. ¡Qué me vengan con esas los *asexuados* pastores de almas, cultores de “la más pura gloria de la iglesia latina”.

“Más valiera — dice Mendousse (1) — arriesgar al adolescente a los daños inherentes a las relaciones íntimas con el otro sexo, que malograrle, como ocurre frecuentemente en los internados, las más elevadas actitudes físicas y mentales cuya herencia oculta ignora...”. — Y Forel dictamina (2): “El niño tiene derecho a ser protegido contra toda perversión por contaminación, como contra todo atentado sexual de cualquier naturaleza que sea, y la sociedad tiene el deber de organizar su protección. Luego, tiene que estudiar la cuestión y ponerse en condiciones de ofrecer a la juventud la instrucción racional que es necesario darle”.

Todos conocemos su famoso libro, — a decir verdad, plagado de concesiones inmorales, del punto de vista biológico y psicológico, a la sociedad filistea que ha sumido a la Europa en la espantosa catástrofe que hoy presenciamos desde Beocia... Pero partiendo de sus principios, sin tomarlos al pié de la le-

(1) Obra citada, pág. 48.

(2) *La question sexuelle*, pág. 549.

tra, podríamos establecer una institución de *Educación Sexual*.

Recordemos las perplejidades de Th. Ribot al esbozar la psicología del instinto sexual (1): "El instinto sexual es el centro alrededor del cual todo gravita; tiene una finalidad muy neta y muy fácil de precisarse, ¿cómo puede desviarse? Otros instintos, el de conservación bajo forma ofensiva o defensiva, el *self-feeling*, no tienen un mecanismo que les sea exclusivamente propio y son susceptibles de adaptaciones variables y múltiples. Este está encerrado en límites estrictos por la naturaleza. Sin duda, todo instinto tiene sus oscilaciones, pero no varía sino en los medios; al fin queda el mismo". "En las desviaciones, al menos en las extremas del instinto sexual no pasa lo mismo, todo cambia: medios y fines. ¿Cómo puede fallar un instinto tan sólidamente establecido con su mecanismo propio?".

En lo que va del siglo, la novedosa Endocrinología no ha cesado de producir pasmosas sorpresas a los clínicos y a los estudiosos, y no ha sido la menor la de que el equilibrio armónico, que regula el desarrollo del organismo y el funcionamiento de la vida vegetativa, es regido esencialmente por la evolución sexual desde que comienzan a esbozarse las primeras manifestaciones pre-puberales. Así lo dicen Falta, Cushing, Pende, Marañón y B. A. Houssay. *The tragedy of education*, por E. Holmes, y *Origine et prophylaxie du desequilibre psychique chez l'adolescent*, por F. Amaourow para no citar más que libros para padres y educacionistas, son testimonios científicos más que comprobatorios de la ineludible necesidad de pedir el consejo a la filosofía científica, para guiar la educación sexual de nuestros hijos y menores, la que, en puridad de verdad, ha sido desvirtuada tanto por las aberraciones religiosas como por las aberraciones del libertinaje.

¿No queda patentizada la necesidad de instituir la tutela amistosa y liberal de los adolescentes? Debiéramos constituirnos y acusar personería ante los padres, los educacionistas, los médicos y la sociedad, para ser respetados en nuestra actitud colegiada; y no habríamos de respetar lo que la ley no obliga y la ciencia condena. Y aunque obligase la ley, nos habríamos de rebelar contra esa pseudoasexualidad encubridora de prácticas libidinosas; crimen o monstruosidad esto; síntoma grave,

---

(1) *Psychologie des sentiments*, págs. 252, 253.

si aquello fuera real y sincero, de estados demenciales, en la mayoría de los casos, al decir de médicos entendidos en psiquiatría.

Comprendo que estamos individualmente expuestos a que se nos replique que interferimos una dirección moral que no nos incumbe legalmente: la preparación del adolescente, aunque esté en manos de padres ignorantes y desidiosos o de encargados mercenarios. — No importa; constituyámonos y adelante. Así podremos hablar con autoridad, enseñar, aconsejar y estimular a la hombría, a la virilidad idónea a esos jovencitos mal criados que están expuestos a todas las lacras y a todos los vicios; así podremos evitarles de caer en la desesperación de lisiados, en la disgregación mental, en la caducidad prematura, pobrecitas víctimas de la incuria, del engaño y de la ocultación impropia, en materia de fisiología, psicología, higiene y estética sexual, de parte de aquellos que más quieren y respetan. Apiedadémonos de este ceniciento del cristianismo, el adolescente, mártir de la mentira y de los privilegios de sus mayores. Ofrezcámosle asistencia moral e intelectual, sea pobre o rico, varón o mujer. Seamos paternales y modernos.

No nos proponemos ninguna "misión" salvadora de la pobre humanidad desorientada; vengan en hora buena los paranoicos que deseen sobrellevarse la tarea de efectuarla. Nuestro intento sería, tan sólo, afianzar y extender el derecho que tenemos de hablar claro y cierto a los efebos, hasta hoy engañados, abobados por muchos de aquellos a quienes los padres encargan su dirección moral e higiénica, principalmente en los internados, religiosos o laicos.

No debemos tolerar por más tiempo esta barbarie criminal, impropia aún entre salvajes, que simulando el negativismo sexual encubre brutales e insanas desviaciones; régimen de perversión que propende a desarrollar las más graves vesanias en los adolescentes, cuando, en todo caso, con un método normalizador no aparecerían, muy probablemente, sino mitigadas en su exteriorización social por lo menos. lo que ya sería mucho conseguir.

En un ensayo de psicología del amor, dice Max Nordau (1): "Desde que existe el cristianismo, la doctrina de la conti-

(1) *Paradojas psicológicas*: Consideraciones sobre el amor natural.

nencia no ha sido seguida al pie de la letra sino por los individuos atacados de locura religiosa, enfermedad que va casi siempre acompañada de desórdenes o aberraciones de la vida sexual, pues acusa las mismas modificaciones patológicas del cerebro”.

Binet-Sanglé, estudiando del punto de vista de la psiquiatría a los teomegalómanos fundadores de religiones, dedica cuatro gruesos volúmenes al análisis de los documentos de la biografía de Jesús, y llega a la conclusión que: “La civilización ha sido guiada durante 20 siglos por una moral basada sobre un error de diagnóstico”.

A nuestros psiquiatras el cargo de refutar a estos dos autores, y repitamos con Ingenieros esta expresión de buen sentido: “la sensualidad y la castidad son dos anomalías igualmente nocivas, por contrarias a la naturaleza”.

Octavio Mirbeau hace decir al abate Julio en su lecho de muerte, aconsejando a un adolescente: “Ama la naturaleza, hijo mío, y serás hombre, serás feliz. Todos los goces terrestres están en este amor, también todas las virtudes. Lo que se separa de la naturaleza es perversión y sólo deja dolores incurables y remordimientos que empuercan”.

Tiene mucha razón Mirbeau. Pero no olvidar el consejo de Mendousse: “Ante todo, es necesario proveer sin interrupción a la actividad del adolescente, de intereses y ocupaciones capaces de distraerle de su obsesión sexual” (1), obsesión que cede a la compenetración, por parte del joven, de la positiva delicadeza del asunto cardinal por excelencia de la vida humana.

“Embellezcamos la vida,—dice Roberto F. Giusti.—Únicamente embelleciendo y alegrando la vida, proporcionando a todos, los recreos y placeres que necesitan, dando inteligente empleo al ocio y descanso del pueblo, se vencerá en él sus gustos y pasiones tradicionales; y cuando más varios sean estos goces y esos recreos, tanto más segura será la victoria sobre las dos violentas y destructoras inclinaciones de la mayoría: el alcohol y los placeres sexuales” (2).

Muy cierto; pero esto no se alcanza con plegarias a la Divina Providencia, ni elucubrando plataformas electorales;

(1) *Obra citada*, pág. 50.

(2) *La Vanguardia*, Setiembre 29 de 1918.

hay que ponerse a la obra. “Los hechos, y sólo los hechos dominan al mundo”, dice Ruskin. Yo reforzaría la máxima añadiendo: incontinentemente, pues no hay embuste que los anule. Por eso, del conocimiento de la historia induce Renán la norma para las reivindicaciones: “Producir los hechos primero, y después legitimarlos”.

Pues, ¡a producir el hecho!, que nada nos detiene... sino la falta de voluntad de los que podrían prestar el mejor contingente, si quisieran. Y terminemos diciendo con Leonardo da Vinci: “*Chi non può quel che vuol, quel che può voglia*”.

JUAN ANTONIO SENILLOSA.

#### APÉNDICE I

En 1917, discutiendo en el senado italiano un proyecto de ley contra la pornografía, el senador Polacco leyó los siguientes párrafos de una carta del señor Perinet, filántropo genovés: Las mayores obscenidades, escritas o dibujadas, nos vienen de Berlín, donde el comercio clandestino es muy próspero; todos los años salen de Berlín para el resto de la Europa más de 3 000.000 de tarjetas obscenas, la mayoría bajo sobres cerrados con esta inscripción “desnudos artísticos”, y es por millones que se venden en Alemania”. “Hay una reclame también bajo la rúbrica de *Petit poste* que les proporciona una ganancia de dos millones de marcos a algunos diarios. En un solo negocio de Berlín han secuestrado 500.000 fotografías obscenas y 60 casas alemanas viven de esta bochornosa industria. El comercio de literatura obscena ocupa en Alemania 5.000 librerías y casas editoras y 30.000 mercaderes ambulantes”.

No obstante todo esto, es conveniente, para su tranquilidad de espíritu, recomendarle al lector el capítulo *La pornographie* del libro de Toulouse: *La question sexuelle et la femme*.

“Es curioso — dice — que la pornografía sea, de todas las excitaciones para satisfacer nuestras necesidades, la única que la moral reprueba. En nuestra civilización occidental, es mal visto despertar los deseos amorosos, que deben ser ocultados por quienes los experimentan. Pero, se provoca, o al

menos se acepta por las personas más delicadas, los otros apetitos”.

“El hambre, es de todas las necesidades corporales, la más complacida. Todos los comercios que viven de esa satisfacción rivalizan en coquetería e ingenuidad para tentar a los consumidores. Toda ceremonia se resuelve, de ordinario, en banquete público en el que cada uno se esfuerza en probar su gran apetito y su placer en satisfacerlo.

“La sed ha suscitado, más o menos, los mismos ritos. Los grabados y las otras artes de la imagen han ilustrado estos dos instintos primordiales ligados a nuestra conservación. Y nadie se ha chocado de la buena gente de los Teniers bebiendo y comiendo con la más grosera sensualidad, ni de los personajes de Erkmann-Chatrrian que no cesan de englutir succulentos potajes y viandas. El otro instinto no goza de la misma estima pública, sus manifestaciones son consideradas altamente inconvenientes. Todo lo que lo recuerda es severamente desechado de la conversación, del libro y del grabado”.

“Se educa el niño en una atmósfera convencional; y los jóvenes se casan en un estado tal de ingenuidad que suele causar ciertos desacuerdos conyugales. Parece que nos ruboriza el fenómeno por el cual existimos. Conozco bien la distinción habitual entre el arte y la pornografía. Pero sé de jóvenes que se enervaban delante de la túnica plegada de la victoria de Samotracia, como otros que se pasaban viendo en tarjetas postales los episodios de la *Noche de bodas*.

Ingenieros, estudiando la psicología del *Werther* de Goethe, recuerda “las mil formas que asume el misticismo sentimental en los internados, en los conventos, en las personas de edad senil, llegando a convertir en objetos del amor a seres inanimados”; y agrega: “Refiere Ateneo que Promelón conoció un griego violentamente enamorado del Cupido de Praxiteles que se encontraba en Delfos; y si hemos de creer a Luciano, hubo en Cnidos un joven que se enamoró de la Venus praxitélea. Ejemplos modernos se conocen por docenas”.

Prosiguiendo con Toulouse: “En el fondo, lo que llamamos pornografía no es, por lo común, más que el libertinaje artístico del pobre. Hay algo de convencional en nuestro concepto moderno de la pornografía. Su fundamento natural no

tiene, para el médico, carácter excepcional, en relación a otras excitaciones. A sus ojos, las afecciones causadas por los desórdenes a la nutrición no ceden en gravedad a las otras. El ateroma, la gota, la obesidad, la diabetes, son tan perniciosas como los desórdenes neurasténicos debidos a excesos de pasión”.

“Además, creo firmemente que el sentido de nuestra evolución indica un alejamiento continuo de todo lo que puede manifestar nuestra vida física. El hombre tiende a volverse una fuerza intelectual. Así el lenguaje grosero y los dibujos libidinosos desagradan mucho a la gente bien educada. Es más que de represión penal, cuestión de educación”.

“Instrúyanse, edúquense los cerebros juvenes e incultos, y quedarán mejor defendidos de las excitaciones malsanas. Prohibirlas, es, al contrario, conservarles el atractivo del misterio a imágenes que a la plena luz parecen ridículas solamente. La cultura embota los sentidos y se torna la mejor salvaguardia”.

En otras palabras y mismo sentido se expresaba Max Nordau en 1883, en *La Mentira matrimonial*: “La moral cristiana considera como un crimen abominable el acto de la generación, ante el cual se cubre el rostro como delante de un objeto de horror, lo que no le impide dirigirle a escondidas lúbricas miradas de codicia; hace la conspiración del silencio alrededor de todo lo que concierne a la vida sexual o la recuerda. Esto es monstruoso, inicuo. Semejante moral no tiene el menor fundamento natural y, por consiguiente, ni la sombra de su justificación (pág. 324). “Mientras que en secreto se libra la impudicia a sus orgías hace en público mueca de una pudibundez excesivamente quisquillosa; y conforme al proverbio “no hay que mentar la cuerda en casa del ahorcado”, la gente que tiene mala conciencia de su propia vida sexual y conoce bien sus pecados de acción y de omisión, evita, con la angustia del criminal sorprendido en flagrante delito, sugerir, aún de lejos, ese tema en su conversación y en sus escritos” (pág. 298).

“La juventud, en efecto, a despecho de todas las precauciones, no puede ser mantenida en una ignorancia que se supone saludable; pues toma en las fuentes más impuras la enseñanza, a ocultas y, por consiguiente, en medio de excitaciones

que envenenan el ánimo y arruinan el sistema nervioso" (página 327).

## APÉNDICE II

El siguiente documento da fe de la tentativa de creación de un instituto de Educación Sexual malograda por la absorción que hizo de sus elementos la nonata *Sociedad Argentina de Eugénica*:

"En la ciudad de Buenos Aires, a veinte de Julio de mil novecientos diez y ocho, los abajo firmados, citados por don Juan A. Senillosa en su domicilio, Parera 119, resuelven:

I.—Fundar el instituto *Pro-Adolescencia* para la investigación de los problemas de educación sexual, promoviendo y manteniendo la propaganda más favorable a la difusión de los temperamentos educativos y de las conclusiones que aconseje".

"II.—Al efecto, nómbrase a los señores doctores Guillermo Bosch Arana, Angel Giménez, Bernardo Q. Houssay, Samuel Bermann, Hernani Mandolini, prof. Víctor Mercante y Juan A. Senillosa para constituir la Comisión Fundadora, la que, bajo la dirección de pleno arbitrio del primero de los doctores nombrados — con facultad para reemplazar o substituir a los miembros y delegar a su entera responsabilidad personal, la secretaría y la tesorería en suplentes sin voz ni voto— deebra investigar los precedentes del estudio de la cuestión sexual en nuestro país, prestando especial consideración a los antecedentes inmediatos, exposición de fundamentos y proyecciones de la iniciativa acumulados por don Juan A. Senillosa, quien en este momento los entrega al doctor Guillermo Bosch Arana".

"III.—La comisión fundadora citará a asamblea para el sábado tres de Agosto a las cinco p. m. en un local patrocinado por la Facultad de Medicina o por el Cuerpo Médico, a las personas cuya nómina se adjunta, mas las que considere oportuno, siempre que los invitados acepten los propósitos desprejuizados, amplios y francos de los iniciadores".

"IV.—La comisión fundadora dictaminará sobre: plan, organización de subcomisiones, trabajos iniciales, responsabilidad moral de la institución a fundar, instalación, etc., etc.

Firmaron el acta los doctores: Guillermo Bosch Arana,

profesor de cirugía de la Facultad de Medicina, Angel M. Giménez, diputado nacional; Fernando Lahille, profesor de biología en la Escuela Normal; Enrique A. Boero, jefe de clínica de la Maternidad del Hospital San Roque y prof. de obstetricia Samuel Bermann; Ernesto Sordelli, del Instituto de Bacteriología; Antonio Aita, Hernani Mandolini, y los señores Ernesto Nelson, exinspector general de enseñanza secundaria y normal; Enrique E. Ewing, secretario de la Asociación Cristiana de Jóvenes, y Juan A. Senillosa”.

El doctor Bosch Arana, escuchando las insinuaciones de los doctores E. Boero, A. Vidal, C. Fonso Gandolfo, V. Delfino y otros, dispuso suspender la firma del acta y pasar la iniciativa al núcleo de médicos que gestaban, reunidos en el Círculo Médico bajo la dirección del doctor B. Aráoz Alfaro, la fundación del inexistente instituto de eugénica, malográndose los propósitos manifestados en dicha acta por haber dejado sin efecto la confirmación de las adhesiones de los doctores: Lovat Mulcahy, presidente de la Sociedad Amigos de la Educación; Manuel T. Podestá, psiquiatra; Telémaco Susini, profesor y consejero de la Facultad de Medicina; José A. Silvani, director del Hospital Teodoro Álvarez; Pedro A. Baliña, sifilógrafo; J. Alfredo Ferreira, profesor de ética en la Universidad de La Plata y ex-vicepresidente del Consejo Nacional de Educación; Ricardo Nölting, jefe de clínica del Hospital San Roque; A. Muschiatti, autor del estudio más completo que se ha hecho en nuestro país sobre la prostitución; Samuel de Madrid, ex-inspector de enseñanza secundaria; Gregorio Bermann, Osorio de Almeida; profesores Víctor Delfino, director de la *Semana Médica*; Constancio C. Vigil, director de Atlántida; y los estudiantes universitarios, practicantes de medicina Juan Kern, Jorge Mulcahy, Raúl Birabén Loson, J. Alfredo Ferreira (h), Mario A. Massa, etc., etc. (1).

Todo este esfuerzo anulado de un solo sorbo por los “magos de la salud” tiene una historia de 4 lustros.

Iniciado allá en el año 1901 con el esbozo de plan para establecer una *Villa escolar* modelo que sirviera de origen y base de una Universidad Libre al tipo de la Clark University (de

(1) Ver la *Revista Médica de Córdoba*. Enero y Febrero de 1920: “Conferencia Abolicionista Internacional de Montevideo”: “Plan del Instituto de Ética Sexual”.

Worcester, Massachussett) que dirige el filósofo G. Stanley Hall, plan que fué aprobado por una comisión de padres de familia, en la que figuraban los educacionistas don Santiago Fitz Simon, los doctores José B. Zubiaur, J. Alfredo Ferreira y los catedráticos universitarios doctores Norberto Piñero y Juan A. García, el arquitecto señor Manuel Ocampo (h.) y otros, mereció la adhesión de la *Asociación Nacional de Enseñanza Libre* que yo trataba de organizar principalmente con la intención de dar vida a aquel proyecto, como puede verse en el siguiente "eco del día":

"En números anteriores nos ocupamos del proyecto de fundar una *Villa Escolar* que gestiona empeñosamente la Asociación Nacional de Enseñanza Libre, fundada hace algunos meses y no organizada aún definitivamente".

"He aquí una nómina de personas que han prestado su apoyo caluroso a la idea, manifestando el propósito de coadyuvar en la medida de sus fuerzas a su realización:

Dr. Guillermo Udaondo, Dr. Martín García Merou, Adolfo Bullrich, Manuel Correa Morales, Dr. Juan Agustín García (hijo), doctor Fernando Pérez, Dr. Enrique Navarro Viola, Dr. Felipe G. Senillosa, Ingeniero Manuel Ocampo, Dr. Fernando Saguier, Belisario Lynch, Dr. José María de Achával, doctor Norberto Piñero, Dr. Abel Bengolea, Federico Terrero, Manuel J. Güiralde, Ricardo F. Lavalle, Agustín de Elía, Enrique Vivot, Dr. Abel Ayerza, Dr. Marcelino Herrera Vegas, Dr. Leonardo Pereira Iraola, Agustín Llambí, Ingeniero Alfredo Demarchi, Dr. José A. Terry, Francisco Urriburu, Dr. José de Apellaniz, Carlos E. Zuberbühler, Eugenio Díaz Vélez, Dr. Angel Centeno, Jorge Guerrero, Dr. Carlos Rodríguez Larreta, Dr. Federico Leloir, Dr. Julio A. Peña, Ingeniero Angel Gallardo, Dr. Alfredo Ferreira, Pastor Senillosa, Eduardo Bullrich, Dr. Pedro Gorostiaga, Juan Manuel Larrazábal, Gregorio Villafañe, doctor Marcelo T. de Alvear, Martín Ocampo, Alfonso Ayerza, Dr. Rafael Herrera Vegas (hijo), Juan A. Senillosa, Arturo Bullrich, Dr. Julio Moreno, Dr. Nicasio Etchepareborda, Guillermo C. Aldao, Dr. Mariano Demaría, Manuel J. Aguirre, Dr. Alberto V. López, José Balcarce, Norberto Anchorena, Dr. Bernardino Bilbao, Dr. Mariano Ortíz Basualdo, Dr. Eleodoro Lobos, Dr. José A. Farías, Ezequiel P. Paz, Rodolfo Giménez, Dr. Francisco Urriburu (hijo), Dr.

Enrique S. Pérez, Emilio N. Casares, Dr. Francisco Canale, etc., etc. (1).

Recuerdo que, vistas las insubsanables dificultades de hecho que se le oponían a la realización de la idea — no obstante la estremosidad que manifestaban los adherentes más activos y conspicuos para expresar su buena voluntad — discurriendo una vez con el doctor J. Alfredo Ferreira le comuniqué mi desaliento y mi propósito de no proseguir en la estéril búsqueda de elementos más positivamente eficaces que los que hasta ahora había hallado, y le expuse el deseo que comenzaba a abrigar, de bifurcar el plan: por una parte de innovación ética, centrando el plan en la cuestión sexual de tendencia francamente anticlerical; y por la otra, de adaptación técnica y económica en el medio en que se vive, propendiendo cada uno a superarse a sí mismo en eficiencia para la solidaridad social, con lo cual me colocaba netamente del lado del proletariado, sin afiliarme a banderías políticas, ni sectas, ni círculos de ninguna índole, pero aportando siempre mi contingente a las grandes corrientes reivindicativas de la gente de pueblo, la máquina que acrisolada rinde en su ascensión todo el heroísmo, toda la virtud, el genio y el talento que iluminan la verdadera historia de la civilización — no la de las crónicas oficiales.

Después pasaron los años y los años sin que yo pudiera intentar nada respecto a fundaciones éticas, pero no por eso descuidé ni un momento de investigar e informarme de las fallas cardinales de la ética sexual, casi desconocida en toda la cristiandad e ignorada por el elemento liberal que se pretende estar de avanzada en los países más adelantados, llegando tristemente por mi parte a la conclusión que Austrogesilo expresa en estas palabras: “No sabemos con seguridad la historia sexual de la humanidad. Lo que aparece en los libros, en las páginas de los filósofos y de los psicólogos, es un *mínimum* comparado con la voracidad cruenta de los impulsos de la carne; pues muchos, casi todos, guardan en el ámbito profundo de sus secretos personales los pequeños y grandes delitos de tan formidable instinto. La sexualidad vibra en toda la personalidad del individuo, y los psicoanalistas saben lo que oculta la conciencia de

---

(1) *El Diario*, 13 de Diciembre de 1900: “Asociación Nacional de Enseñanza Libre. — Los adherentes a la idea de fundar una “Villa Escolar”.

los deseos y perversiones que tienen muchas personas, o ansían realizar". Todo por subordinar al mimetismo de adaptación aparente, o sea a la mentira y a la superficialidad, la caudalosa atracción natural selectiva de los sexos.

Los párrafos siguientes tomados de un suelto alusivo a una de las primeras reuniones que produjo, resume mi propósito de encarar nuevamente el problema de la educación, si con menos entusiasmo que 15 años atrás, con más convicción, y persuadido de que sería de mi parte una cobardía moral si no me arrojaba a ensayar la fundación necesaria para orientar con nuevas normas las relaciones libres de los jóvenes de ambos sexos, en la esperanza de poder evitar los crímenes, los vicios y las enfermedades imputables a la falta de educación sexual, franca y digna:

"El propósito de este centro, como su título lo dice, es ante todo el de instruir a los niños, educar a los jóvenes e ilustrar a los padres y tutores en el asunto, el más grave y palpitante de la cultura del carácter y de la salud del ser humano durante el delicado y escabroso período de la adolescencia".

"Forman legión los autores que han puesto al día la discusión de la cuestión sexual ante la falsa moral religiosa y ante el filisteísmo burgués, y constituyen importantes asociaciones del extranjero las similares a la que aquí se va a fundar en estos días".

Entre nosotros, ya el doctor Telémaco Susini, con gallarda valentía inició el año 1916 la campaña depuradora con una serie de conferencias sobre higiene y educación sexual que produjeron escándalo entre los mojigatos, trayendo a la dilucidación pública el "tema escabroso" mil y mil veces agravado por los tapujos y encubrimientos de los menos indicados — por razón de su confesión pública y por sus estigmas evidenciados: el clero educacionista" (1).

A esta reunión sucedieron otras hasta llegar, en la octava, a formular y firmar el acta entregada por mí al doctor J. Bosch Arana, previa la aceptación del cargo, por carta de fecha Julio 18 de 1918: "Enterado de las disposiciones tomadas para constituir la sociedad *Pro-adolescencia* en la reunión de mañana, le

---

(1) *La Vanguardia*, Enero 10 de 1918: "Fundación del Instituto de Educación Sexual".

manifiesto mi entera satisfacción en todo lo especificado, así como que pueden contar con mis actividades a los fines propuestos". "Quiero significar a mis honorables colegas y amigos que concurran a la cita, mi franca adhesión a las resoluciones a tomar en esa".

A los pocos días, el doctor Bosch Arana me invita a firmar una circular de autodeposición: "Considerando que la "Sociedad de Eugenia Argentina", bajo los auspicios de la "Asociación Médica Argentina", involucra un vastísimo campo de acción social en todas sus modalidades, he creído que los propósitos de la "Sociedad Pro-Adolescencia"; que había logrado fundarse por iniciativa promovida últimamente por el Sr. J. A. Senillosa, podía beneficiarse coaligando intereses y esfuerzos comunes a fin de lograr los mismos propósitos para lo cual ella se fundara, es decir refundiéndolos a ambos"...

Con fecha 27 de Julio, contestó: "No tengo inconveniente, por cierto, en firmar aceptando la resolución, para lo cual agregaré dos líneas al pie de la circular". Y son: "Como promotor de la iniciativa "Pro-Adolescencia", manifiesto mi acatamiento a la resolución terminante tomada por el doctor J. Bosch Arana con la merecida autoridad moral que se le confirió al designarsele director de la comisión fundadora".

Agrego después de recordar una sentencia del doctor Boero—"ni el más puritano está libre de reproches en asuntos sexuales" — más concisa, y no menos enérgica y grave que la conclusión de Austrogesilo citada más arriba.

Agrego después: Como la otra noche conversando con Vd. y con el doctor Boero hice alusión a la sigilosa reacción jesuítica en nuestro mundo intelectual, me va a disculpar que le invite a la lectura de los artículos *El plan clerical en la educación argentina*, por Luis Gardoquea, y *Jesuitismo*, por Emilio Dupont (de Córdoba ambos autores), aparecidos en el último número de la *Revista de Filosofía*; puede que le sirvan de elemento de juicio para más adelante. Y a fe que creo no haberme equivocado.

En esa misma fecha tuvo lugar, por iniciativa del prof. Víctor Delfino, la única reunión preparatoria para la fundación de la Sociedad Eugénica, en el local de la Asociación Médica, de donde al salir no pude menos de exclamar, visto el conservatismo de conventillo: "No habrá eugénica ni ética

*sexual que les valgan, mientras la bandera roja no flamee bien alto*". Y creo que tampoco me he equivocado esa vez. Y si yo veía así, quizá fuese porque desde el año 1 ando con sangre en el ojo.

Después de esperar un año volví a remover la iniciativa de creación de un instituto de ética sexual, esta vez en el seno de la *Asociación Abolicionista Internacional*, con sede en el local de la "Asociación Cristiana de Jóvenes". No fueron menos los debates y los *pour-parlers* allí, que el año anterior en mi domicilio. Se constituyó una numerosa comisión mixta, de damas y caballeros y se dió al doctor B. A. Houssay la dirección.

Después de ponernos de acuerdo para dividir la organización, tomando las doctoras Paulina Luisi y Petrona Eyle, y la señora Cecilia Krause de Sordelli la representación de las damas, el doctor Houssay declinó el cargo: "Después de madura reflexión he tenido que decidirme por no ocuparme de nuestro asunto hasta el año próximo, pues absorbentes ocupaciones universitarias me lo impiden, por lo cual juzgo oportuno que se solicite a alguna otra persona que presida la comisión. Me parecía muy indicado el doctor Mariano Castex como también el doctor Enrique Boero".

"Estas líneas las motiva mi deseo de no aceptar un puesto o cargo que no puedo ocupar efectivamente. Con todo cuento con mi colaboración para más tarde, porque el objeto del instituto Pro-Adolescencia merece el más decidido apoyo" (Julio 6 de 1919).

Inútil insistir más con otros en esto de juzgar a las esquinitas, no obstante contar con la decidida adhesión del doctor Boero que me es tan valiosa; pues individualmente ya no puedo ni deseo importunar más a las gentes con la malograda iniciativa, después del desauicio sufrido con el alegato, que se leerá en otro lugar, presentado por mí a la conferencia de educación sexual, que solicité a la Federación Abolicionista de hacer sesionar aquí, y en merecido obsequio a la *Deus-ex-machina* de la asociación, la doctora P. Luisi, tuvo lugar en Montevideo y con el título de *Enseñanza sexual*. Las mujeres, aunque sean doctoras, han de salir siempre con la suya. Hacen bien, pues bastante embromadas que las tiene la naturaleza y el hombre.

Ahora como sigo viendo rojo... pienso que se llegará pronto a la renovación de la ética sexual. Pero ya no por ini-

ciativa mía, sino... por moda (1). Y creo no habré de equivocarme ulteriormente tampoco, esta vez.

(1) Dice Anatole France que hasta en filosofía reina la moda. Ver *Revista de Filosofía*, Mayo de 1920: "Bibliografía": "B. Sanin Cano: Bertrand Russell y las ideas actuales". (de *La Nación* de Abril 26 de 1920): "La almendra de su exposición en la conferencia dictada el 26 de Febrero en el Kingway Hall, es esta: "La guerra ha probado arriba y abajo, que el actual sistema social está minado y empieza a derrumbarse. La única tentación plausible de salvar la civilización es la que está haciendo el bolshevikismo".

—Ver "Ciencia y vida", por F. Soddy (profesor de la universidad de Oxford), cuyas citas, tomadas del artículo de Mateo Jordan "Nobles palabras de un sabio inglés", aparecido en *La Vanguardia* de Abril 3 de 1920, acompañando a la de B. Russell, autorizan la conclusión a que se arriba en este apéndice. Dice Soddy:

"La propiedad común de las adquisiciones de la ciencia es el único sendero del progreso..."

"El uso que se ha hecho ya de la ciencia demuestra cuán necesario es que se desenvuelva un nuevo orden social antes de que potencias un millón de veces más terribles sean desencadenadas por el hombre. Las perlas de la ciencia han sido brindadas a aquellos que nos han dado en cambio la desolación de la guerra científica y la casi igual desolación del gobierno no científico. En el mundo que ha de venir, la intervención de los financieros, los jurisperitos, los políticos y los meramente poseedores o adquirentes, dejará el puesto a un sistema en que los elementos creadores sean los que gobiernen".

"Bajo el orden presente, tales realizaciones significan simplemente que en la próxima guerra la ciencia limpiaría vidas del globo tan completamente como se limpia lo escrito en una pizarra. Después de haber estado en la inanición antes de la guerra, ahora está en peligro de un destino peor: el de ser esclavizada por los que intentan perpetuar el sistema que imposibilita sus más nobles avances. La ciencia es actualmente una obra socialista, comunista en su esencia y comunista en el espíritu de su aplicación. La propiedad común de las adquisiciones de la ciencia es el único camino en que pueda ser aumentada la suma total de la felicidad humana".

Por ende: la eugénica — doctos señores gestores del fiasco de contentillo — no prosperará sino bajo el pabellón rojo. *C'est dans l'air*. Pero tengan bien presente, los señores agentes natos de la Cruz Roja, que no por rojo, sea aquel pabellón, de plenas veras menos humanitario que la generosa institución; pues es una especie de Cruz Roja ciclópea que se extiende por todo el orbe, para poner fin, una vez por todas, a la guerra de clases, implantando la solidaridad de los intereses sociales que afianzarán positivamente los sentimientos de fraternidad creados en el comercio básico de la maternidad voluntaria y culta y de la devoción filial eficiente, único medio de evitar el sanguinario cainismo.

## POESIA AMERICANA

### Fabulita

*"Pax vobis."*  
(WILSON).

—“¡Viva la paz, viva la paz!”...

—Así

trinaba alegremente un colibrí  
sentimental, sencillo,  
de flor en flor...

Y el pobre pajarillo  
trinaba tan feliz sobre el anillo  
feroz de una culebra mapaná...

Mientras en un papayo  
reía gravemente un guacamayo  
bisojo y medio cínico:

—¡Cuá, cuá!...

### Tarde de campo

Misantrópica tarde campesina,  
sin sol. En el crepúsculo barcino,  
puesta como de canto  
sobre un techo pajizo,  
llora una luna de latón...

El río,

fonje y turbio, semeja  
cualquier cosa... Y los árboles torcidos,  
desnudos y nudosos,  
seguramente sufren de artritis.

Fosco silencio y aridez. Acaso  
— torpe mancha movable — algún vampiro  
da tumbos y se aleja  
como una pasquín...

Y todo, en el fastidio  
del ambiente letal, sin una fresca  
pincelada de luz, me dice a gritos  
con hierático gesto  
y elocuente mudez: — ¡Pégate un tiro!...

### A mi ciudad nativa

*Ciudad triste, ayer reina de la mar...*

J. M. DE HEREDIA.

Noble rincón de mis abuelos: nada  
como evocar, cruzando callejuelas,  
los tiempos de la cruz y de la espada,  
del ahumado candil y las pajuelas...

Pues ya pasó, ciudad amurallada,  
tu edad de folletín... Las carabelas  
se fueron para siempre de tu rada...  
—¡Ya no viene el aceite en botijuelas!

Fuiste heroica en los años coloniales,  
cuando tus hijos, águilas caudales,  
no eran una caterva de vencejos.

Mas hoy, con tu tristeza y desaliño,  
bien puedes inspirar ese cariño  
que uno le tiene a sus zapatos viejos...

LUIS C. LÓPEZ.

Cartagena de Indias, 1919.

### Preludios

Cielo de hollín, que la extensión salobre  
del glutinoso mar tiznó de herrumbre,

mientras el sol su desteñido cobre  
apagaba con trágico vislumbre.

De los agudos riscos, como barbas  
de náufragos, las muertas algas penden,  
y en los grumosos lejos, foscas larvas  
de nimbus sus tentáculos distienden.

Olor de ovas y densos vahos de horno  
flotan en el sopor del acre ambiente,  
y extrangulantes garras el bochorno  
tiende en la niebla lóbrega y silente.

El mar de cuando en vez su mole inerte  
convulso esponja, ondula, entarca, altera,  
y, como en hipo súbito de muerte,  
vomita su amargura en la ribera.

Luego, el letargo de la bestia ahita,  
precursor del vesánico derroche,  
y en la penumbra, un algo que dormita  
más negro y más siniestro que la noche...

De pronto irrumpe la oquedad del éter  
su inquietante y fatídico mutismo,  
y un coruscante rayo su catéter  
hunde en el torvo vientre del abismo...

### Egloga

Mañanita de miel  
en que la lluvia  
pone en cada clavel  
un diamante o joyel  
del gordo de una alubia.

De las crespas montañas  
que rizará un gran viento  
friolento,  
trae el agua en su redoma

como un helado aroma  
y un bullir de espadañas;  
y los recuerdos lueños  
mezclan a sus patrañas  
las gélidas arañas  
de los sueños.

En el aguamarina  
del paisaje se empina  
un ranchito muy cuco,  
de anchurosos aleros,  
en humilde conuco,  
entre umbrosos oteros;  
y al murmurar de rueca  
de aquel pluvioso cielo,  
la chocita tirita  
cual tímido polluelo  
buscando el ala clueca:  
casita que tirita  
en la calma infinita  
de anegadas praderas  
y negras sementeras  
bajo un sopro invernizo  
de un dulce y triste hechizo...

En la voz cantarina  
de la lluvia hay arrullos  
de lontana ocarina,  
fragancia de capullos,  
olor de balsamina,  
promesas de arrebol,  
y en la nébula fina,  
hilo sutil de sol...  
Y a la caricia leve  
como de alas de nieve,  
de la brisa serrana  
que en embriagante ola  
entra por su ventana,  
se acurruca Edelmira,  
cual gatita de Angola,

en mullida otomana :  
costeñita de mundo,  
experta en *art nouveau*,  
lánguidamente aspira  
un *rameses-segundo*,  
la boca hecha una O ;  
y en la ondulante espira  
del humo surgir mira  
los contornos de lira  
de la blonda Margot...

### Noche lluviosa

De las frescas cisternas de la noche  
viene un aliento suave como el hálito  
de un niño. Viene grávido de olores  
de los predios floridos y lejanos  
que la lluvia empapara en los aljófares  
del nimbus inflamado,  
ubre opima que en leche de los dioses  
baña los surcos, de sus mieles ávidos...

En los oscuros lejos se apretujan  
las celestes vacadas aún remotas,  
negra vanguardia que los cielos nubla  
y la oquedad del horizonte asombra,  
y su mugir en el espacio zumba,  
y a la sordina sobre el mar rezonga...

¡Lluviosa noche de lustral frescura  
que en su piedad inmensa nos arropa ;  
que nos canta, nos mece y nos susurra  
dulces ternezas de inefable idioma,  
y a la paz del olvido nos arrulla,  
y algo de fe de nuestra infancia evoca !

Y esta aura de lo arcano que se cuele  
de repente en mi estancia, y retozona  
en redor de mi lecho curioseosa  
con impudores de inocencia loca ;

que en mis cortinas bulle y cuchichea,  
 y en las delicias de sus frescas ondas,  
 como en alas de seda  
 vuelto niño, mi espíritu transporta,  
 —viene por mí de los remotos lares  
 que más nunca han de ver en las risueñas  
 mañanitas, mis ojos terrenales!...

Dócil a sus reclamos y reproches,  
 y con la unción sencilla de otros tiempos,  
 iré con ella en la lluviosa noche  
 por las sendas ignotas de los sueños!...

### Vieja leyenda

En esta azul mañana  
 hay en las ondas crespas  
 del aire  
 un zumbir de campana  
 de cristal.

En su bullir sonoro  
 de enardecidas vespas,  
 el agua que borbota  
 mezcla a su pura  
 nota,  
 la blonda fioritura  
 de la flauta, y el oro  
 del timbal.

Nostálgico y cansino  
 peregrino,  
 me detengo en la orilla  
 del camino,  
 y pienso en el ayer.  
 Mi pensamiento, en vano  
 cual loca cabritilla,  
 busca la perdida senda  
 de la dulce leyenda  
 del tiempo ya lejano  
 que nunca ha de volver.

**Ultra**

Lago azul cargado de sueños  
entre florestas encantadas:  
tal su recuerdo  
en las hespérides del alma...

Viajeras de países lueños,  
alas nostálgicas:  
albos claveles de su aliento,  
caricias de sus manos pálidas.

Líquidos y perlados pétalos  
de acordes cítaras lejanas:  
ecos de su voz que el silencio  
con su mullida felpa apaga.

Alhucema entre los inciensos  
de la mañana;  
en las penumbras del misterio  
lámpara de oro solitaria.

Sombra que del cambiante espejo  
del subconsciente se destaca,  
y, mano en mano, en el Recuerdo  
conmigo anda,  
en todo tiempo,  
en viaje a la perdida Atlántida  
de la leyenda y del ensueño.

A. Z. LÓPEZ PENHA.

Cartagena de Indias (Colombia), 1919.

**La senda (1)**

Esta es la senda que conduce al huerto  
por el chubasco rejuvenecido;  
la acequia corre clara, a tajo abierto,  
y hay un escaño y un jardín y un nido.

(1) De *El Huerto de los Sonetos*.

Moscas azules y ágiles cantáridas  
cruzan el aire, gárrulas y esquivas;  
y rubias rosas, como novias pálidas,  
se acodan sobre el muro, pensativas.

El sol, en el cenit, sus rayos quiebra  
en la pródiga vid que, hebra tras hebra,  
gana el dosel en flor de las acacias;

En la maleza de hojarasca ruda  
duerme la siesta una mujer desnuda:  
su propia desnudez cubre sus gracias.

### Vendimia de amor

Vendimiadora montaraz, curtida  
por los vientos y el sol, vendimiadora,  
tu ácida pubertad pone en mi herida  
el escozor de una embriaguez traidora.

Vendimiadora, ven! Racha encendida  
seca mis labios... Y la turbadora  
soledad al coloquio nos convida;  
tórrida lumbre los viñedos dora.

El rebelde ondular de tu cabello  
salta en espumas del altivo cuello  
a la cadera de arrogancia nimia;

Cifra el deseo en tí goces opimos:  
y son tus senos en agraz, racimos  
donde sueña mi amor dulce vendimia.

### Infinito...

Yo no sé dónde acaba o dónde empieza  
tu poderío cruel... Huirte quiero  
y, al intentarlo, caigo prisionero  
en la mágica red de tu belleza.

Ansia de serafín y vampiresa  
tiene tu beso: misticismo y garra...  
Cuanto más firme mi albedrío amarra  
el goce a tí, mayor es mi tristeza.

Impudor, acritud, lágrima y ruego  
son tus argucias... Círculo de fuego,

donde loco me agito para amarte  
y maldecir tu amor y mi fortuna,  
es tu atracción fatal: en toda parte  
está su centro; el límite, en ninguna.

### Supremo bien

De corrosivo tedio la carcoma  
mordió mi corazón, pero la herida  
ungiste con tus mieles y tu aroma,  
dándome el germen de una nueva vida.

Música de celeste geometría  
llega hasta mí, en ondas misteriosas;  
y me dejo llevar por la armonía  
que entrelaza los seres y las cosas.

En mi carne hecha espíritu te siento  
y en la luz de mi carne, donde moras:  
amor, que me deslumbras y enamoras  
y me suspendes en arrobamiento,  
detén el raudo curso de las horas;  
sea mi eternidad este momento.

### Blasón

Yo soy romántico y por seguir la huella  
de mi fantasma de luz, el alma mía  
amó el amor; y floreció una estrella  
en las entrañas de mi ideología.

Al claro de la luna, en la armonía  
que baja del confín desconocido,  
clavé mi escala en el balcón florido...  
y oí a la alondra saludar al día.

Del impulso genésico en el ansia  
perseguí, más que el beso, la fragancia,  
loco de ensueños y espiritualismo;  
y arrojé, presa de embriaguez traidora,  
sobre la ardiente carne pecadora  
la capa azul de mi romanticismo.

**Liberación**

Palpitan en mi ser, en sus oscuras  
 complejidades, indomables ansias  
 de sondear simas y escalar alturas:  
 hambre de libertad y sed de errancias.

Hambre y sed de infinito, que no sacio  
 de cerrado horizonte en su miraje...

¡Perderme, águila audaz, en el espacio;  
 ola, en abierto mar; potro salvaje,  
 en profundos barrancos y llanuras!

Pérfidas ligaduras  
 encadenan mi afán... Y el alma mía,  
 triste cautiva entre prisiones duras,  
 arroja a las alturas  
 su grito de dolor y rebeldía.

**Preguntas**

*A la memoria de C. Barahona Vega.*

Me torturan y afligen  
 hondas cavilaciones, si me afano  
 por inquirir el término y origen  
 del transformismo humano.

Olas remotas, en tropel convulso,  
 hoy como ayer, rodamos y rodamos;  
 nunca supimos quién nos dió el impulso  
 ni a dónde vamos...

¿Siervo es el hombre del oscuro acaso  
 o de omnisciente ley? Mueve mi paso  
 a la cumbre, al abismo,  
 ajena voluntad o mi albedrío?  
 Mi dolor de vivir, ¿no es dolor mío?  
 ¿Otro soy en mi ser, o soy yo mismo?

A. MAURET CAAMAÑO.

# LA POBRE NIÑA

Estudio dramático en un acto, de Alejandro Marcó

## PERSONAJES

MARÍA CARMEN  
DOÑA ADELA  
MARÍA TERESA  
ERNESTINA  
EULALIA  
RODOLFO

CARLOS  
EMILIO  
ERNESTO  
DON JAIME  
UN VALET

*Media tarde. En casa de Rodolfo. Escritorio, especie de fumoir bien puesto. Balcón al foro u ochava izquierda.*

*Decoración oscura, evitar en lo posible el rojo, salvo un ramo de claveles fuera del centro. Uno o dos desnudos de mármol.*

## ESCENA I

RODOLFO, CARLOS, EMILIO, EULALIA

*Rodolfo. — (Transvasando un líquido). Lo estoy meditando... (a Carlos, sonriendo). Pero eso es tan vago como la arterio-esclerosis. Este líquido no deja de ser puro por pasar a un vaso de color... (Guarda los frascos).*

*Carlos. — (Suficiente, pero con sobriedad; modales amplios, cultura casi despreciativa). Si tienen algo de puro nuestras costumbres, lo que tienen de puro es lo que tienen de provincia-no. (Fuma en pipa).*

*Emilio. — (Sentado en un sillón, los pies sobre una silla. Cruzado de brazos mira fijamente a Carlos. Bostezando). Eso querría decir que la nuestra no es una moral probada y fuerte, sino una moral por ignorancia, por falta de ocasión... Ay, qué sueño tengo! (Se despereza).*

*Rodolfo. — Negativa...*

*Carlos.* — Justamente: y el peligro... en la parte positiva.

*Emilio.* — (*Importante, se pasea, deteniéndose*). En la ocasión! (*Continúa*).

*Rodolfo.* — Alma de aldea, barnizada con mentira extranjera...

*Carlos.* — Parece, por ventura, que estamos de acuerdo...

*Emilio.* — Nunca! Eso que dicen Vds. tiene su parte de verdad: se refiere a los hombres; las mujeres son puras!

*Rodolfo.* — Se referiría más bien a las mujeres...

*Carlos.* — (*A Emilio, casi desentonando*). ¿Puras? Las mujeres?... Primitivas, huecas, frívolas... verdaderos... "sauvages"! Aprecian una sola cosa: la viveza: las encanta una sola cosa: el engaño; no miran jamás a su interior porque carecen de interior, en consecuencia no aman, ven sólo lo que está a la vista y por lo tanto obedecen puramente al instinto, desean. Incapaces de un rasgo, todas sacrifican su alma a una conveniencia, sea cual sea el nombre de la conveniencia! Muñecas de papel, atadas con hilitos!

*Emilio.* — (*Gritando*). Porque los hombres no las educan! Porque son ellos los "sauvages"! Protesto de tus desatinos! (*Rodolfo los calma con el gesto y Emilio se transfigura instantáneamente, y dulce:*) La mujer es un regalo de la naturaleza, como ha dicho... (*muy dulce*) como ha dicho... (*serio, sin exagerar*) Fernández.

*Carlos.* — Yo lo recordaría a Fernández algo que dijo Salomón:

*Emilio.* — (*Con amable superioridad*) Carlos, me parece excesivo...

*Carlos.* — "La mujer *caza* la preciosa alma del varón"...

*Rodolfo.* — Yo no veo desacuerdo entre Salomón y Fernández...: si la mujer es un regalo, es siempre una cosa; si *caza*, como a una mosca, la preciosa alma, esa estrella del varón, es siempre una cosa inferior...

*Carlos.* — Entonces tengo razón yo...

*Emilio.* — No señor, yo! Esperen... A mí no me van a asustar con Salomón, porque les cito a David!... y a la preciosa jovencita que le buscaron...: a la deliciosa Abisag Sulamita que le trajeron (*voz baja y cálida*)... porque era viejo... porque estaba helado... porque ya no cantaba... y que con sólo

sus ojos hizo que el rey reverdeciera! pidiera el harpa... se iluminara! y que entonara de nuevo sus alabanzas a Dios!! Si eso es magnífico, soberbio, divino! casi lloro de la emoción!... (*Dulce*). La mujer es para el hombre lo que la flor es para el sol... el sol la besa y sonríe plácidamente... (*A la mucama que trae el florero con claveles rojos*) el hombre... No es cierto, Eulalia?

*Eulalia*. — Siempre enamorado el señor Emilio...

*Emilio*. — El doctor Emilio! (*Eulalia sonríe y sale*) (*a Carlos*). Te convences? La simple pollera de esta mujer, una mucama, la mujer de un valet, cambia el aspecto de esta casa... de esta casa triste de médico rico y aburrido... Ella es graciosa... ella trae flores... (*Toma una*).

*Carlos*. — Haces un laberinto... Por algo eres abogado... Estábamos razonando, y con impresionismo y literatura más o menos mórbida, no se razona.

*Rodolfo*. — Se colocan en puntos de vista extremos: uno mira el anverso y otro el reverso de la misma medalla... Angel y demonio son tanto la mujer como el hombre desde los tiempos de Adán y Eva...

*Emilio*. — ...Nos hemos perdido...

*Rodolfo*. — Vds. criticaban nuestro ambiente.

*Carlos*. — Sí.

*Emilio*. — No. (*Casi a un tiempo*).

*Rodolfo*. — Y es que nuestro ambiente no existe... (*Gestos*). Criticaban nuestras costumbres... Pero si no tenemos costumbres... apenas tenemos modas... modas que cambian la costumbre... y la dejan intacta, esto es, esperando la nueva moda... Falta el ambiente porque falta la dirección del hombre, que no ha tenido tiempo de aprender preocupado con la lucha por el pan.

*Emilio*. — (*Grave*). De ahí, el pancismo...

*Rodolfo*. — Por qué culpar a nadie? Sólo se aprende en la experiencia del sentimiento y el sentimiento no se estudia sino en la repetición del dolor... Ya vendrán los fracasos, que son los mejores maestros, a corregir lo que no se corrige con discursos.

*Carlos*. — ...Eso es fatalismo. Se trata de prevenir esos fracasos, de educar.

*Emilio*. — Para educar no es necesaria la sabiduría.

*Rodolfo.* — No hay otra sabiduría que la que da el instinto del bien.

*Carlos.* — Te vas a la metafísica.

*Emilio.* — Se nos va a poner la cabeza así!...

*Carlos.* — Para educar es necesaria la sabiduría. Es cierto que el instinto del bien la acrece, pero solo no basta. Si bastara, no serían necesarios esos años, esos siglos de experiencia del sentimiento que son los que han de enseñar.

*Rodolfo.* — Esos años de experiencia van formando el instinto del bien, propio, fuerte, que resuelve con lucidez en los complejos.

*Emilio.* — Pero si ya lo tenemos, ya somos sabios.

*Rodolfo.* — Si viviéramos en la montaña, pero no viviendo en la ciudad.

*Emilio.* — Bravo! Me has ganado. (*A Carlos*). Estoy de acuerdo con él.

*Carlos.* — Y yo creo que los dos se confunden. Si la culpa es de la falta de tiempo, echémonos a dormir, disculpemos todo, el tiempo lo arreglará todò...

*Rodolfo.* — No. Pero no seamos absolutos en la crítica. Es lo malo que hemos hecho los tres... (*Pausa*).

*Emilio.* — De acuerdo... Critiquemos la imposición de reglas hechas.

*Rodolfo.* — Traídas de afuera, pretendiendo así que todo lo gobierne el pensamiento y sin tener para nada en cuenta el corazón.

*Carlos.* — Las reglas hechas que deslumbran y hacen que se viva en falso.

*Emilio.* — La moda sociológica, lo que éste decía.

*Carlos.* — Porque imitando lo externo no se mira al interior, lo que dije yo.

*Emilio.* — Y pugnando por alcanzar lo que deslumbra y se imita, todo se gobierna por el pancismo. En parte también lo dije yo.

*Rodolfo.* — Estábamos de acuerdo... haciendo prosa sin saberlo...

*Emilio.* — Lo duro es que la prosa de mi contrincante es más prosáica que lavar la cocina... (*Con mímica adecuada*). Muñecas de papel atadas con hilitos... las muchachas... Y los muchachos?

*Carlos.* — Un bluff...

*Rodolfo.* — Sin exagerar, el cuadro no es consolador: en vez de desarrollarse la personalidad se desarrollan los celos.

*Emilio.* — La imitación y los celos que dan desde las vocaciones tronchadas hasta la ojeriza provinciana y la rivalidad nacional; desde el divorcio hasta la guerra!

*Carlos.* — Con tu permiso: el divorcio es la terminación de una guerra.

*Emilio.* — Un mal. (*Asoma Ernesto; queda tomado de la portière*).

*Carlos.* — Un bien.

*Rodolfo.* — Teóricamente un mal, prácticamente una solución.

## ESCENA II

*Dichos, ERNESTO*

*Ernesto.* — (*Cargado de libros*). *Pardon...* el divorcio no es un mal, teóricamente: teóricamente es un bien.

*Emilio.* — (*Que lo ha recibido efusivamente, palmeándole la espalda, le interrumpe*). Convénceme, convénceme. Quiero saber si estoy equivocado para... perdonarme yo mismo mi propio error...

*Ernesto.* — Y adoptar otro... Rodolfo no usa bien las palabras: ha querido decir: "abstractamente". Teóricamente el divorcio es un bien. Porque corta un malestar y encauza energías: y si todas las fuerzas sociales se congregan para descubrir y castigar un asesinato, todas deben congregarse para aliviar un martirio, en vez de defenderse la mayoría, del llamado mal ejemplo, con el sacrificio de los que se hallan en desgracia, porque sean pocos!... Pero yo traigo un tema más interesante que el divorcio: el *divorcio anterior*... el pre-divorcio... En un sitio que no nombro, la han pillado a María Carmen con Jorgito... (*Movimiento y exclamaciones generales*).

*Emilio.* — (*En un profundo sottovoce*). No será un rumor?

*Rodolfo.* — Eso no se inventa. Nadie es tan cruel.

*Ernesto.* — Yo no recojo rumores. Y tan no lo es, que llegar hasta mí implica el fracaso de las cancillerías.

*Carlos.* — (A *Rodolfo*) Alguna vez te lo dije: lirismos a un lado, timideces al otro...

*Ernesto.* — Y realizar el acto bruto: freir la papa, o realizar el acto inteligente: olvidarse.

*Rodolfo.* — Los creo incapaces de obrar como hablan... Rumor... Hay cosas que deben ser y son! Unas veces porque está la fatalidad en el individuo, otras porque está fuera de él, pero está! Siempre la creí predestinada a ser mucho o ser muy poco... Hombre, me has dado un gran dolor! (*Ha hecho sonar dos veces la campanilla: a poco, trae el valet té, licor, etc.*).

*Ernesto.* — Un gran dolor?... Te pido mil perdones... He probado mi amor a la humanidad en artículos... en discursos...

*Emilio.* — Tan bonita, tan coquetita..., tan marquesita, tan ricurita. La ví una vez en un cotillón y quedé embobado: qué bien, qué mona! qué gracia, qué distinguidita, qué delicia! Movimiento! Plástica! Una sonrisa... unos ojos... oh! Y en el rigodón?... Recogiendo el vestido y saludando... un pié... qué pié!!!... Pero hay algo desgarrador en el suceso: el sobrenombre de esa chica era *L'Espoir*... se dan cuenta? No quiero pensar, quiero combatirme! porque temo! temo a mis emociones! (*Bebe licor*).

*Carlos.* — (Bajo a *Emilio*). Pero hombre, lo estás martirizando... ni ahora te darás cuenta de su violencia interior?

*Emilio.* — Y la mía?

*Rodolfo.* — ...*L'Espoir*...! (*Los cuatro personajes caminan en silencio, en distintas direcciones y haciendo gestos diversos, durante un buen rato. Beben, cada uno lo que prefiere. Carlos ofrece una taza a Rodolfo*). Gracias.

*Ernesto.* — Hubiera llamado la atención hasta imponerse.

*Emilio.* — Pese a la envidia!

*Carlos.* — Mucha libertad con el noviecito...

*Ernesto.* — Esa es la circunstancia ocasional.

*Carlos.* — ... encanto de la mamá porque va a heredar dos millones; encanto del papá, porque desciende de *Fernando séptimo*...

*Emilio.* — Me imagino el proceso.

*Ernesto.* — Natura, non facit saltus.

*Rodolfo.* — Dejen, dejen, no muerdan.

*Ernesto.* — Es que te diré la verdad: casi, nos alegramos: aunque no, digo mal. Pero en fin... tú le resultabas muy zonzo...

*Emilio.* — Y ella quiso un vivo!

*Ernesto.* — Pero... no me imaginé que pudiera afectarte!

*Carlos.* — Y casi no se comprende.

*Emilio.* — El movimiento íntimo de belleza y de altruísmo, muy natural en las almas selectas, ante cualquier cosa que se quiebra: ante la golondrina que encontramos muerta... ante Botafogo que cae vencido por Grey Fox...

*Rodolfo.* — Para qué farsas, amigos? Para consolarme? Para curarme? La he querido y no me avergüenzo. Por algo la habré querido... Sabemos por qué queremos? Y ocultar aquí lo que deploro... Vds. lo comprenderían puestos en el caso. La pobre chica, un tiempo... pero después, tantas cosas... esa casa... yo que... tengo tantos defectos... Cuántas veces les dije que me alegraba de haber cortado, y sin embargo... Esa criatura arrancada de esa casa,... hoy talvez era tarde, antes... antes era tiempo! No me refiero a la jovencita que da un traspies y pierde su posición social: me conmueve la caída de su alma buena e ingenua, sin doblez, sin frialdad y sin injusticia...

*Emilio.* — Ahora dirá la vieja: Rodolfo era un caballero, ay! ay!

*Rodolfo.* — Se enfermará.

*Carlos.* — Y el padre descargará sobre la chica todo el coraje de su impotencia para hacerse respetar toda la vida!

*Ernesto.* — Y el mamarracho de la hermana, que ahora ya no se puede casar... Y las tías... y las primas... Per Baco!

*Rodolfo.* — No perdonarán.

*Ernesto.* — Como no perdonaría el fondero que se le instalara enfrente otro fondero y diera comida gratis... (*Celebra Emilio*).

*Carlos.* — Hincarán el diente los tartufos...

*Emilio.* — ... La educación!

*Ernesto.* — Unicos responsables, los padres! Vds. creen que una muchacha se casa por amor? Se enamora del que conviene al interés de familia que presiona invisiblemente... y juega siempre con cartas dobles...

*Carlos.* — ... La madre!

*Emilio.* — El padre!

*Ernesto.* — En este caso, la madre: que no dejó gobernar a ese hombre bueno, y mandó ella... en el desquicio!

*Emilio.* — ... Pobre gente! Todos eran buenos...

*Ernesto.* — ... Pero hombre, no han fallecido...

*Emilio.* — Tienes razón... Al fin y al cabo, podría dársele menos importancia al asunto...

*Ernesto.* — Importancia... pst... la tiene muy relativa. Yo en cierto modo opto por lo positivo, y producido el caso irremediable creo que puede buscársele la virtud: feliz ella que tuvo su cuarto de hora: infeliz la solterona que no tendrá ni cinco minutos... (*De la suave sonrisa pasa gradualmente a un aire profundísimo*). El problema sexual es un abismo... La demencia social es hija del sexo! (*Evapora su mar de ideas en un gesto nebuloso y terminante*). (*Aparte a Emilio*). Hablando de importancia: le das mucha a ese capricho de Susana?

*Emilio.* — ... qué importancia, hijo, a las mujeres...

*Ernesto.* — Te quedas?

*Emilio.* — No sé qué hacer... Salgo y vuelvo... Vamos?

*Ernesto.* — (*A Rodolfo*). El acto inteligente, che, olvidar! Te dejo, querido Rodolfo. La conferencia de mañana en esa maldita cátedra es bravísima... bravísima... y esta noche...

*Rodolfo.* — Comprendo... Pero no me pongas en ridículo. No me miren así. No estoy de duelo, para que me acompañen vestidos de negro...

*Emilio.* — Yo vuelvo a comer. (*Poco tranquilo, sale con Ernesto*).

### ESCENA III

RODOFO, CARLOS, EULALIA. (*CARLOS enciende la pipa, RODOLFO mira atentamente su reloj*).

*Carlos.* — (*Sentado*). Vámonos al "Ombú"? (*Gesto desanimado de Rodolfo*). Allá podemos darnos "panzadas" de Schumann y de Liszt... Un mes en el "Ombú" y después a Europa... Sabes que te quiero... Y esos dos quizá también te quieren...

*Rodolfo.* — Lo espero... no los creo malos...

*Carlos.* — ... Hay un algo en ellos que no satisface...

*Rodolfo.* — ... Eres demasiado aristócrata. Es preciso comprender que ellos, ante todas las cosas, quieren ser inteligentes. Por el hábito, hasta su correspondencia de sentimientos ha de ser un acto de talento: primero el talento, después el afecto. Pero... todos tenemos algo de eso... y yo los envidio... (*Se domina mucho a ratos, Carlos lo observa*).

*Carlos.* — Qué los vas a envidiar! Como dice Ernesto, a veces usas mal las palabras.

*Rodolfo.* — Y me equivoco tantas!

*Carlos.* — Quisieras un poco del humor que les sobra... Yo no envidio sino a mí mismo en los tiempos en que sido feliz...

*Rodolfo.* — Y como yo no lo he sido nunca... (*queda un instante violentamente distraído: se domina, su voz no se altera*) tengo que envidiar a otros... a ellos, que están cerca... Aparentemente distintos y exactamente iguales, viven enviándose sus contradicciones como quienes juegan al volante, y se compenetran cada día más... (*Se pasea ligero*).

*Carlos.* — (*Calmo, fuma*). Y tanto! Ponen los ojos en la misma mujer (*gesto brusco de Rodolfo*) y se engañan dos meses uno al otro engañándose a sí mismos (*sonrien*), mientras ella los engaña a los dos... Concluyen por descubrirse y explicarse, y se explican tan admirablemente que quedan "ambos tres" en perfecto acuerdo y armonía... (*Ha conseguido hacerse atender*).

*Rodolfo.* — No entiendo... Toman alternativamente distintos papeles?...

*Carlos.* — A la dama, que le gusta que le digan Siempre viva, no le conmueven... una pestaña... pero ella se ha convertido en la musa de los dos... inventándoles una teoría "ad hoc", encantadora: la mujer es como el piano: mejor cuanto más se toque... siempre que no lo toque un gran artista, que destruye el instrumento de un extremo al otro, ni un diletante menguado que lo destruye sólo en las teclas del medio... "Va sans dire", los dos adoptan inmediatamente para "inter se", el papel del gran artista: ninguno quiere destruirla... por lo que destruiría... Y ella, que con la teoría les indica que espera el hombre ponderado, mientras les mantiene el secreto designio y esperanza de destruirla un día desde la tecla uno hasta la tecla

ochenta y ocho, les hace hacer los esfuerzos más titánicos para no mostrarse superiores, y por supuesto, para tampoco impresionarla como vulgares... Por eso Emilio vacila en todo... y Ernesto salta como en un vértigo fantástico... de las teclas bajas, a las altas... de las teclas altas, a las bajas... sin que pueda saberse nunca dónde está... Influencia de la mujer... encantadora...

*Rodolfo.* — Mujer dramática... peligrosa...

*Carlos.* — ... Probablemente una María Carmen... de mayor edad y energía...

*Rodolfo.* — (*Herido*)... Probablemente...

*Eulalia.* — Señor, lo llaman por teléfono

*Carlos.* — Descuelgue el tubo.

*Rodolfo.* — ... Tienes razón! (*Sale Eulalia — pequeña curiosidad, se lleva la bandeja*).

*Carlos.* — Es la noticia por teléfono.

*Rodolfo.* — (*Asiente*)... Pero... cazas al vuelo... Te noto algo envenenado... en tus cosas, hay amor en desgracia...?

*Carlos.* — Amor? (*Sonríe sarcásticamente*). Contra eso tengo tres cañones de largo alcance: Salomón, Tertuliano y Napoleón... Sabes que Napoleón dijo que en amor, la única victoria consiste en huir.

*Rodolfo.* — Tú crees que... huyendo...

*Carlos.* — Equivocadamente como has hecho tú, no; de otro modo.

*Rodolfo.* — Yo...?

*Carlos.* — Había que fugar a un sitio poblado y no fugar al desierto. Buscar la vida, no encastillarse. No había que fugar con el cuerpo dejando el alma donde estaba. En el desierto de tus libros, el ardor de las arenas ha hecho que surja, y llene, y viva, y reemplace la vida, esa sombra blanca que has tenido perpétuamente a tu lado durante estos tres años... No quería decírtelo... lo comprendí inmediatamente... ese fantasma blanco ahora sangra... aún tenías una absurda esperanza!

*Rodolfo.* — ... Lo más limpio de uno... por el suelo... y que se lo lleve el viento...

*Carlos.* — Y para esa ilusión tienes dos lágrimas? Llega hasta ese extremo tu caridad? Serás tan imbécil que sufriste entonces y sufrirás ahora? Son los tipos como tú los candida-

tos a víctimas de todas las falsías! Y si te hubieras casado con ella y se te hubiese escapado?

*Rodolfo.* — Escapado? Antes hubiera hecho yo de ella lo que yo solo sé que ella podía ser! Mi amor, habría vivido, y al vivir, habría dado forma a la estatua de que ella era la arcilla! Yo, le hubiera infundido el soplo de plena luz y de vida para que ella mostrara la gracia con que había sido bendita! Escapado!... no habría podido escaparse sino al desierto... Donde quiera que se fuese yo hubiera sido su sombra, su fantasma blanco!... yo, que habría dado para mí, para ella y para nuestra tierra, lo que ella debía valer y lo que debía valer yo! Qué iba a escaparse!... No hay por qué llorarla? Mira su retrato... (*lo saca del reloj y lo rompe*). Lloro mis sueños, lo que pudo haber sido... esas locuras... que eran el germen de mi verdad, que ha muerto sin haber vivido, y para siempre! (*Va al balcón, apoya la mano en la puerta, mira hacia afuera...*)

*Carlos.* — Era grande tu fé...

*Rodolfo.* — (*Sencillo, sin volverse*). Era amor...

*Carlos.* — ... Vámonos al "Ombú"?... (*Entra María Carmen: con sus últimas energías, casi una sombra de lo que fué. Rodolfo volvía y queda clavado en su sitio: Carlos, confundido, saluda, mira a ambos, y sale*).

#### ESCENA IV

MARÍA CARMEN, RODOLFO, EULALIA

*María Carmen.* — Ya se ve... ya ha llegado hasta aquí...

*Rodolfo.* — María Carmen...

*María Carmen.* — (*Impidiendo, con un movimiento de la mano, que hable Rodolfo*). Nada... (*baja la cabeza*). Nada... (*Mirándolo con extremada angustia y pronunciando apenas*) Nada... (*Rompe a llorar. Rodolfo mira al suelo, ella se domina*). No vengo a ocultarlo. Tú ya lo sabes, no? No faltan bondadosos... Pronto, porque si no sabes, lo diré yo!

*Rodolfo.* — Sí...

*María Carmen.* — Ah... y no me echas de aquí?

*Rodolfo.* — Éstás loca? No sé si bendecir el mal... pues vuelvo a verte... (*De aquí en adelante habrá algo en su actitud, en su inteligencia y sus palabras, que no había en las pri-*

*meras escenas, ausente María Carmen, donde a ratos, no daba una impresión de superioridad sobre sus compañeros).*

*María Carmen.* — Yo he venido a pedirte perdón...

*Rodolfo.* — A mí?... (*La hace o la ha hecho sentar*).

*María Carmen.* — Perdón a tí... que me has querido... perdón a tí, que me has querido... (*Su mirada se hace vaga, se pierde*). Es el último que pediré... ya lo he pedido a todos, y todos me han... echado, (*dice "echado" de un modo especial, como no hallando mejor palabra*) después de engañarme, o evadirse. Ya no me conoce nadie... todos tienen vergüenza... yo no tengo vergüenza... ya soy sola... yo y mis crímenes... (*Más serena*). Hasta la muerte me huye... quise echarme al agua y un hombre me apretó el brazo con una mano fuerte... (*Como si estuviera sola*) Qué podría hacer?... Queda el convento... pero al convento no iré... (*Excitándose*). No habría Dios para mí... No puede ser el mismo mi Dios y el Dios de... esa gente! Quién sabe si tengo Dios, quién sabe si hay Dios!... He venido aquí... aquí... perdón... si mi deshonor no te ofende... ay, no puedo más... (*Esconde la cabeza apoyándose sobre otro mueble, y llora. Puede haberse levantado para decir alguna frase y vuelto a sentarse*).

*Rodolfo.* — Deshonra? (*Da unos pasos, nervioso*). No cabe deshonor en tí, pobre niña! (*En su agitación interior ha descuidado la medicina: lo demuestra con un gesto rápido, vierte unas gotas en un vaso mientras habla dominándose, y lo ofrece a ella*). No se lleva el honor en las rodillas, sino en el corazón. Y mientras tu corazón no sea perverso, eres honrada! La deshonor está en los otros, en los causantes! porque entre honrados no pasa lo que pasó! tan causantes que son crueles, y que ahora, a pesar de que eres buena, quieren tu muerte! (*No ha podido dominarse, pero se refrena, y sarcástico, aunque gobernándose*). No te parece extraño un honor que si no se hace escándalo siempre existe? No te parece extraño un honor que sólo pierde el derrotado en el escándalo? Quién puede arrojar la primera piedra?

*María Carmen.* — Cómo, no estoy manchada... no soy algo infame?

*Rodolfo.* — María Carmen!

*María Carmen.* — Ajá!... ya no me llamo María Carmen, ya no tengo nombre...

*Rodolfo.* — Tienes nombre!: eres la víctima, el holocausto que se inmola cada año al falso pudor! Eres la que ha hecho lo que no hacen todas, aunque lo sueñan, porque no es la moda,.. que hace que todas muestren las ligas!

*María Carmen.* — (*Asombrada y muy tímida*)... Niegas el honor...

*Rodolfo.* — La causa que te ha empujado estaba a la vista pública y nadie la ha detenido. Eras la novia, y la novia, mientras no deje de serlo, puede hacer cualquier cosa sin ofender al falso pudor. Niego la impiedad y el interés que ahora se disfrazan y se ensañan. Pero la mentira es así, obra antes con embuste y obra después con embuste y siempre queda bien! Has hecho bien!

*María Carmen.* — (*Levantándose asombrada*). No! No he hecho bien! (*Pausa, se sienta*). Pobre amigo... es tu cariño el que habla, contra lo que yo siento... Pero creí... (*Antes y después de esta última frase, baja la cabeza*). Y me querías así... y tan cerca que pasaste sin que yo te viera... Y estoy perdida... perdida...! (*Empieza a desesperarse*).

*Rodolfo.* — No! criatura... quieres vivir aquí? Aquí o donde tú quieras... tendrás tu parte de casa aparte y no has de oír de mis labios... palabras que pudieran ofenderte... Pasará el tiempo... y llegará el día... en que tú serás otra... serás... tú misma! Yo te habré dicho muchas veces que no eres... sino una chica que nació con demasiada vida, que aca-paró y fortaleció demasiada vida, y a quien la vida, envidiosa, presenta ahora su batalla campal. Las reinas no han perdido su trono ni han sido rebajadas por faltas peores... tú no puedes marchitar el canastillo de flores que Dios te ha dado porque una de ellas... (*va poniéndose sombrío, ella llora*) porque una de ellas... Aunque... No llores...

*María Carmen.* — Aunque... ya sé... No me conoce... no me ha visto nunca... la familia, menos... Ahora sé tantas cosas... Malos... o pobres... Les dí mi amor... ahora tal vez odio... y tengo tal locura... Los de casa han mendigado veinte días un casamiento... y ya se arregla... ya no se arregla... a veces ha sido espantoso y a veces ha sido...

*Rodolfo.* — Repugnante.

*María Carmen.* — Yo no quise abrir la boca... Héctor no me habla ni me mira... se ha olvidado de que él nos presen-

tó... Y "él"... (*cada vez más ingenua*) ha sido un sueño... ha sido... lo que yo no me explico... tengo todo vivo... y todo borrado... no sé... yo no sé qué ha sido... ha sido la ocasión... (*Esto último con tal exceso de ingenuidad, que le quita todo carácter: no es afirmación ni disculpa, sino como una visión en blanco*). (*Ve que él sonríe*). Ah, Rodolfo, yo no me río... me muero de vergüenza... (*Esconde la cabeza*). Yo lo quería...

Rodolfo. — Pobre criatura!

María Carmen. — Lo quería... (*Con fatiga, desaliento, que no excluye alguna ráfaga, una chispa*) y para devolverme mi cariño me apuñaló por la espalda... Si yo le hubiera hecho una injuria queriéndolo así, qué venganza! A sangre fría, como deben ser las venganzas... solo que las otras son para el odio! Deben ser mejores los que asesinan, esos que toman a una mujer y la estrangulan... que uno que envenena con todo el arte... (*Su mirada se pierde vagando*). Ay, me mareo... (*Rodolfo le hace beber una gota del licor y toca el botón de la campanilla*).

Eulalia. — Ay, la niña María Carmen, está enferma? pobre niña!

Rodolfo. — Té por favor... (*Con la mirada la aleja*).

María Carmen. — Eulalia... pobre Eulalia... (*Llora*).

Rodolfo. — Y hay que olvidar, matar esos recuerdos, saldremos de aquí.

María Carmen. — (*Yendo hacia él*). Sí! (*Retrocede, sin exagerar*). Imposible... (*Yendo de nuevo*) Matarlo... matar ese recuerdo... yo... yo no sé... no... (*Se señala el seno*) lo matarías? Estoy loca! Sería mi hijo! Un hijo yo? Ja, já, já... estoy loca... Un hijo... que sería odiado por todos! Rodolfo!! (*Llora violentamente desesperada y pierde el conocimiento*).

Rodolfo. — (*A Eulalia, que trae el té*). Hielo, y arreglen donde acostarla. (*Ayudado por ella termina de acomodarla sobre un sofá*). Eulalia entrará y saldrá otras veces sin que se indique. Traerá una pequeña almohada, una manta que será inútil porque Rodolfo ya la habrá cubierto con una manta de fantasía que adorne allí).

## ESCENA V

*Dichos, CARLOS*

*Carlos.* — Qué es eso? Grave?

*Rodolfo.* — La atiende. No.

*Carlos.* — Melodrama.

*Rodolfo.* — Cállate.

*Carlos.* — Por qué la has entretenido?

*Rodolfo.* — Por gracia de Dios, se salva de la locura.

*Carlos.* — Médico, pudiste prevenirlo... (*Rodolfo sonríe*).

*Rodolfo.* — Tiene un temperamento superior a las dosis...

*Carlos.* — Tú eres el loco!

*Rodolfo.* — Cállate... ya hablaremos.

*Carlos.* — No me callo!

*Rodolfo.* — Te haré callar!

*Carlos.* — ¿Sabes lo que te costará un minuto estúpido? No es éste el sitio de ella.

*Rodolfo.* — ... Pero ahora está aquí... (*La atiende siempre*).

*Carlos.* — ...Tus derechos?

*Rodolfo.* — Me los tomo! No dejaré que la ultimen!

*Carlos.* — ... Melodrama...

*Rodolfo.* — Carlos... sé lo que quieres decirme por mal entendido afecto... pero todos llevamos el secreto de nuestro destino... (*Como contento, como feliz, con secreta emoción que asoma*). Hago hablar a mi corazón, y mi corazón me dice que es éste el sitio de ella... Hago hablar a mi cerebro, y mi cerebro me dice que es éste el sitio de ella... Y si los dos se chocan, yo entiendo que me gritan que no la deje!... y si los dos se callan, oigo una voz de afuera que me murmura que no la deje sola... Este es el oasis de mi desierto... qué me importa una fama que está en los otros si yo puedo cambiarla por un rayo de sol en mi vida, por una lista de cielo... allá lejos... lejos! lejos... solo con ella y donde nadie nos vea...!

*Carlos.* — Niño!... te esperan horas de dicha falsa.

*Rodolfo.* — Y quiero ser niño! No hay dicha falsa para el niño!... Pero estamos delirando! Cumplo con mi deber! Si sospechas que le he dado un solo beso, te equivocas!

*Carlos.* — Lo hecho, está hecho: Héctor ha herido gravemente a Jorge, y yo he avisado que ella estaba aquí.

*Rodolfo.* — Tú, mal amigo, tú!

*Carlos.* — (*Frio*). La harás tu querida?

*Rodolfo.* — (*Retrocede*). No!... perdón... No sé qué iba a hacerla... no lo pensé... pero ella estaba aquí... (*Va a su lado*) era mía... nadie podía tocarla... ni yo!... Y ahora vendrán a robármela... otra vez! (*Casi con lágrimas*)... Has hecho bien, que vengan! Abre un poco el balcón, este aire sofoca...

*Carlos.* — (*Débil*). Tal vez hice mal... (*Abre demasiado, Rodolfo va y arregla a su gusto*).

*Rodolfo.* — Hay que guardar las formas... lo había olvidado... Para matarla, no hay que guardar las formas... para salvarla... sí.

*Eulalia.* — ... Será mejor no moverla...

*Rodolfo.* — Un momento, es mejor.

#### ESCENA VI

*Dichos, ERNESTO, EMILIO. (Con sombrero)*

*Ernesto.* — Ah... (*Se detiene*).

*Emilio.* — (*Dulce*). María Car... ("*Car*" suena una suave k.)

*Ernesto.* — A pesar de la intimidad, pido disculpa: ignoraba... Si crees que debo o debemos retirarnos...

*Rodolfo.* — Si tienen la llave de la puerta, es que yo no tengo misterios.

*Ernesto.* — Pero por ella... debemos irnos... (*En vez de irse, se acerca*). Qué tiene? Es grave? No quisiéramos dejar de acompañarte...

*Emilio.* — (*Dulce*). Duerme... parece narcotizada...

*Ernesto.* — Parece novela...

*Rodolfo.* — Algo de las dos cosas.

*Carlos.* — La trajo la desesperación... se comprende... (*Cambiando de sitio el sombrero de ella*). Y hasta la ropa... ya... descuidada... Debe haber sufrido horrores la pobreci-

ta... (*Rodolfo lo mira, él no está como siempre, tranquilo*).

*Emilio*. — (*a Ernesto*). Esta chica está... con consecuencias... (*Dejándose oír por Carlos*). Qué te parece avisar a Siempreviva para proceder en un imprevisto?

*Ernesto*. — (*Asintiendo rápido*). Ocupate... muy bien...

*Carlos*. — Yo he cometido el error de avisar a la familia.

*Ernesto*. — Es lo correcto... Y que si la buscan, no escandalicen buscándola.

*Emilio*. — (*Lleno de gestos*). La tormenta! Un drama bárbaro!

*Ernesto*. — Más calma! La familia parece abandonarla. Hay que cuidarlo a él.

*Emilio*. — (*Para que oiga Rodolfo*). Ha sufrido horrores pero no ha perdido el encanto... y qué bien, con ese chal...

*Rodolfo*. — Está agotada. Y son de temer tanto la depresión como la exaltación que guarda la naturaleza en sus reservas últimas... Si llegan a confundirse...

*Ernesto*. — ... Pues lo principal era decirte que Héctor...

*Rodolfo*. — (*Asintiendo e indicando*). Carlos...

*Ernesto*. — (*Recoje sus libros para irse: este juego lo repetirá*). Creo que si quería batirse, pudo hacerlo antes... Comedia! Aunque se maten, el fondo sociológico del asunto, es cómico, farsa!

*Rodolfo*. — Tal vez trágico cuando se soporta el no batirse y trágico al batirse...

*Emilio*. — (*Que insinuó con cierta sonrisa una aprobación a Ernesto, cambiando*). Hondamente trágico! (*Pausa*).

*Ernesto*. — Y...? Parece que te envuelves en la situación... predisuesto a dejarte arrastrar...

*Rodolfo*. — Espero...

*Emilio*. — (*Aparte, preocupado de ella*). L'Espoir... quelque chose qui c'est brisé...

*Ernesto*. — (*Solemnec, dejando libros y sombrero, y mirando rapidísimamente el reloj*). Ignoro datos, antecedentes y detalles... demasiado supuestos en estos casos... Creyendo de mi deber decir dos palabras, me elevo inmediatamente a la síntesis... No piensen que pretendo ser infalible... saben que soy más bien enciclopédico... ni que carezco de silencio... el silencio que rectifica. Entiendo que mi silencio aquí sería egoísmo... Esta chica ha venido buscando protección: eso se indu-

ce. Y veo su destino con una claridad de mediodía!: su destino, se deduce. Hay que entrar en el fondo del dolor humano hasta donde desaparece lo sensible, para encauzar las distintas normas... Actriz, pequeña actriz, segunda parte en cualquier buena compañía. Su belleza le asegura un éxito colosal... y que se haga reina de la escena. Con eso, le cortará la cola al perro de Alcibiades! (*Emilio domina una carcajada, Carlos sonríe. El no ha soñado decir un chiste y continúa grave, forzando la voz para bajarla durante todo su discurso*). Fuera de esto, la negra desgracia! Ha fracasado en su mundo, que no fracase en el nuestro, ya que para algo somos curiosos de la super-vida... Aire, aire... libertad y amplitud de criterio! Supongo que Rodolfo no va a tener el mal gusto de quedarse con ella así nomás, esto es, de recibir vulgarmente un despojo de familia, de esa entidad que va diciendo ella misma "los parientes son los peores!", de esa entidad que a veces es un pozo de martirios, como suele ser también un pozo de iniquidades!... El encierro la haría agonizar en el remordimiento, otro trabajo, porque no es rica, en la humillación! Castigo y miseria inútiles, que la empujarían poco a poco... un poco más, y luego, con las lágrimas de su degradación física y moral a una muerte estúpida!

*Carlos.* — ¿Si fuera hermana tuya se lo dirías así?

*Ernesto.* — Hermana mía, no da el paso... y si lo diera lo daría conscientemente... y tan tranquila... Y casi te aseguro que a una hermana la prefiero madre, a solterona!... Si esta chica fuera rica, yo le diría: libétese, no llore, diga que le dió la gana de amar! Pero sólo es pseudo-rica, y será irremisiblemente aplastada si no se defiende con su talento!

*Carlos.* — La trajo su corazón... en todo caso...

*Rodolfo.* — (*Cortando*). Mejora el pulso, por suerte.

*Ernesto.* — (*Apurado*). En todo trance, Rodolfo, un golpe de teléfono. Ahí queda Emilio. Emilio, cualquier cosa... Carlos... La conferencia... (*Vásc rápido*).

## ESCENA VII

*Dichos, menos ERNESTO*

*Emilio (a Carlos).* — Me gusta oírte hablar de corazón... él ve las cosas con el ojo sociológico.

*Carlos.* — Creía estar en la cátedra... debió hablarnos de la pluralidad de los mundos...

*Emilio.* — Tiene la buena intención científica! ¡Cómo yo, si hablara, tendría la buena intención sentida y seria! ¡El asunto no es chacota!

*Rodolfo.* — Opina, opina...

*Eulalia.* — Yo podría llevarla con cuidado.

*Rodolfo.* — Ahora es mejor esperar.

*Emilio.* — Opino sencillamente que esta niña vuelva a casa de sus padres y que no suelten ellos ahora su responsabilidad como una brasa ardiente. ¡Y qué tú no la vieras más entre otras razones porque no vale lo que tú! Es doloroso, pero necesario. Se trata de una víctima culpable y no es prudente que haga un enjambre de víctimas! (*Queda satisfecho de sí mismo, grave*).

*Eulalia.* — (*Acercándose a Carlos con un pretexto y con disimulo, al pasar*). Niño Carlos, por favor...

*Rodolfo.* — (*Escucha apoyada la cabeza en una mano, de vez en cuando pasándola por el cabello*). Cuántos proyectos... cuánta buena intención y yo no siento alivio... Qué oscuro es el amor, y es el dolor, y la piedad y el perdón en el mundo de la pobre chica y en el nuestro... el de los super... lativos... Mirando todo menos el sentimiento próximo... Cuando necesita piedad y consuelo, y respeto y silencio... proyectamos... y ajusticiamos! ¡Que se haga actriz... cuándo, y cómo y con qué recursos... que vuelva a la casa donde la han desangrado... para que le extraigan la última gota... Cuántos proyectos! Me hace el efecto de que sus parientes la hubiesen muerto, y de que estuviéramos nosotros haciéndole la autopsia! De que tratáramos de esconder un cadáver, todos los cómplices! (*Eulalia se seca los ojos*). Llévemosla...

*Emilio.* — No te agites... (*a Carlos*). La quiere como un loco... (*Alto*). Perdona, Rodolfo, pero no la lleves adentro... (*Rodolfo lo mira suspenso, conteniéndose*).

*María Carmen.* — Ah, qué sueño... qué alivio... Ah... ustedes... (*Violenta emoción en ellos, especialmente en Emilio a quien lo dominará creciendo hasta el final*).

*Rodolfo.* — No temas.

## ESCENA VIII

*Dichos, el VALET*

*El Valet.* — *(Presenta una tarjeta, Rodolfo la lee).* La señora y dos niñas.

*María Carmen.* — *(Despertada completa y brutalmente).* Tía Adela! Rodolfo! Tengo miedo! No, no se vayan ustedes, no se vayan!

*Rodolfo.* — Pasa con Eulalia.

*María Carmen.* — No! Pareceré escondida! *(Viendo que Rodolfo va).* No, que vengan, ya estoy tranquila...

*Rodolfo.* — Hágalas pasar. *(Sale el valet).*

*Carlos.* — Calma María Carmen, somos amigos...

*María Carmen.* — *(Conmovida).* Gracias...

*Emilio.* — Quién sabe a qué vienen... todo tiene arreglo.

*Rodolfo.* — No temas...

## ESCENA IX

*Dichos, ADELA, MARÍA TERESA, ERNESTINA.*  
*(El valet sostiene la portière mientras ellas pasan).*

*Adela.* — Doctor... Rodolfo... cansadas de llamar por teléfono... María Carmen... vamos María Carmen... *(Ha cambiado saludo rápido con Carlos y Emilio que les ofrecieron asiento, ellas no aceptaron pero agradecieron las niñas con una sonrisa indefinible, seca por la violencia del instante, pero atenuada en seguida por algo de amable y picaresca neutralidad. Rodolfo al oír su nombre se ha inclinado, ha indicado a la señora el asiento que ofrecía Carlos, pero ella ha continuado: María Carmen, etc. La presencia de dos niñas tonifica un momento las fuerzas de Emilio).* Rodolfo le aconsejará que sea humilde, que no puede, no debe tener rebeldías...

*Rodolfo.* — No, señora.

*Adela.* — *(a sus hijas).* Vayan ustedes y esperen en el auto acompañando a su tío! Ignoraba la presencia de estos caballeros... no, no, no se retiren... son mis hijas quienes no han debido subir!

*Ernestina.* — No te dejamos sola, mamá.

*Adela.* — Retírense! (*Salen ellas*).

ESCENA X

*Dichos, menos las NIÑAS*

*Adela.* — Precisamente, sola, frente a tres jóvenes sensatos y de honor, (*se sienta*) que no prolongarán la angustia de este momento... Vamos María Carmen, no es una sola la locura que has hecho, y abajo espera tu padre que te imaginarás por qué no sube... (*María Carmen desfallece, Rodolfo está cruzado de brazos*), Carlos, Emilio, esto es doloroso... y hasta ridículo... ja, este refugio en casa de un antiguo casi novio... en estos momentos... como si alguien quisiera dañarte...

*Rodolfo.* — María Carmen está enferma, señora.

*Adela.* — Pudo bajar! en vez de hacerme subir!... Y menos mal que estás en el escritorio!

*Rodolfo.* — Señora!

*Adela.* — Mil gracias, Carlos.

*Carlos.* — Estoy muy arrepentido, señora.

*María Carmen.* — ¿A dónde me llevan?

*Adela.* — Yo he obtenido, gracias a no pocas súplicas y ver... (*Corrige*) y sacrificios, que seas recibida en una buena casa, de orden, de moralidad y de discreción. Pero todo te lo diré después. Oyeme, sabes mi cariño, no hundas más a nuestra familia que ha deseado y desea sólo tu bien...!

*Rodolfo.* — Señora eso es una... por mi voluntad, señora, no sale de aquí.

*Adela.* — No me avengüence más, Rodolfo, esto no es ridículo sino indecente.

*María Carmen.* — Tía Adela, usted no es buena... nunca sufrió?

*Adela.* — (*Replegándose, se había incorporado*). Ingrata... (*Se seca una lágrima*). Yo bien quisiera tenerte en casa, pero es eso posible? Debo sacrificar a María Teresa y Ernestina? Pobrecitas!

*María Carmen.* — (*Levantándose*). ¿No me han echado? ¿No me han escupido? ¿No me han muerto? ¿Qué quieren? ¿Mi cadáver? ¿No está manchado, hasta mi cadáver?

*Adela.* — (*Idem*). Soy enferma del hígado, María Carmen! ¡Ten piedad de mí! ¡Lo único que te pido es un poquito de consideración! (*Los ojos de las dos mujeres son dos flores en pleno asalto*).

*Carlos.* — (*Aparte*). La terrible venganza!

#### ESCENA XI

*Entra don JAIME, luego sus sobrinas*

*Emilio.* — (*Aparte*). Horror!

*Jaime.* — Doctor... Rodolfo... excúseme un martirio: carece usted del derecho de albergar a esa menor, (*entran las dos niñas*) y uso toda mi autoridad de padre para llevarla. María Ca... María Carmen, vamos!

*Carlos.* — Señor... (*Lo contiene un paso y el gesto de Rodolfo*).

*Rodolfo.* — (*Sereno*). Es mi novia, señor... (*María Carmen suelta un hondo sollozo, pero él continúa con serenidad casi religiosa*). Ella me hace el honor de casarse conmigo... si ella quiere, que se diga en los diarios...

*Jaime.* — Si es así... (*Ha habido un murmullo, o de alivio, o de ironía o de confusión; murmullo suave, vario, difícil de describir*).

*Adela.* — Gracias, gracias.

*María Teresa.* — Nosotras no sospechábamos nada de esto...

*María Carmen.* — (*Lloró: al oírse "honor" se oyó su gemido profundo; después ha expresado rápida, como la aurora primero, como las tinieblas luego. Firme ya, voz triste, pero clara*). ¿Tú, te casarías conmigo...? (*Va hacia él y le tiende las manos*). ¿Es cierto? (*Se aparta*). Entonces, estoy redimida... (*Todo lo demás como en oración, vago... ha sufrido como para no estar ya en la tierra y prescindir de los circunstancias*). Entonces, estoy lavada... Entonces, Virgen, estoy perdonada...! (*Mira a Rodolfo fijamente después de haber mirado arriba*). El perdón de tu amor puro me vuelve a lo que fuí...

*Adela.* — Perdonada estuviste siempre!

*María Carmen.* — (*Sin oírla*). Adiós Rodolfo... (*Le besa la mano*).

*Rodolfo.* — ¿Te vas? ¿Te vas?

*María Carmen.* — Adiós... te esperaré... allá... más allá... (Se ha deslizado hasta cerca de la puerta del balcón, la cruza rápida y la cierra. Un grito de todos; se oyó el de María Carmen. Rodolfo va al balcón y a poco vuelve desfigurado).

*Rodolfo.* — (Recostándose contra la puerta que cierra al recostarse). ¡Fariseos! ¿Tenía honor? (Arrancándose cuello y corbata). ¿Valía algo? (Todos menos don Jaime y Carlos desaparecen. Don Jaime cae de rodillas y luego completamente: lo atiende Carlos dominando su angustia. Rodolfo cambia su intención de ir a la calle y va a recoger los pedazos del retrato de María Carmen. Una rodilla en tierra, ve el chal, no quiere llorar y se le oyen como gruñidos. Tambaleándose se dirige a la calle).

## ESCENA XII

RODOLFO, CARLOS, DON JAIME

*Carlos.* — No vayas... no debes ir.

*Rodolfo.* — (Se detiene, da unos pasos inseguros). Para qué nacer... si somos tan perversos... (Está mirando al suelo). Dios... (Y como elevándose de un abismo, alza los ojos y se serena poco a poco. Firme y tranquilo va a asistir a don Jaime. Carlos se aparta lento y rompe a llorar apoyado contra el respaldo de un sillón. Rodolfo lo mira, el reloj en la mano, se domina de nuevo y continúa...).

T E L O N

## LA REVOLUCION DE MAYO Y EL AÑO 1820 (1)

Ya es una costumbre secular la conmemoración que hoy nos reúne; de ahí que se diría que ella es tan antigua como el hecho mismo conmemorado. Pero la revolución de Mayo, señores, fecunda en recuerdos, no fué menos fecunda en hechos transcendentales, que la magnifican y la colocan en el pedestal de la inmortalidad.

Cada suceso de nuestra formación independiente, reconoce el origen esencial de Mayo. Palpita en la mente de todos, y forman sustancia inolvidable en nuestra memoria, los detalles de lo acontecido, que celebramos.

No me detendré en evocaros de nuevo las horas inquietantes de los que conspiraban, con peligro de sus vidas, en lo de Vieytes, Orma o Rodríguez Peña; tampoco bosquejaré la acción firme y resuelta de un Castelli, que se impone ante la actitud lamentable del virrey. Omitiré las incertidumbres de los patriotas que esperaban la convocatoria del Cabildo abierto; la realización de este, las discusiones, las sutilezas legales, las vicisitudes hasta el 25 y el triunfo de la aristocracia criolla, en el genuino sentido de la palabra, todo ello, animado por ese coro que forma el fondo de la armonía, el entusiasmo de la muchedumbre. Vive inolvidable, repito, en la conciencia de todo argentino, y aun más diría, de todo hombre que reside en nuestro suelo, respira nuestro aire, se alumbra con nuestro sol y comparte el dulce bienestar de la libertad que generosamente ofrece nuestra patria a quien se hospeda en ella.

En cambio sí, me propongo detenerme un momento en

---

(1) Lectura realizada en el Colegio Nacional Mariano Moreno. El autor se ha decidido a publicar este trabajo, cosa que nunca ha hecho con sus alocuciones escolares, porque cree haber interpretado la naturaleza del suceso de mayo y su proyección revolucionaria.

mostrar la vinculación del 25 de Mayo con ese otro hecho esencial de nuestra historia, y cuyo transcurso de un siglo, este año celebramos, hecho sobre cuyo valor no se ha dicho la última palabra. El 25 de Mayo de 1810, recorrió su primera etapa fundamental en el año 1820. Justifiquemos el aserto.

Ante todo, debemos adelantar una afirmación sobre nuestro criterio. Nuestro estado de espíritu, goza de una quietud, de una serenidad tan grande que nos permite juzgar los hechos, sin desmedro de las convicciones; y nuestra comprensión del asunto, por los elementos que nos es dado compulsar, se acerca a la realidad, como a ninguna otra generación le ha sido posible hacerlo.

El año 1810, forzoso es convencerse, no es producto de uno de esos arrebatadores movimientos inconscientes que ofrecen a veces los pueblos, y que culminan en las violencias más inhumanas. Se diría que la agitación se inicia con lentitud colectiva, pero no por ello menos firme, y que se acrecienta a medida que se despiertan las mentes; y sólo se hace turbulenta, cuando casi todos los propósitos primeros se han obtenido y faltan cumplir las finalidades.

En los grandes movimientos colectivos, pocos son los hombres que tienen visión precisa del propósito y los resultados de los mismos. Cuanto más son los elementos que numéricamente intervienen, menos son los que penetran en la naturaleza de ellos. Un ejemplo lo hallamos en la revolución de Mayo, de cuya ulterior finalidad sólo Moreno tuvo noción, en la primera hora, y trazó, diremos así, el programa en su no suficiente divulgado trabajo, "Miras del Congreso que acaba de convocarse y constitución del Estado".

En este escrito, publicado en 1810, en la Gaceta, están echadas las bases de la revolución política e institucional que se manifestara en su plenitud en 1820, ese tan criticado 1820, que como aquellos chicos díscolos de las familias, cuando llegan a su plenitud de desarrollo son los mejores y los más aprovechados. Los grandes actos, requieren grandes dolores. El análisis de algunas ideas sustanciales del escrito de Moreno, hará comprender como es él quien formuló la definición revolucionaria.

Nuestra revolución, en primer término, como negación de un régimen absoluto, debía ser eminentemente democrática, y nuestro prócer decía con acierto que "la opinión pública es el

órgano por donde debemos conocer el mérito de nuestros procedimientos”.

La opinión pública sólo puede manifestarse en un estado de independencia; y el paso de la falta de autoridad de la masa popular al predominio de ella, tiene que traer, forzosamente, aparejados graves trastornos, que Moreno vaticinó y que el año 20 puso en evidencia.

Para comprender el valor de nuestro tribuno, bastará transcribir ese pasaje en que nos expresa que, “Hay muchos que fijando sus miras en la justa emancipación de la América, a que conduce la inevitable pérdida de España, no aspiran a otro bien que a ver rotos los vínculos de una independencia colonial, y creen completa nuestra felicidad, desde que elevados estos países a la dignidad de estados, salgan de la degradante condición de un fundo usufructuario, a quien se pretende sacar toda la substancia sin interés alguno en su beneficio y fomento. Es muy glorioso a los habitantes de la América verse inscriptos en el rango de las naciones, y que no se describan sus posesiones como factorías de los españoles europeos, pero quizá no se presenta la situación más crítica para los pueblos, que en el momento de su emancipación; todas las pasiones conspiran enfurecidas a sofocar en su cuna una obra a que sólo las virtudes puedan dar consistencia; y en una carrera enteramente nueva, cada paso es un precipicio para hombres que en trescientos años no han disfrutado otro bien que la quieta molicie de una esclavitud, que aunque pasada, había extinguido hasta el deseo de romper sus cadenas”.

Es la falta de preparación colectiva de nuestros antepasados, y que él conocía a fondo, lo que le hacían exclamar estas últimas palabras pesimistas pero justas, traductoras de un concepto pletórico de previsión política.

Por eso, la revolución necesitaba reemplazar todo un estado de civilización social y política, renovando las instituciones; y los hombres encargados de orientar al país en el futuro Congreso, debían comprender que no era posible limitar su acción a sustituir unos hombres por otros, sino a crear otras normas en lugar de las anacrónicas instituciones españolas, que fuesen más acordes con las necesidades y el progreso de los pueblos, en ese momento. Y el Código fundamental, Las Leyes de Indias, hacían exclamar al secretario de la Primera Junta, las siguientes

palabras: "guárdese esta colección de preceptos, para monumento de nuestra degradación, pero guardémonos de llamarlo en adelante nuestro código; y no caigamos en el error de creer que esos cuatro tomos contienen una constitución; sus reglas han sido tan buenas para conducir a los agentes de la Metrópoli en la economía lucrativa de las factorías de América, como inútiles para regir un estado que, como parte integrante de la monarquía, tiene respecto de sí mismo iguales derechos que los primeros pueblos de España".

He aquí en este fragmento como aparece el andamiaje doctrinario de la tendencia de Moreno: el pacto social de Rousseau que leyera y tradujera antes del movimiento de Mayo.

Y en efecto, venciendo las dificultades de la distancia, del prohibicionismo español y de la comprensión del idioma, los escritores que inspiraron la revolución francesa, inflamaron con sus prédicas el espíritu predipuesto de los criollos; uno de estos fué Moreno.

La delegación de la soberanía popular, hecha a los príncipes, esencia del pacto social, no había sido respetada en su límites, por estos últimos; el monarca español era uno de ellos. Se imponía, entonces, que "nuestro adorado Fernando", como dice con cierto dejo de ironía, ocupara un segundo plano, por cuanto "las Américas no se ven unidas a los monarcas españoles por el pacto social con el que únicamente puede sostenerse la legitimidad y decoro de una dominación. Los pueblos de España consérvense enhorabuena, dependientes del Rey católico, esperando su libertad y regreso; ellos establecieron la Monarquía, y envuelto el Príncipe actual en la línea, que por expreso pacto de la Nación española debía reinar sobre ella, tiene derecho a reclamar la observancia del contrato social en el momento de quedar expedito para cumplir por sí mismo la parte que le compete. La América en ningún caso puede considerarse sujeta a aquella obligación; ella no ha concurrido a la celebración del pacto social de que derivan los monarcas españoles, los únicos títulos de la legitimidad de su imperio: la fuerza y la violencia son la única base de la conquista, que agregó estas regiones al trono español; conquista que en trescientos años no ha podido borrar de la memoria de los hombres las atrocidades y horrores con que fué ejecutado, y que no habiéndose ratificado jamás por el consentimiento libre y unánime de estos pueblos,

no ha añadido en su abono, título alguno al primitivo de la fuerza y violencia que la produjeron. Ahora, pues, la fuerza no induce a derecho, ni puede nacer de ella una legítima obligación que nos impida resistirla, apenas podamos hacerlo impunemente; pues, como dice Juan Jacobo Rousseau, una vez que recupera el pueblo su libertad, por el mismo derecho que hubo para despojarle de ella, o tiene razón para recobrarla, o no la había para quitársela”.

Pero la libertad, no implica disolución social, libertad no significa negar la existencia de un vínculo que sedimenta los elementos sociales y los cohesiona; la libertad, en este caso, va contra el poder político en quien se delegó la soberanía.

El temor de Moreno, de una disgregación social, estuvo casi por cumplirse, y sólo la reacomodación de las fuerzas sanas pudo salvar la nacionalidad argentina, a la que ahora pertenecemos.

\*

\* \*

La fantasía y las formas que ella engendra, muchas veces imprimen las ideas en la mente del que escucha, mejor que el razonamiento descarnado. Y la música misma, con su lenguaje etéreo e impreciso, sólo nos traduce la situación del espíritu que contempla la vida; porque nada más intensa que la vida humana pretérita, esencia de la historia.

Beethoven, en una de las partes de su maravillosa Pastoral, tiene una evocación de la tormenta, que es una de las páginas más geniales de todo el arte musical; muchas veces se me ha ocurrido que la naturaleza misma se ha vertido toda en la mente del artista, para ser mejor comprendida. La vida histórica, también a ratos, puede comparársela con la orquesta de los elementos.

El decenio que va de 1810 a 1820 es el de la preparación de la tormenta que arreciará furiosa en este último año, y que, por suerte, para nuestro país, pasó sin dejar el daño que pareciera prometer su aspecto.

Os imagináis el año 1810; el 25 de Mayo, se inician las primeras condensaciones, aparecen las primeras nubes en el horizonte, la tierra se siente estéril y apenas sopla una brisa que lleva en su pequeñez la afirmación de la pobreza del mo-

mento. Pasan los tres primeros años y al llegar a la asamblea de 1813, apenas se ha encapotado el cielo, algún que otro remolino de tierra oscurece la visión y a lo lejos se manifiesta indeciso un cordón negro que no lleva aun rumbo definido. En el año 1813, han caído las primeras gotas, pero la vida toda, poco se beneficia con ellas; es que nacen mayores ansias, mayores necesidades, y se desea el desencadenamiento del vendaval. Y sucede el año 15, entramos en la tormenta declarada, las primeras ráfagas hacen sentir sus latigazos, pero las nubes terrosas no permiten aun abarcar el conjunto; se espera algo más, se presiente un enorme agolpar de los elementos; el espíritu se siente sobrecogido, se piensa en la huida, pero es inútil, es demasiado tarde, estamos en medio del peligro, se lucha con él, se echa mano de todos los recursos y los hombres directores del movimiento reparan que las pasiones colectivas son más fuertes que la razón individual, y sólo la esperanza de que se precipite la catástrofe, mantiene en pie el ideal.

Comienza a transcurrir 1820, el ciclón se ha desencadenado; grave y opaco; en lontananza estallan los truenos, más luminosos, como si los cruzara una espada límpida; la ira de Eolo quiere sorprender todo lo existente, escrutando lo más débil en la tierra para arrancarlo y convertirlo en juguete de sus fuerzas. El hombre, en medio de tanta desolación y tanta exorbitancia de caos se siente pequeño, momentáneamente; pero una luz interior le dice que todo ello es pasajero, que la llegada de lo más álgido es el principio del fin, y que pronto vendrá el momento de reconstruir. Vislumbra en medio de esa baraunda infernal, el preludio lejano de una armonía infinita que presagia la creación de una nacionalidad. Y recordando al poeta por sobre la tormenta, se nos figura que

El inmenso azul escucha, sus himnos lo encantan;  
El océano bravío y el espeso huracán cantan,  
Cada uno su estrofa al infinito.

\*

\* \*

La realidad histórica nos atrae. De su análisis se comprenderá los fundamentos de nuestra afirmación. Sólo en el año 1820, repetimos, se inicia la democracia como fuerza eficiente, aunque informe y con vagas nociones de ideal, salvo el prin-

cipio federativo de gobierno. Sólo en el año 1820, encontramos por vez primera, perfectamente definidas las fuentes del poder. Bastará recordar aquella comunicación de Martín Rodríguez, de 8 de octubre, al Gobernador de Entre Ríos, Ramírez, en la que expresaba que la Junta de Representantes había sido "elegida de un modo más libre" y en la que agregaba que "el voto libre de los imparciales representantes del pueblo me distinguió con el mando".

La autoridad del P. E. de la Provincia de Buenos Aires, resultado del sufragio, necesitaba consolidarse con el respeto de los ciudadanos; la obra iniciada en 1820, importará la creación de un nuevo orden político emanado de las leyes, cuyas disposiciones deberán ser acatadas para que se forme la nación.

En el año 1820, se produce el enlace entre la lucha por la Independencia, que toca a su término, y la Organización del país que se define como una necesidad imperiosa; es en una palabra, el paso de 1810 a 1853, o mejor dicho, del régimen colonial que se extingue al régimen de gobierno nacional bajo cuyo imperio vivimos. Lo demuestran las palabras que el Gobierno de Buenos Aires dirige al de Santa Fe, en 31 de Diciembre de 1820. A mi juicio, las ideas que ellas traducen, son una revelación de la conciencia de la época, son la testificación de un momento histórico en que el gobierno de la provincia mencionada, justificaba su conducta, al dirigirse al de Santa Fe, en estos precisos términos: "doy este paso por el bien de la paz, tan apreciable en circunstancias de esperarse por momentos los decisivos resultados de la expedición sobre Lima, — (la expedición de San Martín al Perú) — que sería muy doloroso malograr con una guerra desastrosa. Lo doy por cargarnos de razón en caso de tener que resistir una violencia. Y lo doy para presentar a las provincias una prueba evidente de que Buenos Aires sólo desea la organización nacional en los términos que la voluntad general, legitimamente pronunciada, tuviese a bien de deliberar".

No pueden pedirse, señores, términos más sensatos, más llenos de patriotismo y de sentido político que los transcriptos. términos que confirman el pensamiento de Moreno, en 1810. Es por todo esto que me ratifico en primer juicio, cuando protestaba contra las opiniones despectivas con respecto al año 1820.

Es la primera afirmación de que el movimiento de 1810

no fué estéril y que la revolución que hoy conmemoramos no fué traicionada.

Debemos convencernos de la profunda solidaridad entre los hechos históricos, porque ellos crean el contenido de una nación, y una "nación es un alma, un principio espiritual"; sus hijos, incumbe la tarea de conservar sus principios y plasmar nuevas formas de su contenido.

"Un pasado heroico, grandes hombres, la gloria, he ahí el capital social sobre el que se asienta un ideal nacional. Tener glorias comunes en el pasado; una voluntad común en el presente", como dice Renán, es el ideal que animó siempre a los pueblos de valor constructivo en la humanidad.

Esas glorias y ese pasado, es la fuente en que debemos alimentar nuestro ideal para el futuro, si somos hombres dignos no sólo de recordar sino también de hacer. A la manera de Hugo, "afirmaremos que los hombres, en el trabajo, son grandes por el camino que hacen; su destino es andar... no es alcanzar el fin, es estar en marcha. Y esta marcha, con el infinito por antorcha, será continuada más allá de la tumba. Es el progreso".

La revolución del 25 de Mayo de 1810 es una marcha que se inicia; el año 1820, es un etapa, la antorcha del infinito es la libertad, que es el goce más grande que puede disfrutar un pueblo.

Es propio de la naturaleza humana ser contradictoria y sentirse vanidosa de su individualidad; los más grandes sentimientos humanos, generalmente son individuales; hay uno, sin embargo, que refunde las conciencias, y ese es el de una patria como la nuestra que se halla saturada de humanidad, de amor a los semejantes, en cuyo símbolo solar, como diría Sarmiento, se excluye todo sentimiento de rapiña.

Y es esa solidaridad humana, nacida hace 110 años, que debemos cultivar porque ella nos eleva, y nos hace comprender que tenemos una misión en la vida que debe traducirse en un himno de bondad y de alegría.

EMILIO RAVIGNANI.

## UNA NOVELA URUGUAYA (1)

### “ESTE ERA UN PAIS”

Mientras llegaba el médico, Fulquet, que para todo dábase maña, atendió a su sobrino. Le dió a beber un refresco de vinagre:

—¡ Con esto te sacas la impresión!

—¡ Con esto te sacas la impresión!

—¡ No es nada! — animó a Raquel, que parecía la más afligida. — ¡Es a golpes como se aprende! Sólo deploro el mal rato que le doy a ustedes.

—¡ Eso es lo de menos!

Terció Fulquet tranquilizador:

—¡ De lo que tú tienes no se muere nadie!

Las mujeres, excluida Georgina que leía en el comedorcito una novela de Claudio Farrére, pusieron en orden todo lo del cuarto, para cuando llegase el médico. Cambiaron tohallas, la pastilla del jabón, llevaron agua hervida, algodones...

Poco tardó en venir Ricardo. Entre ida y vuelta, apenas una hora invirtiera:

—¡ Tuve suerte! — previno — ¡Alcancé al doctor Aznares en el preciso instante que se sentaba a la mesa!

— ¡ Muy cierto! — corroboró el aludido —: No sé porqué, se me ocurrió hoy ir temprano al hotel.

— ¡ La casualidad! — insinuaba Georgina, a quien pareció interesarle mucho el facultativo desde el primer momento.

---

(1) Un literato bien conocido de nuestros lectores, Vicente A. Salaverri, acaba de concluir otra nueva obra que será publicada este invierno. Se titula *Este era un país* y retrata con vigoroso realismo la vida urbana y rural de la vecina república. Publicamos a continuación un interesante capítulo. — N. DE LA D.

— Dice un filósofo, que en la vida hay que reservarle siempre a la casualidad la parte que le toca.

El doctor Aznares había saludado cordialmente a Víctor:

— ¿Cómo, no se acuerda de mí?

“Elemento joven y culto”, como dijo el periódico colorado al otro día de su arribo a Treinta y Tres, el mediquito era alto, flaco, pálido y narigón, de pupilas muy verdes. Frisaba en los treinta años y vestíase con esa sencillez de los hombres que tienen mucha vida interior o preocupaciones. La boca parecía más grande con la frecuente sonrisa que la dilataba. El arco exagerado de sus anchas cejas era, en caricatura, el de la Gioconda.

— Entonces... ¿no me recuerda? — insistía.

Y explicó como hubieron de saludarse en París, una mañana en que ambos fueron a la legación del Uruguay.

— ¡Es verdad! — protestó Víctor, después de hacer memoria.

El médico evocaba:

— Yo anduve por París al empezar la guerra, estudiando Radiología. Entonces, a los médicos extranjeros le costaba trabajo incorporarse a la Sanidad Militar Francesa. Había la obsesión del espionaje.

— ¿Y después de tanto rodar ha venido usted a caer, con toda su ciencia, en... la cola del mundo?

Aznares protestó:

— ¡No se crea! Treinta y Tres es un pueblecito bueno para trabajar. El médico que se lo proponga puede hacer excelencias...

Descubría en seguida su más ferviente anhelo:

— ¡Claro que mis ambiciones son otras que enterrarme aquí para siempre! Si reuniera los miles de pesos que se necesita para instalar un buen gabinete de Rayos X, me iría a Montevideo.

Así hablando había reconocido el brazo del paciente.

— ¿Alguna otra lesión? — interrogó.

Víctor, que hizo esfuerzos para no gritar cuando le apretaba la carne contra el hueso astillado, denegó con la cabeza. A juicio de Aznares, era fractura parcial y extraña, que podía curarse sin enyesamiento, con un simple entablillado.

— ¡En menos de un mes tendremos el brazo como nuevo!

Fulquet se acordó de una frase de Anatole France y hubo de ofrecérsela al concurso:

Y le dijo:

— A ver si viene por el pueblo cuando esté mejor, aunque sea con el brazo en cabestrillo. Le presentaré a gente muy interesante. Estamos haciendo un poco de política. Si quiere meterse usted, que sabe escribir, puede ser uno de los "leaders" de nuestra causa, que es la causa popular.

Había pasado la hora del almuerzo, esperando al doctor, y le invitaron para ir a la mesa. Aznares hizo la cura con habilidad, en muy poco tiempo. En su botiquín había de todo lo que se precisaba.

. . . . .

La segunda cura fué muy dolorosa. Crujían las astillas de un modo casi macabro. Raquel se fué de la habitación horrorizada.

— ¡No sé para qué te metés vos ahí! — le rezongó Georgina en el comedor.

Aquel celo, llegó a irritar a la otra:

— ¿Pero estás loca muchacha? Y sobre todo ¡no olvides que estoy en mi casa y no has de ser vos quien me enseñe como debo conducirme dentro de ella!

— ¡Estás que no se te puede hablar!

Y tiró el libro sobre la mesa, con un gesto excesivo, de histérica guaranga. Raquel la amenazó:

— ¡Tené mucho cuidado, Georgina!

— ¡Bah, parecemos conventilleras!

Y ella al menos, con sus bruscos ademanes, lo parecía bien. Nuevamente tuvo que salir Ricardo Ribalta para Treinta y Tres, conduciendo el coche:

— Dime si no es ridículo que tu hermano, que en Montevideo tiene los *chauffers* por yuntas, aquí se maneja él solo ese cascajo? — prorrumpía don Juan Carlos, asomado a la ventana, desde donde vió desaparecer el Ford, camino adelante.

Debía desear expresarle algo grave al sobrino, porque fué a ponerle pasadores a la puerta:

— Mirá: es seguro que yo me voy de madrugada, cuando pase el coche del correo. Vamos a conversar seriamente. En los

días que llevamos aquí ¿has podido resolver algo? Después de que te cures ¿qué piensas hacer? ¿Volverás a Montevideo?

— Si vuelvo... ¡no ha de ser por mi gusto! — balbució el mozo.

— Hasta ahora ¿tu hermano no ha hablado de ayudarte?

— No.

— ¿Ni cuando te mostró tus cuentas?

— No. Pasó como por sobre ascuas por mi situación.

— ¡Tiene un adoquín dentro del pecho!

— ¿A saber?

— ¡Yo si lo sé! Tiene, donde otros albergan la víscera generosa, una maquinita de hacer cálculos.

— Sin embargo, me ha dicho que aquí...

— ¡Ya comprendo! — fué la interrupción del psicólogo — ¡Qué aquí puedes quedarte! Como un vencido, como un trasto inútil, como el muchachito rengo, como la vieja de la cocina... Estos ricos de nuestro país suelen ser así. Les gusta socorrer mendicantes, pero no formar hombres útiles. Su protección es tan deprimente como la limosna más bellaca. ¡Qué tierra propicia para los fracasados! ¡Venga el último desperdicio humano, que vas a ver qué caritativamente lo acojemos! Tendrá nuestra ropa vieja, nuestros botines rotos, las sobras de la comida... "¡Cómase eso! ¡De todos modos lo íbamos a tirar!" Pero propender a que nadie se levante... ¡eso no! Al contrario: aquí al que alce la cabeza le tiramos con todas las piedras.

El viejo había cobrado un aspecto hermoso, con los ojos despidiendo fuego: Júpiter caduco, pero tonante y exterminador. Se paseaba a grandes trancadas por el dormitorio:

— ¡Qué país!... ¡Qué país!...

Por fin volvió a detenerse junto a la cabecera del lecho:

— Dime una cosa, muchacho: ¿serías capaz de ponerte al frente de un establecimiento de campo?

Y aclaraba:

— No como éste: modesto, más pequeño.

— ¡El caso es que no entiendo!

— ¡Esa no es contestación, caray! — ahora se irritó con Victor — Si a tu edad y en tu caso, no con un brazo roto, sino con las dos piernas amputadas, alguien me hubiese hecho esa pregunta, con las intenciones que la formulo yo (y eres sufi-

cientemente inteligente para descubrirlas) habría saltado en la cama para gritar: ¡Sí!

Se transparentaba todo el brío de su espíritu luchador. Luego hizo un razonamiento:

— No desconozco que aquí hay ganaderos preparados. Son los menos. Pero, si cualquier gaucho analfabeto es capaz de hacer progresos manejando una estancia, ¿tu no vas a poder realizarlos? Es cuestión de fijarse, de preguntar, de aprender, de ir manejando algún manualcito de Zootecnia...

— Pero... ¿qué es lo que se propone usted?

— Nada: que si para dentro de un par de meses Ricardo no resuelve hacer un poco de lo que tú, por el solo hecho de ser su hermano, mereces, vengo aquí y le saco mis potreros.

— ¡No comprendo!

— ¡Pues está visto que es el golpe lo que te ha oscurecido la inteligencia! Es muy sencillo: a mi no me cuesta nada conseguir un crédito y comprar unos centenares de vacas y mil y pico ovejas. ¡Para empezar tenemos bastante!

— Pero ¿empezar cómo?

— Trabajando por nuestra cuenta: tu serás el socio administrador, con residencia aquí, y yo, desde Montevideo, tu comenditario.

Victor se echó a reír a despecho de sus dolores. Fingía incredulidad, pero en el fondo, la proposición le halagaba mucho:

— ¡Qué locura!

— ¡Es lo que faltaba, que también repitas lo que dice Ricardo cuando oye mi coro de verdades!

Llamaron a la puerta. Era Dominga que le traía al enfermo una taza de café con leche:

— ¿No será chico el pocillo? — preguntó melosa.

A don Carlos le bailoteaban los ojos, reparando en aquellas comprimidas ánforas de ébano, cuya curva eurítmica dejaba adivinar una bata ceñida. Interrogó entre paternal y melifluo:

— ¿Y usted no tiene novio, mi hija?

La negra respondió mirando mansamente a Victor:

— ¿Quién me puede a mí querer? ¡No tengo quien me quiera, señor!

Y brillaron los dientes como perlas, en el estuche de los

oscuros labios, mientras entre la cortina espesa de las pestañas había un fuego de seducción y de pecado.

La presencia de Raquel, cortó el diálogo que permitía ser indiscretamente pintoresco.

Ayudada por Dominga, la dueña hermoseóle el cuarto al enfermo. Trajo nuevas colchas, limpió los vidrios de la ventana, de cuyas rejas pendían, ya marchitos, los en aquel lugar frecuentes claveles del aire; puso una coquetona mesita junto a la cama, depositando en ella varias novelas y un vaso, a modo de búcaro, con unas fragantes ramas de cedrón...

La señora de Ribalta festejaba ingenua:

— ¡Se ve qué Víctor no ha perdido el buen humor en la caída!

—No: si es ahora recién cuando empieza a tenerlo.

Y recalcó aquel viejo sagaz, aunque ciego para los pei-gros que en aqueila casa su indiscreción planteaba:

—Este muchacho vino aburrido de París. El buen humor despunta ahora. Y es una consecuencia de su sufrimiento; porque aunque a ustedes lo que voy a decir les parezca una nueva extravagancia mía, afirmaré que casi siempre en la vida, los más tristes son los que menos han sufrido!

Convino luego:

— Naturalmente, con exceso, hasta las panaceas dañan. El excesivo dolor lleva hacia la misantropía, hacia el misticismo... Nos acobardamos. La fatalidad quiere que se nos muera un hijo, y luego, cuando suena el timbre de nuestra casa, nos parece que es otro vástago: otro vástago que nos traen agonizante en la Ambulancia de la Asistencia Pública.

Guardó silencio, con el recuerdo de aquel muchacho, parecido a Víctor, que lo mataron en la guerra, de un tiro por la espalda. Su recio temple se sobrepuso a la "gran desgracia", pero quedaba el hogar herido, en sombras, donde una madre amargada y unas hijas solteronas no tenían más consuelo que ir a los jubileos de las iglesias.

Apenas lo dejaron solo, Víctor se puso a pensar. No eran los parvas ideas de otras veces. Vióse como en una especie de sueño, asaz distinto de como hasta entonces fuera. Víctor, que perfectamente sano y ágil, nada fuerte había sido capaz de

hacer, ahora, alechigado, maltrecho, intuía un muy noble destino. Recordaba palabras de su amigo, el doctor Aznares:

— Usted que sabe escribir, puede ser uno de los "leaders" de la causa del pueblo.

En su patria, como en todas las organizaciones burguesas, el pueblo sufría. El vió ya los albergues, fétidos como guaridas de fieras, de los pobres trabajadores urbanos y rurales; había visto la desconsideración con que se trataba en la estancia a los peones... Y aquello, como asegurara Fulquet, estaba lejos de constituir excepción.... ¿Cómo no se le había nunca ocurrido emplear entusiasmos en favor de una causa noble?... Iba a trabajar para poder hacer algo por los que, con menos facilidades, tenían cien trabas insalvables que impedíanles formarse. Soñó con ser famoso caudillo; es decir: hombre a quien se acata, no por miedo, sino por gratitud:

— ¡El más triste en la vida es el que menos ha sufrido!  
— aprobó.

El iba ahora a luchar para ver de ir a la alegría por la senda espinosa del sufrimiento. ¡Oh, la satisfacción del deber cumplido con creces!... ¡Del trabajo generoso; de la ayuda magnánima; del bien prodigado a manos llenas!... ¡No más vida estéril, cuando no viciosa! ¡Había que ser hombre! Hombre como lo fué su padre, como éralo todavía don Juan Carlos Fulquet:

— ¡Lucharé, sí!

Y en su cuerpo maltrecho, descubría tesoros de energía que antes no avaloraba:

— ¡Lucharé, sí!

Por un milagro del dolor, el hombre sensitivo se antepuso a aquel otro espíritu que hasta poco antes razonaba pesimista. En esta paz del cuarto, iluminado a medias por la luz de la tarde, que una persiana maltratada por las intemperies tamiza; mientras el viento hace crujir las hojas secas — como brazos anquilosados — de las palmas del patio; en tanto se oyen los locos gorjeos de los pájaros, saltando entre las ramas de los paraísos, y llega de la lejanía el mujido ardiente de los toros, que no se cansan nunca de amar, Victor siente como una renovación de su vieja alma de niño.

Es algo tan vigoroso, tan eléctrico, que le sugiere el simil cósmico del amanecer, levantando la noche como un fantástico

dromedario. Sus sienes arden y las venas amenazan abrirse con el exaltado golpeteo de la sangre:

— ¿Tengo fiebre?

Febril o no, el hecho es que palpa un magnífico exceso de vida. Nunca creyó poseer engranajes tan poderosos para impulsar la voluntad. Aquel brazo entablillado seguía pesando como un plomo, pero en cambio su alma se balanceaba jubilosa en el espacio y su corazón parecía salirse del pecho, para flotar ingrávido, alto, muy alto....

—¡He de luchar, sí! — se impuso.

Y hubiérase asombrado de que un simple accidente provocara tan sugestivo cambio armónico, a no haber recordado la aseveración del maestro, que dijo cómo las causas determinantes de nuestras acciones, son siempre baladíes.

Sus ojos vagaron largo rato por los encantados bosques de la fantasía y no vió entrar a Ricardo, "el sentido práctico", como Fulquet le llamaba con fina sorna...

. . . . .

VICENTE A. SALAVERRI.

Montevideo, 1920.

## POESIAS

### Autorretrato

Yo soy un hombre a quien se le han indigestado  
Los cuatro, o seis, u ocho librotos que ha leído;  
Que un poco más de lo conveniente ha soñado,  
Y un poco menos de lo lícito ha vivido.

Que sabe algunas cosas que saber no debiera;  
Que, en cambio, ignora muchas que debiera saber,  
Y para el cual rimar su *dentro* con el *fuera*  
Es problema más grave que el de ser o no ser

Que inquietaba las horas del Hamlet' shakspiriano.  
—Dubitativo príncipe de Dinamarca, hermano,  
Tú también ignorabas la ciencia de la vida;

Este saber complejo, necesario y profundo,  
Esta sabiduría que al entrar en el mundo,  
Todos, todos los tontos se traen ya aprendida.

### Aprendizaje

Pienso a ratos en cómo he de ver yo las cosas  
Y los seres que ahora son razón de mi vida,  
Cuando dos o tres veces más florezcan las rosas,  
Y me dé juventud su final despedida.

Imagino trocados en siluetas borrosas  
 Este amigo dilecto, esta imagen querida;  
 Desvanecidas, mis esperanzas radiosas,  
 Y este dolor, calmado, y esta ilusión, perdida...

Contra el futuro mal mi espíritu está alerta,  
 Y al ingenuo optimismo descuidado, prefiero,  
 La desconfianza, sobre el acaso despierta,

Que defenderme pueda del golpe traicionero.  
 Así, cuando el dolor se aproxime a mi puerta  
 A sorprenderme, — “entra, le diré, que te espero”.

### A un amigo

Tú, noble amigo mío, eres hombre de buena  
 Voluntad. Es tu alma transparente y serena  
 Como un lago en lo alto de la sierra, y derramas  
 Sobre todos aquellos que frecuentas y amas,  
 Esa paz de tu espíritu, igual que en el verano  
 Un gran árbol derrama su sombra sobre el llano.  
 Un profundo reposo se respira en tu casa,  
 Porque tú, en el torrente de la vida que pasa,  
 Diluyes un granito de eternidad.

Yo he estado

Unas horas en ella esta tarde, a tu lado.  
 Mientras tranquilamente charlábamos, tu hijo,  
 Que alza apenas tres cuartas mal medidas, nos dijo  
 No sé qué importantísimas cosas; creo que explicaba  
 Cómo para la cena un postre preparaba  
 La madre.—Este hombrecito es como tú. Ya sabe  
 Poner en sus pueriles travesuras tu grave  
 Gesto, y trepa a las sillas con la firme constancia  
 Con que tú cumples todos tus deberes. Su infancia

Anuncia de qué modo vivirá. Irá adelante  
Por la vida, impasible, como un buen caminante  
Que conoce el camino. Será viril y bueno.  
Defenderá su propio derecho, y el ajeno  
Respetará. La duda no extraviará su instinto  
Seguro, ni sus pasos sabrán del laberinto  
Interior, por el cual vago perdido ahora...

¡Cómo te envidio, amigo! Con lo que cada hora  
Te trae, te satisfaces, y yo, en cambio, le pido  
A cada hora aún más de lo prometido.  
¡Cómo envidio tu casa, tu vivir sosegado,  
Ese hijo que es tu vivo retrato! Fatigado  
Estoy ya, cuando apenas comencé la jornada.  
Tengo tu edad, y hasta hoy no han realizado nada  
Mi cerebro, mis manos. Me ha parecido todo  
Tan difícil de hacer, que no encontraba modo  
De encauzar en la acción mi voluntad vencida.  
Y le he tenido siempre tanto miedo a la vida...  
He aquí que me hallo pobre también, pues cada año  
Inmolé las mejores reses de mi rebaño  
En las aras floridas de un romántico culto.  
Y todas las mañanas, cuando amanece, oculto  
Mis rosas, que en su vaso pintado se desmayan;  
Y abro mi puerta para que mis sueños se vayan  
—Es necesario, amigo, vivir—y cuando éntre,  
El visitante matinal no los encuentre.  
Y hasta exagero con las gentes la cordura,  
Para que me permitan vivir con mi locurá  
En paz.

Tú rectamente marchas por tu sendero,  
Juicioso distribuyes tu tiempo y tu dinero,  
Y nunca con las cosas choca tu voluntad  
Porque rimas tu paso con la necesidad.

FRANCISCO ROMERO.

## BENEDETTO CROCE

*En el último número, correspondiente a Mayo, de la revista de bibliografía, L'Italia che scrive, (Roma) se publica una interesante silueta de Benedetto Croce, hecha, con perspicacia y riguroso espíritu de justicia, por el conocido escritor José Prezzolini. Croce, al entrar a formar parte del gabinete Giolitti, como ministro de instrucción pública, está ahora de palpitante actualidad, y por eso nos ha parecido oportuno traducir esta silueta para nuestros lectores.*

En el período que, más o menos, abarca desde la muerte de Carducci hasta la guerra europea, Benedetto Croce ha sido el mayor exponente de la cultura italiana. Dominó sin serios contrastes, y alumbró también algunos de sus adversarios, que se creían resplandecientes de luz propia y no hacían más que reflejar la de Croce. Durante esos años él ha caracterizado, informado y dirigido costumbres, inclinaciones y modas intelectuales como ningún otro espíritu de nuestro tiempo; y su acción no se limitó a Italia. El dannunzianismo ha sido un fenómeno más vasto, pero a la par más superficial, mudable y de poco peso, con ideas de segunda mano, y, por lo mismo, no arraigadas. En cambio la influencia de Croce ha sido más seria y benéfica, y ha parecido un hombre que llega oportunamente, puesto que su pensamiento floreció, y su palabra fué pronunciada, cuando Italia había ya sentido el deseo de una renovación de pensamiento, y esperaba.

En algunos apuntes inéditos de Renato Serra está escrito que Croce no deja una escuela filosófica.

A este respecto yo no tengo más que impresiones, las que no son, evidentemente, filosofía, pero me parece que Serra está en lo cierto. El valor de Croce está más bien en su perso-

nalidad que en su filosofía, y sus ideas, tan vivas y de tanta acción en su expresiva forma, es cierto que permanecen activas en sus discípulos, pero sólo mecánicamente. No me parece que de él haya nacido una escuela filosófica; creo probable, en cuanto se refiere a esta tendencia, que Gentile deje huella más sensible en un menor número de espíritus, profesionalmente más caracterizables de filósofos. Quizá no sea cierto todo esto, que es una impresión mía dependiente del hecho que la personalidad de Croce — como en general toda personalidad — me parece más interesante que las ideas. Dijo un francés que éstas valen según el hombre que las sostiene, y no de otro modo. Por donde deducimos, pues, que Croce dejará un rastro mucho menos profundo pero más vasto, sobre un número infinitamente mayor de conciencias, de modo que, mientras Croce ha sido un acontecimiento de la nación, Gentile no puede ser, hasta ahora, más que un momento de la autoconciencia de aquélla, o sea de su filosofía y, además, de su escuela. Croce ha sido más fácil, rápida y extensamente comprendido que Gentile, al que recién ahora el público comienza a atribuir cierta importancia, pero no al través de sus actividades superiores.

El público de Croce era numeroso en hombres cultos, literatos y artistas. Quizá lo hayan leído también las señoras y los políticos. De Croce derivan más costumbres y modos de presentar y resolver los problemas, especialmente literarios y artísticos, que fórmulas filosóficas; y en la misma forma en que Croce se expresa, se siente un interés más psicológico y artísticamente variado que en Gentile. Este se halla muy lejos del tono sereno, del andar desenvuelto, del talante a veces triunfal y muy a menudo burlesco de Croce, que emplea anécdotas picantes y gruesas, que abunda en chanzas y chacotas. En Gentile hay una exaltación amorosa más virginal y dominada, una más severa castidad de conducta, un interior más oculto y velado, un ímpetu más juvenilmente entusiasta, cualidades que espero ver un día desentrañadas por obra de algún discípulo de Gentile más docto y profundo que yo.

La filosofía de Croce ha sido más fácilmente "digerible" que la de Gentile. Muchas ideas han pasado, hoy por hoy, en el dominio del pensamiento europeo, y no hay hombre culto que pueda ignorarlas; han pasado tanto que, citándolas, no

se piensa ya en su autor, hasta el punto de que a uno de sus adversarios le ocurrió figurárselo como un estupidísimo rinoceronte, recordando al mismo tiempo, con verdadera satisfacción, máximas elementales de su estética! Esto demuestra que la filosofía de Croce, ya por su claridad y armonía, ya por aquella gracia que a menudo la rodea, penetraba también en los que menos lo habían supuesto, y parecía comprendida por el que no la había más que pasado al través de su espíritu, sin fatiga de elaboración personal, de lo que nacían los fenómenos más extraordinarios: el del "sobrepujamiento", tan bien ridiculizado por el maestro — según el cual, en cierto período no había joven de su escuela que no tuviera en su mesa de trabajo o en la imprenta un sistema a oponerse al de Croce o el otro del canalizamiento de las energías que, de otro modo, se habrían dispersado o estancado, pero sin ningún rasgo de originalidad, ni siquiera en la vivacidad de la repetición.

En Croce, yo veo sobre todo un equilibrador y ordenador de mentes, con todos los méritos y defectos de estas cualidades. La genialidad de Croce — palabra que no hay que emplear con reserva — no es de tipo romántico. Es una genialidad olímpica, verdaderamente italiana y clásica, que llega sin esfuerzo al fin, y produce sin ninguna fatiga, con una calma y una tranquilidad tales que hacen semejar el genio a una fuerza de la naturaleza. Por eso es que en hombres de esta *talla* es más fácil hallar una burlona sonrisa, que acentos trágicos; y tal es en las batallas su seguridad y el sentido de su superioridad, que, en vez de la invectiva satírica y fogosa, emplean preferentemente la aplastante sencillez de quien, demasiado alto para ser alcanzado, se permite dirigir al adversario una broma con un benévolo consejo. Es una genialidad más bien ordenadora y organizadora que germinativa y creadora, tan rica, llena y libre de movimientos, que en el trabajo no tiene casi tormento ni dolor de parto. En Croce no hay aquel volcán de afectos y sentidos que se ve en otros genios de vanguardia y vigía, a quienes las verdades aparecen bajo una forma desordenada y a veces nebulosa, de modo que, frente a ellas, juntas como están bajo cierto velo de misterio y poesía matutina expresadas en forma de oráculos, fácilmente se inclinan y se hacen reverentes.

Al que haya fijado en su mente este tipo de genialidad,

más poético pero no más grande, e igualmente necesario a la humanidad, la lectura de Croce puede darle la impresión de algo burgués. Su prosa es pacata, calma, solemne, perenne, siempre en un mismo nivel e idéntico calor, sin explosiones ni caídas; y si debemos considerarlo burgués, como sugirió Vossler, considerémosle así, pero burgués en grande, como se dijo de Goethe, por su vida de empresario hábil y sabio capitalizador de su genio. Pero esta impresión se transforma fácilmente en otra: cuando se considera su acción tan vasta en Italia, que repercutió desde las generaciones de los coetáneos y más jóvenes, hasta — caso rarísimo — la de los más ancianos, se piensa en un río perennemente caudaloso. Y ello no podía ser sin que hubiese en él una potente personalidad, dotada de viva fe y verdadero amor a la ciencia.

Una nota característica de esta personalidad, que ahora nos es familiar, es, por decirlo así, la de la vastedad de su obra y su laboriosidad científica: memorias y estudios, investigaciones y traducciones, documentos y notas bibliográficas, polémicas y ensayos, y sus elaboraciones y reelaboraciones, que pasan de la historia literaria y artística de Italia, especialmente de la meridional, a la estética, filosofía del derecho, ética, economía, marxismo, literatura italiana moderna, a las extranjeras, hasta las contemporáneas, al régimen de los estudios, y todo ello hecho con método, ahinco, regla y verdadera precisión.

Es un ejemplo de disciplina, de orden, de seriedad moral, de convicción que se traduce en hechos, y por eso una enseñanza. Croce, como todos saben, ha alcanzado esa forma eminentemente moderna del trabajo intelectual, que es la negación del estro romántico: el trabajo reglamentado, regular y normal, que se inicia con un fin dado, y se concluye en un dado momento, establecido de antemano.

Otra nota característica de su personalidad es el sentimiento de la realidad, que Vossler halló en su filosofía, llamándola una filosofía del suceso. Puede decirse que la enseñanza más íntima de todas sus teorías, esté en el hecho de realizar. No tiene simpatías para los precursores — para el pensamiento o la poesía inicial — para los autores de planos, libros, artes nuevas, nuevas filosofías o políticas — para los divagadores — y en general por ningún "ideal" que no sepa

concretarse en algo tangible: cuadro o fórmula, poesía o revolución. Su filosofía, en cambio, es más bien indulgente para con los "que hacen algo", y despreciando las teorías moralistas e idealistas, ha creado ese plano "económico" de la vida, en el que él puede absolver a los Borgia o a los Napoleones, tan reacios a ser comprendidos por quien no sabe resignarse a aquello de que "cosa hecha tiene su cabo".

También característica es esa clase de sonrisa que iluminando tan a menudo su rostro — suele relucir en sus polémicas, y llega hasta la broma napolitana y el chiste. Los pedantes rabiosos e inflados, que creían chocar con él, poderosamente armados con todo su pesado bagaje de sabiduría no digerida, se han visto atacados por esos pequeños alfilerazos y se han deshinchado.

Este positivismo acompañado de ligereza, esta laboriosidad ordenada y obediente a una idea de armonía, son muy italianos, en el sentido más amplio de la palabra, y hay que ser muy ciegos y parciales, para haber presentado a Croce como un campeón de mentalidad alemana, a él que, bajo más de un aspecto, eflaja la mentalidad italiana meridional, y viene — todo él — de una tradición completamente italiana y meridional de pensamiento y estilo.

Muy parecida a la de Benedetto Croce, es también cierta manera de librarse de algunos problemas u hombres, diciendo que ellos no existen o no responden a tales y cuales actividades antes definidas, sin preocuparse de sí, por otra parte, no escondan alguna otra realidad, distintamente definible, e interesante bajo otros puntos de vista. Es cierto, por ejemplo, que Mengano no es un artista, como muchos de sus lectores lo creen; pero es alguna otra cosa, y su actividad tiene su importancia; es cierto que no es un "idealista" o un "verista". Sin embargo, satisfecho con su negación, Croce no se ocupa de ello. Y en negaciones, o sea, en limaduras, consiste precisamente gran parte de su obra estética, la cual ha sido a menudo magistral en decirnos qué cosa, no ha sido un artista, pero no tan a menudo en qué cosa ha sido artista.

Otra característica que me pareció notar mucho en Croce, es su gusto por la poesía, pero, como sucede siempre, por una determinada poesía. No es absolutamente cierto que a Croce le falte, como se dice, sensibilidad; pero tiene una sensibilidad

personal muy suya, por la que siente y comprende vivamente le belleza de algunos artistas, y no la de otros, o ya la deja velar por sus repulsiones y antipatías de orden ético. Sobre Shakespeare y Ariosto, sobre Di Giácomo y Carducci, ha escrito páginas muy bellas. La moderación y la precisión de su estilo, el deseo de expresar conceptos y no alinear adjetivos, su repulsión moral por toda exageración, la misma vastedad de sus experiencias artísticas, lo hacen parecer frío y acompañado. En realidad, su carácter es mucho más artístico, en el sentido tradicional italiano de la palabra, que es el de muchos de sus detractores. Artística su educación, artística su prosa, artística (expresiva, esto es, realizadora) su filosofía, que nace de la contemplación del problema del arte, y dirigida con artístico entendimiento a librar a la historia de la opresión de las ciencias y pseudo ciencias, y a reivindicar los derechos de la fantasía.

Si bien prefiera considerar los acontecimientos con una especie de optimismo benévolo, y a tratar a los adversarios sin animadversión, pero sonriendo, no falta en él el sentido de aquellas últimas zonas del pensamiento, que nos hacen acercar a la trágica realidad de la vida, de la que está llena la filosofía idealista. Y aunque el tono de lo que escribe, y casi diría la materia de su edificio, sea más bien una serena y reposada consideración de las cosas, que se esfuerza en justificar y racionalizar todo, no son escasas las páginas que revelan un alto, severo y religioso sentimiento de la vida de la ciencia y de la búsqueda de la verdad.

Por eso mismo es que en él disuenan y nos llaman la atención, aquellas injusticias y parcialidades por las que se dejó arrastrar, hacia autores muy merecedores de crítica allí donde él hería, pero por otros factores dignísimos de admiración; y la condescendencia, contradictoria con la severidad empleada para con aquellos, hacia otros autores demasiado visiblemente obsequiosos y obedientes.

La guerra ha abierto una pausa para su popularidad, pero, como se comprende, no ha disminuído su grandeza, como no sea para los estúpidos. Los acontecimientos que han derrumbado tantas fortunas, han modificado también la de su predominio. Nos parece, y probablemente nos equivocamos, pero más nos equivocaríamos callándolo, que este período ha, so-

bre todo, apartado al hombre de los jóvenes y de la vida de su país; que su defensa del pensamiento puro de las pasiones del arte habría sido mucho más bella, más seria y reconocida, si no hubiera parecido, a veces, como tendiente a ver la paja en el ojo de los propios, antes que la viga en el de los enemigos; que haya habido en él, hacia los jóvenes, una aspereza antes desconocida, innecesaria, a veces injusta, y casi siempre ofensiva del intento. Por otra parte, es fácil reconocer que mucho mayor ha sido la injusticia de los demás, el encarnizamiento de las polémicas, y sobre todo violento ver que la pasión política era explotada en el campo del pensamiento, tratando de derribar una fama y una autoridad que impedían el camino de algunas ambiciones, muchos intereses y de un vivir por demás sosegado. Pero la maniobra no dió su resultado. Es imposible derrumbar lo que hizo Croce; y ni siquiera lo que pudo hacer para rendírnoslo menos simpático — como confiar su defensa a hombres serviles y mediocres — puede destruir de ningún modo nuestro reconocimiento. Croce es la más alta personalidad de carácter italiano que haya venido a la luz de la vida italiana después de 1900. Es aún nuestro mayor, más serio y grande representante. En la reverencia que le llevamos, y en la misma limitación que ponemos en el valor de nuestras tentativas para representarlo a nuestra manera, quisiéramos que se leyera un reflejo de la enseñanza que él nos ha dado, no sólo con su doctrina, sino también con su personalidad.

JOSÉ PREZZOLINI.

## CARRANZA

El telégrafo nos ha tenido durante varios días pendientes de las informaciones que llegaban de México sobre la nueva revuelta. Lo más interesante, desde luego terriblemente interesante, ha sido la noticia del asesinato de Venustiano Carranza, presidente de la desdichada república amiga y hermana. Dos generales, compañeros de Carranza, encabezan la revolución; Obregón, el manco, y González. Son dos figuras sin relieve y sin méritos propios. Lo que valieron dentro de la revolución que se llamó constitucional, fué por reflejo del caudillo muerto el otro día en las montañas, mientras dormía.

¿Quién fué Carranza? ¿Por qué esta nueva revuelta que continúa la larga sangría?

Hace tres años justos, cuando Carranza fué elegido presidente constitucional de México intenté escribir una silueta del caudillo azteca. No la haría mejor ahora que conozco cómo terminó sus días. La reproduzco:

“De aquel caos gestador de la revolución mexicana, — revolución que tantos beocios nuestros condenaron porque era sangrienta, y porque era cruel y porque no tenían de ella más que interesadas falsas noticias; — de aquel terrible caer y alzarse de hombres y cosas que necesariamente, — pues no había remedio alguno para la enfermedad de aquel pueblo, a no ser la rápida amputación efectuada — que, necesariamente, vino para dar por tierra la encanallada dictadura porfirista; después de la trágica desaparición de Madero y de Pino Suárez, cuando Huerta pujaba por retrotraer a México a su vida anterior de cadenas dolorosas, de extranjerías intromisiones vergonzosas, de plutocracia pura, un hombre surgió de entre la masa anónima para hacer triunfar la democracia y asegurar la libertad de aquel pueblo. Era este hombre un estanciero que gobernaba su Es-

tado a requerimiento de sus compatriotas. No era abogado, ni militar, ni político. Su pasado estaba limpio, pues no tenía más historia que la de su hogar modelo y la de sus tierras trabajadas. Además, nunca trató con los tiranuelos de su patria, ni la espina dorsal se le hizo mimbres jamás frente a Díaz. Entre el tumulto, entre la sangre hermana que se perdía, entre el sonar de cadenas que quebraban sus eslabones, los ojos todos se volvieron hacia este hombre barbado en blanco como un viejo apóstol, y en él encarnaron los patriotas de verdad, los mexicanos conscientes, hartos de crímenes, de cobardías y de comedias palaciegas, aquel remoto y continuo anhelar de justicia resumido en la revolución. Carranza surge. Es el hombre del Destino que salva otra vez a la Patria. Recuerda a Hidalgo, continúa a Juárez, tiene de Madero; sintetiza maravillosamente a los tres.

Es un hombre sencillo, como todo hombre grande; recto, severo, cariñoso. Como no es militar, ni político, ni siquiera abogado, tiene más corazón que cerebro; no lleva atrofiado el sentimiento, y ama su tierra con el amor vehemente de todo verdadero patriota; y, amado a su vez por quienes adivinan en él carne de estatua próxima, — que así la gloria se anticipa en la admiración ciudadana, — surge el caudillo.

Marcha la revolución bajo su mando, — tiene un lema: *constitución y reformas*, — de victoria en victoria. Las infaltables claudicaciones vienen, las traiciones acéchan, ahí están de negro los infieles que con sus enlodazadas acciones abrillantan lo noble. Le abrillantan en verdad, su figura ya prócer, cuando se encuentra casi solo y toda su energía se condensa para luchar contra la adversidad, — ¡que lo está probando! — y el dolor le cruje en el alma. Pero de lo adverso, de aquel lodo, de la encanallada bestia suelta que lo acosa, resurge con más fuerza de acción, porque ya puede decirse que simboliza a la Raza.

Grupos de enemigos de la soberanía nacional, trabajan desde afuera por traer sobre el país el crimen bárbaro de una intervención extranjera. Formidables intereses creados que aquel caudillo rechaza por infames, acucian en Wáshington y en Nueva York la complicada política de los traficantes inescrupulosos, que igual trafican en carne de mujer que en carne de patria. En tanto lucha a brazo partido, fuerte el corazón que no desmaya, con los reaccionarios que quedan y que el clerical empuja, en tanto trata de deshacer las hordas de pillaje que los Villa y los

Zapata, con ayuda de Mr. Bryan, capitanean, Carranza advierte, serenamente, sin desplantes, sin gestos, sin teatralidad, que su patria no será impunemente violada por extraños, porque nunca lo fué...

Es Carranza el resúmen más típico, más varonil, más completo del patriota hispanoamericano, tipo que se enraese y se pierda a medida que los años avanzan en nuestra época flaca de ideal. Personifica todo un movimiento revolucionario cuyo valor no alcanza quien no lo estudie con detenido cariño; es el ansia de democracia y de libertad de quince millones de almas, y es el que ha sabido llevar a puerto seguro, — con audacia, con entereza y con fe — toda una nación que era ya nave ardidada por sus cuatro costados.

Tiene su figura relieves propios e inconfundibles; es intachable como hombre, que así han de ser los hombres; y como Jefe, es de una sola pieza, ennoblecedora de la aleación pura del metal que lo forma; y porque es indoespañol tallado a filo como los héroes nuestros de la liberación primera, no sabe ni de gestos trágicos, ni de genuflexiones pedigüeñas, pero sí sabe sacrificar al hermano bien amado por salvar a su patria sin una claudicación con los malvados, y batir dos enemigos superiores entre el cortejo sanguinolento de los rivales más pequeños; porque, si sabe derrotar al montonero compatriota que continuó empurpurando el suelo vertiendo más jugo de la vid fraternal sobre aquella otra sangre que dieron los generosos cuerpos inmolados para derribar el régimen oprobioso de Díaz y los suyos; y al enemigo extranjero, poderoso, adinerado, brutal, que en diversos modos se oponía a la restauración institucional, porque de sobra advierte, — y por ser mal vecino no lo quiere, — que ese es el único camino que han de recorrer los que en un día cercano marquen el “hasta aquí, y no más” a las inescrupulosas avanzadas imperialistas.

Afectuoso, con la afectuosidad cordial de la raza, ha trazado las líneas rectas a seguir, inmediatamente después de acorrallar los restos de bandoleros y de hacer sentir su voluntad inquebrantable de llevar a su patria, avanzada de América española, al puesto igualitario de los pueblos sin amo. Su ideal, sintetizado en la brevedad de la frase: “*Un país libre sin transacciones vergonzosas*” resume el gran ideal mexicano. Durante treinta y cinco años el muy digno pueblo de Juárez, que fué

factoría de Porfirio Díaz y los suyos, hubo de mantenerse en la más abyecta de las esclavitudes. Sangraban de vergüenza los corazones patriotas. Definitivamente (1) han sido aventados aquellos hombres y una era nueva comienza para el país hermano.

La tragedia mundial quizá detenga un punto la marcha iniciada por la nueva senda de libertad, pero la senda ya está encontrada; y el hombre que guía ya está allí, providencialmente.

Carranza es hoy el hombre de mayor relieve propio que emerge magnífico en el gran basamento granítico, formidable, de la América nuestra."

Las anteriores cuartillas las escribí en abril de 1917. Terminaba de elegirse a Carranza, llamado hasta entonces "Ciudadano Primer Jefe", *Presidente constitucional* de México. Un sano optimismo hizo alegrarnos a cuantos seguíamos de cerca el movimiento revolucionario que encabezaba para bien, no solamente de su país, sino también de nuestra América. México merecía, sin duda, quien lo hiciera reaccionar en ese sentido. Había que terminar con los bandoleros y con los militares improvisados en las revueltas. (Carranza no permitía que se le llamara general, porque no lo era). Había que darle forma constitucional a los gobiernos, haciéndolos democráticos y dando libertades que no conocían, a los ciudadanos. Se reformó la constitución. No hay en América constitución más avanzada que la mexicana que sancionó Carranza en Querétaro de Arteaga el 31 de enero de aquel mismo año, 1917. Resolvía, con acierto, tres problemas

---

(1) Me equivoqué, se equivocó Carranza, nos equivocamos todos. "Aquellos hombres" subsisten. Ellos han sabido hacer triunfar a la maldad, una vez más, por sobre todo.

vitales: el obrero, la cuestión agraria y el clericalismo, aparte de otros muchos que no se habían conocido nunca en el país. Hacía-se necesario encarar las relaciones diplomáticas (con Estados Unidos especialmente) de una manera digna. Así se hizo. La nueva era la comenzó Carranza poniendo a México en pie de igualdad diplomática con Norteamérica. Había que destruir el eterno foco generador de conflictos: los pozos de petróleo de propiedad de extranjeros. Se destruyó. En México ningún ciudadano extranjero que no tomara carta de ciudadanía y se acogiera a las leyes mexicanas podía explotar pozo alguno. Era ur-

gente el independizarse de toda tutela. Se hizo también. La guerra europea lo dijo bien a las claras, pese a los remoquetes de "germanofilia" o de "aliadofobia" que se le prodigarán. México fué neutral, conjuntamente con las otras naciones libres de Hispanoamérica que fueron capaces de resistir la presión aliada: Argentina, Chile, Colombia. Poco tiempo después los hechos dieron la razón, que les sobraba, a los neutrales. Pero toda esa labor de Carranza,—al que le tacharon algunos exceso de firmeza pero jamás flojedades de ánimo,—encontró resistencias formidables. La primera entre los reaccionarios mexicanos, restos del "porfirismo", los clericales, los militaristas (1), los ignorantes. La segunda entre los plutócratas del gobierno norteamericano, imperialistas de raza, rapiñadores de oficio, que no perdieron un sólo día para continuar su lenta y segura campaña de anarquizar al país, dividido por ellos, robado por ellos, (2) ensangrentado por ellos. Tenían que triunfar y triunfaron. Carranza se vió obligado a huir. En su huida, una noche, un militarote precisamente, terminó con él. Estorbaba aquel hombre. Obregón le ofreció un salvoconducto para salir de México. No lo aceptó. Puesto que él no era un vulgar Huerta o un Porfirio Díaz para irse a París en busca de reposo, de placeres y de comodidades, — pese a las tonteras escritas por el señor Blasco Ibáñez desde Estados Unidos, y cuyas virtudes como "escritor" conocemos perfectamente bien, — prefirió refugiarse en sus montañas con un pequeño grupo de fieles, no convencido aún de la inutilidad de su generoso esfuerzo ante la barbarie que representaban quienes lo derrocaron.

---

(1) "Los elementos militares que preponderan en la república no han podido tolerar que el extinto mandatario se empeñara en que fuera un hombre civil el sucesor suyo en la primera magistratura del país..." "Todos los siniestros personajes que en el curso de los últimos tiempos han ensangrentado con sus fechorías los campos de México, con Pancho Villa al frente, levantan otra vez la cabeza y ya los telegramas hablan de sus intrigas, de sus imposiciones y de sus violencias, lo que parece indicar que se ha abierto de nuevo para aquel infortunado país una era de perturbaciones parecidas a las próximas pasadas..." "Carranza ha sido derrocado e inmolado a las pasiones del militarismo representado por una nube de generales ambiciosos, a los intereses del capitalismo yanqui y a los odios de la casta clerical". — *La Vanguardia*, Buenos Aires, Mayo 23 de 1920.

(2) Ellos mismos lo han confesado ya, según lo tengo advertido en anteriores escritos. V. — "Cómo robamos a México en 1848", por Roberto H. Howe. (Norteamericano) *La Reunión Americana*, Buenos Aires, Febrero 1917.

Inútil su afán por hacer de México un gran país. Inútil su largo bregar por dar a su patria una constitución democrática, por dar a su pueblo el derecho a gobernarse que los politiqueros de todo el mundo proclaman sin dejar que se convierta en realidad. Inútil su puro deseo de que la escuela exterminara a los bárbaros que por no conocerla patean las imprentas y aborrecen los libros. Inútil sus propósitos de redimir al indio, (al indio mexicano que como al indio argentino explotan y concluyen los industriales rubios de conciencias muy negras e instintos muy ruines, — de proteger al obrero. Inútil su amor a la libertad, manifestado en algunos gobiernos de sus estados, libres de una manera que asombra si se conocen sus anteriores gobiernos de opresión. Inútil que pusiera, para bien de los suyos (1), “una barrera eficaz a las depredaciones del capitalismo extranjero que desde tiempo atrás trataba a México como a país conquistado y a sus presidentes como a simples asalariados suyos”.

Inútil patriotismo, fe, amor a la justicia, cariño por el pobre, seguridad en el fin, ansias de libertad, honradez, hombría. . . Todo inútil. Cuando quiso rematar su obra, que apenas cimentó, lo derrumbó con estruendo, la baja escoria que en los pueblos se desborda frente a lo justo, de una manera tristemente fatal.

Sobraba madera de hombre en aquel héroe de nuestra América que habíase interpuesto entre su pueblo bien amado y sus enemigos de dentro y de fuera. Y como no era humanamente posible hacerlo a un lado para seguir la marcha bestial de la nueva revolución estéril que mueven inconfesables propósitos, se le eliminó a tiros, en la noche, sin mirarle a la cara, por temor a encontrarle el reproche mudo que desde la eternidad ha de di-

rigirles, mientras espera, como esperamos nosotros, que se alce en México otro hombre igual a este hombre, continuador de su obra, libertador de su pueblo, y escarmiento de estos traficantes que igual comercian en carne de mujer que en carne de patria!

B. GONZÁLEZ ARRILI.

Salta, 1920.

---

(1) *Mundo Argentino*, Buenos Aires, Junio 2 de 1920.

## COMENTARIOS DE ACTUALIDAD

### LA POLITICA ARGENTINA EN AMERICA

El Señor Presidente de la República Oriental del Uruguay ha pronunciado el día veintiuno de Abril, desde la cátedra de Derecho Internacional en su país, un conciso alegato en favor del Panamericanismo. Por poco que se desentrañe, veremos en él expuesta, en su desnudez clásica, la patraña del peligro europeo. ¿Y qué se nos ofrece para conjurarlo?... No hay que atribularse: Miremos hacia el Norte, guiémonos por esa lucecilla pálida que creó la oportuna y normal palabra de Monroe. Tal es el consejo. Pero sobre unas palabras suscritas en un momento de apuro diplomático por un magistrado cuerdo no podemos establecer una doctrina, aún ampliada, como norma de conducta para las naciones de América. El Panamericanismo no debe fundarse en temores ni en odios. Debe surgir de un anhelo amistoso, por una significación histórica, como una necesidad económica de los pueblos. Hablemos más claro: el panamericanismo debe estar en la conciencia de los americanos y no en los voluminosos protocolos de sus gobiernos. Y el americano, al menos mis connacionales los argentinos, piensan con menos pavor, no restringen su ideal político y no temen a Europa: la estudian, la ayudan, la aman.

Bien está que el doctor Brum, jefe de un Estado que para romper relaciones diplomáticas con Alemania tuvo en cuenta la actitud asumida por los Estados Unidos de Norteamérica, lleve lejos y alto su pensamiento que puede serlo también del Uruguay. Y si dijese que su inspiración finca en la percepción de los últimos latidos del credo político norteamericano, quizás no erraría; porque hay en su bien razonado discurso una atmósfera de precaución para con la política europea. Una atmós-

fera que el buen Wilson llevó a su patria junto con las manos sobadas, la retentiva hipersensible y su virtud maltrecha.

Sí; todo eso proviene de una lamentable desconfianza a Europa. Wilson creyó que con llevar la verdad junto con una bolsa de dinero, Europa entera acataría con sumisión una paz justa y disfrutaría de la Sociedad de las Naciones. Pero Europa, desarrollando una habilidad que hace honor a su inteligencia, se repartió el dinero en forma de productivos empréstitos y arrojó la verdad porque su desnudez hería su pudor diplomático.

La decepción comenzó a destilar gota a gota su amargura en el presidente americano hasta que colmó la medida. Lo corrobora su llamado al pueblo italiano en el conflicto de Fiume. Pero el triunfo de una verdad de tan grandes alcances es, forzosamente, doloroso. Su gestación está rodeada de peligros. Wilson no lo creyó así. Pensó que para cambiar la faz política de Europa era necesario solamente obrar a cielo descubierto o usar el estilo epistolar de un comerciante fuerte con un cliente moroso. Y se equivocó, porque investía la autoridad de un pueblo vigoroso y terció en disputas con la mezquindad de tres gobiernos. Así comprendieron los juiciosos senadores que lo desinfectaron de política europea antes de penetrar en su país.

La Sociedad de las Naciones (y el mismo Presidente Brum lo deja traslucir) se desliza por el plano inclinado del fracaso. ¿Y cómo no había de suceder así? Woodrow Wilson, su principal tutor, cede ante las instancias del senado de su país y, quién sabe a costa de qué concesiones, obtiene el reconocimiento de la doctrina de Monroe. El doctor Brum dice que el Tratado de Versalles, "al reconocer y respetar, expresamente, la doctrina de Monroe, parece querer limitar la actuación de la Sociedad de las Naciones en cuanto a los asuntos referentes a la América". Vemos, pues, cómo se restringe su eficacia. Aquello que en su buena hora se llamó "acuerdo regional" es un eslabón político roto entre Norte América y Europa. Pero el fracaso tiene una raíz más honda: Ibaños a poseer una sociedad de gobiernos. Menos aún: una sociedad de gabinetes. ¿Y qué fe podría inspirarnos cuando eran los pueblos quienes se disponían a crear nuevas leyes conformándolas con sus derechos? Cuando Clemenceau, Wilson y Lloyd George, en un rasgo de intranquilidad o desesperación, se cancelaron para decidir so-

bre muchas existencias y destinos, la Sociedad de las Naciones comenzó a bajar a su tumba.

El doctor Brum quizás lo comprenda así. Es posible, también, que esa convicción oriente sus deseos más que la seguridad de que "el Consejo Supremo de la Sociedad de las Naciones está formado, principalmente, por los delegados de las grandes potencias, habiéndose excluído de él a casi todos los países americanos", siendo necesario "crear un organismo poderoso que vele por ellos en las decisiones de la Sociedad de las Naciones". Ese organismo que pide el doctor Brum es "La Liga Americana". Tiene por finalidad: "ocuparse de los conflictos con las naciones extracontinentales y, además, los que surgieren entre los países asociados".

Las Naciones Americanas, a partir de su independencia, han guardado una absoluta reserva en cuanto a sus verdaderos ideales políticos. El doctor Brum bien lo sabe. Sólo la intervención de Venezuela por parte de Alemania, Inglaterra e Italia en 1902 y el conflicto del Pacífico crearon un vago espíritu de solidaridad americana. No hablaré aquí de las intromisiones yanquis en Méjico. Pero en todos los casos lo que nos movió fué el temor de que se paralizase nuestro naciente progreso o la amenaza de un precedente que hería nuestra soberanía.

Bien oportuna fué en el primero de los casos la palabra de Drago, desde el ministerio de Relaciones Exteriores, en su famosa nota a los Estados Unidos de Norte América, queriendo ver reconocido como principio "que la deuda pública no puede dar lugar a intervención armada". En aquel entonces se pedía su consagración a Norte América y se apelaba a la doctrina de Monroe. Eramos y somos todavía un pueblo en formación que no desconoce sus debilidades. Pongo por verdad de primera magnitud las debilidades financieras. Estamos endeudados. No me ilusiono con los cacareados empréstitos. Prestamos, sí; pero debemos. Y es lo que siempre nos ha hecho concebir políticamente a Europa como una asamblea de acreedores. Pero hoy es indiscutible la capacidad monetaria de los Estados Unidos y, tarde o temprano, si queremos adelantar en Obras Públicas, por ejemplo, tendremos que recurrir a sus empréstitos. Si algún conflicto surgiera con motivo de una deuda contractual o pública, sería, si se constituyese, la "Liga Americana" quien resolvería como árbitro. Y dudo de la imparcialidad del laudo cuando pien-

so en el espíritu hábil del tesoro norteamericano que puede poner en actividad más de cuatro haciendas de más de cuatro gobiernos centro o sudamericanos.

Mientras que nuestra hermana del Norte no renuncie a ser institutriz de sus hermanas bebés que pasan de los cincuenta años, todo consorcio íntimo es imposible. La voz tonante de nuestra parienta rica nos molesta. Ésa es la verdad. Y si para asegurar su comercio o recuperar sus caudales se embarcara en alguna aventura guerrera, ¿por qué íbamos a ser instados a seguirla nosotros que no alimentamos la codicia y que tenemos una casa bien grande, que en cuanto nos descuidásemos se llenaría de ratones? No, Señor Presidente. Esa Liga de que usted habla nace del temor y piensa en la guerra. Es contra esa idea que nos rebelamos. Su guerra, bien es cierto, parece ser de salvaguardia y como defensiva. Pero una vez acariciado su espíritu cualquier turbamulta lo marea.

Nosotros, los argentinos, tenemos el "privilegio" de ser sindicados como enemigos sistemáticos de la Doctrina de Monroe. Y no es exacto. Ella fué el anhelo político de una época en que los gobernantes europeos se aliaban en una política de dominación y rescate. Ella contribuyó a salvaguardar nuestra independencia. Hoy el juego es diverso: Son los pueblos quienes mandan. Y si en un tiempo fué útil, hoy más bien puede perjudicarnos. Lo pasado, pasado. Entre Europa y nosotros no puede interponerse una doctrina de Monroe. Cuando, hace un siglo, tomó forma en el senado norteamericano, era pura y sencilla. Hoy, los economistas, los sociólogos, los ministros, los estadistas, los políticos, todos la han adulterado y revestido en su afán de hacerla perdurable, eterna. Y convengamos en que han hecho una mala obra. Porque ¿quién va a utilizar un gramo del sabroso principio si se expone a tener que soportar toda una carga sobre su conciencia?

Las naciones de este continente tienen intereses encontrados y una absoluta ignorancia en cuanto a ideales y grado de civilización, una con respecto a la otra. ¿Qué piensan los habitantes americanos de sus vecinos?... Que el Brasil es un conglomerado de negros en camisa ocupados en sembrar café o cosechar bananas. Que la Argentina tiene más de lo que necesita y menos modestia de la que le hace falta. Que Chile es militarista y codiciosa. Que el Uruguay es levantisco. Que el

Paraguay es el vivero de las pestes. Que en Bolivia gobiernan los indios y el único que no está desnudo es el cacique. Que en Méjico hay mucha sangre azteca y poca cultura cívica. Que en Costa Rica está germinando un latido que hará estremecer la América. Que los ecuatorianos viven nalga al sol y boca en tierra. Que los norteamericanos son capaces de llamar sistema filosófico a la cinematografía. ¡Y más o menos con estas concepciones mezquinas vamos a intentar constituir una Liga! Al día siguiente de formarla tendríamos que empezar a resolver el arduo conflicto de las mutuas incomprensiones. Tenemos que conocemos un poco más, señor Presidente, fomentando un intercambio cultural en todo sentido. Y si algún día nos asociamos, que nadie lleve escondida un arma política: ni protectorados, ni reclamaciones jurisdiccionales. Abajo la careta.

En una Liga como la que el doctor Brum propone, estaría representado sólo un ideal político: el de conexión entre los gobiernos débiles para resistir a los fuertes. Ante la conciencia internacional, que es la que debe regir en adelante la creación de nuevas leyes en los estados, no hay más que un solo pueblo. Comencemos por desconocer derecho al odio para disponer de nuestras fuerzas. Algo habremos adelantado. No más asociaciones en las que el temor a los vecinos continentales o extra-continentales sea índice. No más alianzas para legalizar la rapiña. Y si un gobierno cualquiera firma a espaldas de su pueblo un tratado de guerra, que el pueblo se niegue a respetarlo.

Podría suponer, con cierto derecho, que la "Liga Americana" es la nave de moderno porte que viaja en busca de puertos de abrigo. Pero va dirigida, ocultamente, por el viejo marino de las alianzas europeas. El tiene la habilidad curiosa de esconder los cañones en las anchas mangas de la diplomacia sesuda y circunspecta. En la proa, una estatua simboliza la fraternidad. Tiene los brazos rotos, perdidos en las tierras de Francia. Y el viejo marino sonríe detrás suyo porque todavía cree que Metternich - Winneburg dispone las piezas de ajedrez para jugar el porvenir del mundo.

Los pueblos ya no emigran como los vándalos en son de destrucción y de conquista. Comprendemos y sentimos que los habitantes de más allá del Atlántico y del Pacífico son también nuestros hermanos. Todos juntos seguiremos la ruta de nues-

tro planeta y vamos hacia un desconocido pero igual fin. Un espíritu sabio que desde el espacio observase nuestra vida, deduciría fácilmente que el amor es el único hilo invisible que puede unir en el mismo ideal a los humanos.

### EL PORVENIR NOS SONRIE

Pasó un siglo largo, profundo; un siglo cuyos latidos arrullaron a Hugo e inspiraron a Comte, a Goethe, a Renán, a Wagner y a Balzac, y en el que surgió un genio benéfico encarnado en Pasteur. El númen de Francia sonreía bajo el cielo diáfano de su mediodía, con gracia helena y con la clara conciencia de Julio, Agosto y el Terror. La Revolución había pasado. De tiempo en tiempo en fugaz crepúsculo surgía como una condenación. El coro universal ahuyentaba las sombras, y las manos encallecidas de la historia continuaban tejiendo un grueso abrigo a los corazones franceses. Voltaire, calvo, enjuto, reproducido en felices terracotas, rodaba por el mundo, se instalaba en las bibliotecas, era el señuelo de miles de conciencias vagas y esparcía en las mentes una soberana aspereza de polvo. La ironía era, entonces, cortante y fría.

Comenzó en los espíritus un renacer de idealidades nuevas. En forma un tanto ambigua, el romanticismo volcó el lamento individual sobre las colectividades. Parecía con él entablarse la lucha sorda del hombre contra las inclemencias del destino. Pero la melancolía, eficaz lenitivo de la voluntad, sólo sirvió para diluir el pensamiento en vanas conjeturas y apresurar el ritmo de la sensibilidad. El credo de la resignación, a la luz de la inteligencia, cobró vida y expresiones nuevas. La democracia, cuyo germen renovador quizás podríamos encontrarlo entre los primeros hombres organizados en sociedades, ascendía en rápido vuelo hasta cernirse como un mandato en la conciencia de la multitud. El canto de la fragua dulcificaba las contradicciones del conjunto.

Se revela, entonces, el obrero, como una fuerza capaz de modificar el organismo social. Inspírase en el ave-fénix — pues así considera a la democracia, — corrige su conducta, propaga la idea, hace de ésta un sentimiento, y se escucha el último latido de la Francia innovadora: la Comuna.

Carlos Marx pasa a la categoría de los astros con Kropotkin. El ave-fénix cambia de plumas, y para asegurarse su presencia se le encierra en una jaula.

Francia se contrae a la labor y a la serenidad. Su ironía es piadosa. Es la ironía sabia de los que han ascendido a la gloria y juzgan la humanidad a través de su divina comprensión de lo verdadero.

Para rejuvenecer la imaginación y ponerse de acuerdo con la época, los hombres de ingenio concretan al propulsor de las evoluciones en cierta imagen de un devoto del martillo y del yunque, a quien adornan con fuerzas hercúleas, palpitante el músculo. Ésta es una figura fuertemente plástica, asequible a todas las comprensiones. Si a algún artista desdichado se le ocurre dibujar, en cambio, un pensador con la lucecita clásica, de seguro que el símbolo tiene menos eficacia. Y sin embargo, nada más cierto que lo verdaderamente grande de la humanidad es realizar la obra que proyectan sus artistas y sus sabios. No niego que "sin el brazo que nivela y construye no tendría paz el que sirve de apoyo a la noble frente que piensa". Los dos deben completarse.

Procuren los hombres que, en este soberbio movimiento espiritual del siglo, ambos sepan confundirse en una sola tarea. Y yo quisiera que este deseo no fuese interpretado como una vana aspiración literaria. Hay razones de un valor muy grande para creer en él. Pero ante todo, para que tal fórmula se realice, es necesario sentir una disposición de ánimo benévola y un criterio de libre alcance, francamente espiritualista.

El pueblo ruso ha llamado a las puertas de nuestra conciencia. Nuestro deber no es cerrárselas como burgueses prudentes, sino abrirlas como ciudadanos honrados. Ellos han dado vida a un ideal. Nunca fué el instante más propicio. Todos nos preguntábamos, cuando la guerra recrudecía, qué fruto obtendría de esa enseñanza el hombre. Y sin duda, nosotros, los que no intentamos enriquecernos durante la conflagración, nos hubiéramos sentido muy desgraciados solamente al tener que balbucear esta pregunta: ¿Para qué sirvió tanta juventud inmola-da y tanta energía mal dirigida?

Pero la vida tiene sorpresas inefables. Va para tres años que hemos visto, día a día, sorprender en su cuna a los césares de la tiranía. Y esto no es todo: a nuestros hermanos los rusos

les debemos el enriquecimiento de nuestro mundo interior por una vivificación de la libertad, que, alimentada con el biberón de leyes torpes o perversas, enflaquecía escandalosamente.

Mas no se dirá que ha sido arrojado sobre el mundo el corrosivo de la literatura rusa. Es la obra rusa, más honda, más real, más humana. No pretendo, ni espero, que su contenido ideal se encaje a viva fuerza en todos los ámbitos del mundo con sus salientes y asperezas. Pero será como la piedra arrojada al río tumultuoso que a fuerza de vivir se pule y organiza el cauce... Ya resbala sobre la agitada corriente. Es libre. Hay insensatos que quisieron sacarla y los ha tragado la corriente. Otros se burlaron, y esto es triste. Parece como si la humanidad, antes que a meditar, hubiera aprendido a burlarse.

Tengamos en cuenta que, a pesar de las contradicciones y las incertidumbres de la hora presente, hay dos cosas evidentes: el poder del trabajo y la facultad directriz de la inteligencia. Es necesario que la una no excluya a la otra.

Los gobiernos monárquicos, los republicanos capitalistas, los adocenados, la burguesía, los hombres cuyo presente es la explotación y la rapiña, y cuyo futuro es un pasado más o menos perfecto (que es lo mismo que decir una rapiña más o menos perfecta), tiemblan, azuzan, se escandalizan, gritan. Son como el chimango sorprendido sobre la osamenta gorda.

Ellos piensan que lo razonable es experimentar solamente, como consecuencia de una vibración prolongada, el fluctuar de los cambios, el alza de los alquileres, la constante suba en el precio de los alimentos y los vestidos, el aumento de tarifas en los transportes... Todo lo que forma la larga cadena que une a los pueblos por intereses materiales. Pero del espíritu, nada.

Fué, sin duda, bien opíparo el banquete que ofreció la guerra a nuestros grandes comerciantes e industriales. Ellos quieren una digestión tranquila. Buena música y blandas camas. Nada de agitaciones, lo único que se consigue es perjudicar los intestinos.

No diré que ésta es su filosofía. Sería un disparate. Hablemos francamente y digamos que es un síntoma evidente de anguria. Pero no hay que alarmarse sin antes haber reflexionado. Los duendecillos que penetran a través de los infinitos pozos de cualquier espíritu y que llegan volando desde Europa, vienen solamente a constatar quién ha comido de más. Hubo cientos

de pobres, caramba, que se quedaron sin su parte! Creo que los duendecillos, por ahora, producirán solamente dolores de estómago. Y si algo más grave llegara a suceder, allí están, entre muchos, los acaparadores del aceite, del tejido, del azúcar del papel y del aguarrás que puedan explicarlo.

La psiquis europea debe ser, según ellos, la diosa ocupada solamente en las menudencias de un Guillermo II talando árboles, o de un Hindenburg destilando mediocridad en las memorias de su vida. Pero de las vibraciones hondas del espíritu, nada. ¿Somos perros, acaso, para recibir los huesos y los puntapiés de Europa?

La obra de renovación humana se cumplirá, pese a sus deseos. ¿Cómo? Evitemos ahogarnos en la utopía. Mas hay algo innegable en todo esto: Y es que ella está dedicada al amor, a la coronación del trabajo y a la soberanía de la inteligencia.

¿Quién duda que el porvenir pertenece al obrero? Mas lo importante es que el símbolo del martillo, el yunque y el trabajador de las fuerzas hercúleas, se complete con el númen tutelar de Ariel. Sólo así podrán asegurarse los beneficios de un hermoso porvenir cercano. Sólo así podrá la humanidad rejuvenecer constantemente sus ideales y mantener vivo el fuego del amor. Las civilizaciones más grandes son aquellas cuyo espíritu se prolonga más allá del pueblo, más allá de la raza en que tuvo su origen. Lo esencial es siempre sentir lo infinito del porvenir, lo eternamente mudable de las sociedades humanas.

---

Todo en este instante me dispone a contemplar la obra del hombre y los encantos de la naturaleza. Y es un amable renacer de este otoño turbulento, coronado de nimbos, el que trae a mi vivienda las bienhechoras promesas de un brote feliz por cada hoja que fenezca.

Sí, un brote feliz. Lo presiento en la fecundidad solar que abarca el oriente de Europa. Allí amanece la historia larga de un pueblo que sufrió duramente. Un pueblo casi analfabeto y, no obstante, sabio. Su sabiduría consiste en edificar su grandeza sobre la sólida base del sufrimiento. Y esa será una obra perenne dispuesta a desafiar al olvido, y aspirar al reconocimiento de los siglos.

LUIS M REISSIG.

## LA ULTIMA ROMANZA

*En recuerdo de Amado Nervo.*

El ruiseñor cantaba su última poesía...  
sobre el magno silencio de la selva florida,  
cayó la primer nota lírica, sostenida...  
y, después, pausa breve...

Nació la Melodía.

Una nota finísima desmayó su lamento,  
y otra nota, más alta, lo recogió caída,  
y otra más... y otra, que se esfumó perdida...  
y, después, otra pausa... el Viento.

El ruiseñor cantaba su última poesía...  
tras las primeras notas el primer aleteo,  
la selva abrió sus alas y acalló sus rumores  
al preludio suave del suave cuchicheo,  
sacudiendo dormidas, para escuchar, las flores...

El ruiseñor, cantaba.

Era la Melodía

dulcísima, del vago pentagrama,  
hecho en rayos de luna... La poesía  
suave y misteriosa de la selva argentina,  
del pájaro que canta y el poeta que ama  
con una alma armoniosa y una voz cristalina.

La selva, toda oídos, se estremeció un momento, cuando en el gran silencio se desgranó en el viento, la mística plegaria de la canción del Día...

El ruiseñor cantaba... su última poesía.

Fué una nota, agudísima y profunda, que recogió en su gran Alma meditabunda, en éxtasis, la selva. Y otra nota, más breve... y otra nota más honda como una ansia, leve, y otra y otra y otra... y otra, alta, elevada, sobre todas, como un punto final. Una cascada, desgranó victoriosa y repentinamente, su lírica armonía, que se extinguió, muriendo dulcemente, dulcemente... en las pausas solemnes de la Melodía.

La selva, toda alas, aplaudió... Vibró en crescendo sobre el murmullo de alas, la divina canción. Un estupor de almas, una armonía nunca oída, una música nunca escrita, —el ruido de una fina cristalería cayendo sobre un lago de oro,—la infinita música que vibraba con el rumor del Día...

Y, de pronto, se hizo un gran silencio...

Era que empezaba a enlutarse por El, la Primavera...

JUAN JULIÁN LASTRA.

---

## AL MARGEN DE UN ELOGIO

Las líneas que siguen son una anotación al margen y no una refutación del elogio que D. Leopoldo Lugones tejió en las columnas de *La Nación* al pintor Gramajo Gutiérrez. No vamos a entrar, por lo tanto, en el análisis de la obra del artista, ni vamos a reducir nuestra impresión a los términos de un riguroso juicio crítico, con lo cual correríamos el riesgo de muchas injusticias. Tampoco podríamos refutar sin impertinencia un elogio que es, en definitiva, la relación entusiasmada del hecho raro que se comenta: la aparición de un artista.

Dice el señor Lugones: "Todo pintor mediocre pinta de más; detalla lo que no vé naturalmente; dibuja mucho .....  
.....  
Por esto el pintor, cuando más dueño del color se siente, tiende a dibujar menos".

El buen pintor tiende a simplificar, que es cosa muy distinta, como que equivale a dibujar mejor. El artista que simplifica, en lugar de descuidar el dibujo procura concretarlo a su mayor virtud expresiva. Es una de las grandes dificultades de la pintura y un motivo de tristes confusiones. Muchos artistas que creen simplificar dibujan escasamente. La simplificación es, pues, todo lo contrario de la prescindencia. El pintor que tiende a dibujar menos caerá en la vaciedad de las falsas simplificaciones, con las que se consuelan muchos artistas prematuramente satisfechos de sí.

Probablemente hay en esto una confusión de términos, porque: "El gran artista, agrega el señor Lugones, puede crear directamente con el color, y el dibujo resultará sin rasgo previo en la propia delimitación de las manchas". Luego no prescinde del dibujo. Porque no es necesario que dibuje con carbón o lápiz; puede hacerlo con el color, es lo común hoy día, pero

no podrá dejar de hacerlo. Para pintar es necesario saber dibujar; no de tal o cual modo, sino bien.

Degas, que es insospechable de academismo, lo afirmaba con un gesto de impaciencia, pegando taconazos en el suelo, para significar al discípulo que la figura que había hecho no estaba bien agarrada a la tierra, que no tenía la solidez, el equilibrio, la realidad de las cosas vivientes. Y porque sabía dibujar magistralmente pudo permitirse las libertades que le dieron fama; en virtud de su profundo conocimiento del dibujo fué un renovador. No, el dibujo es indispensable; es el arte mismo de la pintura. Y desde que no puede prescindir de él, se deduce que cuanto mejor lo conocerá el artista, más convendrá a sus fines. Anglada Camarasa, supremo colorista, esencialmente pintor, es ante todo un dibujante eximio. A sus discípulos, para que sean buenos pintores, les enseña a dibujar. Y sé de uno que fué a su taller porque despreciaba el dibujo y quería entenderse con un pintor que no le hablara de semejante prejuicio. Anglada Camarasa le enseñó a dibujar. Mientras estuvo en su taller no aprendió otra cosa. Y porque domina el dibujo, Anglada puede desdibujar — expresión de que abusan los incapaces — sin comprometer la solidez de su obra. El artista debe conocer muy a fondo el dibujo para irlo venciendo en sus dificultades inagotables.

Hokusai, el gran artista japonés, tan rebelde que a veces parece loco, decía: “La pintura es un mundo aparte y el que quiera triunfar debe conocer las diversidades de las cuatro estaciones y tener en la punta de los dedos la habilidad del creador”. Para abarcar las formas expresivas es necesario penetrarlas, observándolas siempre, dibujándolas incansablemente. La intuición genial no puede excusarse de este duro aprendizaje que la ratifica. Aun para los mejores, la facilidad es un largo ejercicio. Ahí están para probarlo todos los grandes maestros.

Dibuje, pues, el señor Gramajo Gutiérrez cuanto pueda. Dibuje siempre. Y hágalo con espíritu de análisis, no con afán de estilista; deje eso, si es necesario, para luego. Verá con alegría, si me concede el privilegio único de escucharme, que pintará mejor. Su pincel andará más suelto gracias a este ejercicio libertador, que es, en síntesis, para todo pintor, el dibujo. No imite a sus compatriotas.

Si sus obras son como tantos lugares comunes, triviales,

fatigosas, se debe en gran parte a que ninguno de ellos dibuja. Recorra sus talleres y verá que jamás han hecho un estudio; lo que es peor, ninguno de ellos tiene noción de lo que esto significa. Se repiten, se estancan, porque no dibujan. El dibujo es una constante revelación. Es la gran originalidad del arte; descubriendo al artista su personalidad, la crea en cierto modo. Desde que un artista ha profundizado la forma, ha sido original por ese solo hecho. Porque, si de un modo superficial todos nos parecemos, si todos los dibujos superficiales se parecen, apenas ahondamos el análisis empieza a abrirse el abismo, que se ensancha así que penetramos más, por el examen de las cosas exteriores, en el misterio de nuestra propia naturaleza.

Desconfíe de los que hablan de masas, de manchas luminosas y dicen que en la naturaleza no hay líneas. Es verdad, pero el artista las crea; ese es su orgullo y su fuerza. Masas, manchas luminosas, simplificación, son términos que Vd. no puede ignorar. Detrás de ellos, sin embargo, disimulan su pobreza muchas naturalezas raquílicas; con frecuencia sirven de argumento especioso a los haraganes y a los mediocres. Hoy, en la mayoría de los casos, el artista pinta sin dibujo previo. No confunda este apremio con una conquista. Y si fuera una conquista, sería siempre irrealizable sin esa otra conquista de todos los momentos, que es el dibujo. El dibujo es la prohibición del arte. Hokusai, que merece ser muy conocido, escribía a los setenta y cinco años:

“Desde los diez años tuve la manía de dibujar la forma de los objetos. Hacia los cincuenta años había publicado una infinidad de dibujos, pero todo lo que he producido antes de los setenta años no vale la pena de ser tenido en cuenta. Recién a la edad de setenta y tres años he comprendido más o menos la estructura de la verdadera naturaleza, de los animales, de las yerbas, de los árboles, de los pájaros, de los peces, de los insectos.

En consecuencia, a los ochenta años habré progresado más aún; a los noventa habré penetrado el misterio de las cosas; a los cien habré arribado, decididamente, a un estado de maravilla, y cuando tenga ciento diez años cada punto, cada línea que yo haga, tendrá vida propia”.

Estas cosas, no irá Vd., desde luego, a aprenderlas a las academias. Ya sabemos que más sirven para fomentar ilusio-

nes que para desarrollar una capacidad. Pero ¿me permite? vaya sin cuidado, así lo llamen, hacia los maestros. Si Vd. es artista de verdad, sus obras serán como espejos que le devolverán más clara su propia imagen. En ellos aprenderá a conocerse mejor, en su debilidad y su fuerza. Y pienso con que alegría mal contenida asistiría al espectáculo de un Velázquez, de un Goya, de Rembrandt el milagroso. Como le gustarían Teniers y Brughel de que le habla Lugones. Cuántas cosas le dirían de Vd. que Vd. ignora.

No tema los juicios; escúchelos con serenidad. Se producirán inevitables, sin menoscabo de su personalidad, si es efectiva. Quizás le enseñen algo por reacción. La pintura es un largo aprendizaje. Hokusai, de quien hemos hablado, murió a los noventa años, cuando contaba penetrar el misterio de las cosas, diciendo: “¡Ah! Si el cielo me diera cinco años más de vida podría ser realmente un gran pintor”.

Yo no sé de un homenaje mejor para un joven artista, que desearle tan larga esperanza unida a tan escrupulosa conciencia

RINALDO RINALDINI.

---

## DE LITERATURA HISPANO-AMERICANA (1)

Hay actualmente en Norte América un gran movimiento de interés por la literatura de los países de la América Española. *The literary history of Spanish-America* de Alfred Coester y los recientes *Studies in spanish-american literature* de Isaac Goldberg son, me imagino, no las únicas muestras de ese interés sino probablemente el resultado significativo de una importante corriente de atención hacia nosotros de parte de Norte América, en la que paralelamente a los motivos puramente intelectuales existen motivos prácticos, como es el de que siendo la América Española el mercado de hoy y de mañana para los norteamericanos, allá en los Estados Unidos se ha extendido notablemente el estudio del castellano con vistas a utilizarlo en comerciar con nosotros. Esta consideración no amengua en nada la noble tarea emprendida por el señor Goldberg. Ella no hace más que darle un mejor y más sólido asiento.

Sobre la materia que trata, el libro del señor Goldberg hasta hoy, es lo más completo que se ha escrito. Y también lo más valioso. Lo apreciable en él no es únicamente la mayor extensión o amplitud, en comparación con estudios de los propios críticos hispano-americanos, con que el tema ha sido tratado, sino que además las cualidades intelectuales del autor son excelentes, y grande su aptitud crítica.

Veamos en qué condiciones se halla el autor de los presentes *Estudios* para apreciar acertadamente la literatura hispano-americana en su faz llamada modernista, que tal es lo que ha estudiado el señor Goldberg. Observando el amor de la libertad que caracteriza la vida de nuestros tiempos, aunque —

---

(1) *Studies in Spanish-American literature*, por Isaac Goldberg Ph. O. Brentano, Editores, Nueva York, 1920.

dice — se han cometido en su nombre muchos crímenes, tanto literarios como políticos, reconoce que esto no invalida dicho impulso, que siempre y en donde quiera el hombre tiende a libertar su mente como su alma, que la verdadera liberación es tanto espiritual como material, y que el espíritu de novedad y renovación que flota en el aire es una evidencia de la afirmación y el cultivo de la personalidad. Conoce perfectamente la literatura francesa de la segunda mitad del siglo pasado y la del siglo actual, de la que podríamos casi decir que la nuestra deriva en esa época y ahora mismo. Si es de los críticos que examinan el medio literario para mejor explicarse el nacimiento de las obras, no queda rezagado en esa que fué la característica del método de Taine, y de acuerdo con la evolución en la noción contemporánea de la crítica, da una importancia razonable a la personalidad del escritor en la creación artística. Es de una gran amplitud de criterio. Ama la claridad de expresión en literatura. Y junto a una penetrante sutileza de ingenio tiene una excelente intrepidez de pensamiento. Por todas esas condiciones se ve bien que el señor Goldberg está capacitado como el que más para bien apreciar y juzgar esa parte de nuestra literatura que constituye el tema de su libro. A ella no le convenían ni un crítico académico tradicionalista, por la incompreensión probable, ni un partidario suyo, de los decididos y practicantes, que por la exageración nos la habría hecho estimar menos. El señor Goldberg no es ni el uno ni el otro, y sí un crítico independiente y, sin temor a los prejuicios intelectualistas digamos en son de elogio que es también un crítico con buen sentido — y si se quiere, con sentido práctico a la americana.

Para referirnos al contenido del libro en el corto espacio de una nota, apenas podremos considerar, y muy de pasada, algún punto importante o sobre el que valga la pena llamar la atención.

Datando el comienzo de la renovación modernista de la poesía hispano-americana en 1888 (con la aparición de *Azul...*) me parece que el señor Goldberg no ha visto bien o no ha hecho hincapié en que el movimiento de nuestros renovadores no ha tenido nada de común con el movimiento de los renovadores franceses que por esa época también comenzaban a reaccionar contra el Parnaso. Muy al contrario, la renovación modernista de nuestra poesía consistió en dotarla con cosas de que los

simbolistas y decadentes franceses querían precisamente librar a la poesía francesa. En una palabra, los renovadores hispano-americanos aspiraban al parnasianismo y los renovadores franceses renegaban del Parnaso. Esto no quiere decir que Rubén o sus precursores hayan imitado menos a los franceses, de lo que se les acusaba. Lo que hay es que en vez de haber imitado a los simbolistas, imitaron a los parnasiones, lo que los diferencia mucho de aquellos con los cuales el público está inclinado a confundirlos. Todavía en *Prosas Profanas* Rubén Darío seguía en casi todo el libro la manera del Verlaine de *Fêtes Galantes*, que es más parnasiano que simbolista y menos vago e impreciso de lo que él predicaba en su arte poético. Sólo en la actitud innovadora hubo semejanza de nuestros modernistas con los simbolistas y decadentes franceses, y sería difícil decir si hubo imitación por aquéllos de éstos.

Los precursores no cuentan sino en la medida en que han realizado con tanto talento como aquellos a quienes han precedido, una obra artística que ambos han hecho en la misma "forma", los unos primero, y los otros, después, cronológicamente. Porque una "forma" poética cultivada con poco talento nunca puede ser igual a una "forma" poética de aspecto exterior semejante cultivada con mucho talento o con genio. Lamento no tener menos premura para buscar ejemplos. Pero uno aunque sea quiero poner aquí. No en lo que el Parnasianismo tenía de impersonal sino en lo que tenía de clasicizante y de reacción contra los románticos, Mauricio de Guérin, enemigo del Romanticismo, y de ideal literario netamente clásico, no fué un precursor del Parnaso, (y sí lo fué Gautier), porque su poesía era, en primer lugar inferior a su prosa, y en segundo, inferior a la de Gautier, quien por su talento poético extraordinario no sólo fué precursor del parnasianismo sino parnasiano cuando el Parnaso aún no existía. Desde este punto de vista los precursores de Rubén Darío en poesía, apenas si han existido. Es cierto que los así llamados flexibilizaron el verso castellano antes de Rubén Darío, pero junto con eso lo llevaron muy pocas veces a una forma perfecta. En cambio, en prosa, Gutiérrez Nájera, por ejemplo, fué precursor. Y tengo para mí que fué precursor de sí mismo porque en la literatura hispano-americana, nadie lo ha superado en escribir una prosa clara, sobria, flexible, rica en matices, llena de fantasía, moderna, libre, ele-

gante, y en una palabra, perfecta. No creo con el señor Goldberg que el mérito de Gutiérrez Nájera esté en haber infundido en el castellano el sentido de la melodía interna en la estructura del lenguaje. La forma de Gutiérrez Nájera no es casi nunca musical. Tiene un ritmo interno muy "modernista", pero es un ritmo menos musical que escultural.

Una cosa sobre la que no ha insistido el señor Goldberg es sobre la nueva concepción de la crítica literaria que han traído a la literatura castellana Rubén Darío primero, y después Rodó. *Los Raros* de Rubén Darío son un espécimen de crítica concebida como género aparte y como obra de creación artística, tal como la practicaron, Gautier, recreando con la pluma los cuadros de las exposiciones de pintura que criticaba, Paul de Saint Víctor, haciendo en la crítica literaria creaciones de arte, Taine haciendo en la crítica psicológica, creaciones de arte y ciencia, y Lemaitre y Anatole France (de éste último yo siempre he creído que su mejor obra es *La Vie Littéraire*); y tal como la teorizaron Mathew Arnold, que para probar que la poesía es una crítica de la vida tuvo que convertir al artista en un crítico, y Oscar Wilde, que invirtiendo el orden en que aquél había planteado su demostración, convirtió al crítico en artista. No hay duda que el ensayo de Rodó sobre Rubén Darío supera a cualquiera de los "raros", pero sigue las huellas de éstos. Y la prueba de que sigue las huellas de éstos y no otras, está en que los ensayos críticos de Rodó anteriores a *Los Raros*, son muy distintos del ensayo sobre Rubén Darío, y tienen muy escaso valor como exponentes de crítica a la moderna.

No voy a tener más que el tiempo necesario para lanzar a la consideración del público, sin probarlas, dos observaciones que tengo hechas sobre la personalidad literaria de Rodó, una sobre su estilo y otra sobre su pesimismo.

Rodó no es un escritor de raza, aunque es un escritor nato. Sus dotes estilísticas me parecen haber sido grandes, pero no completas. El escritor de raza agrega a la perfección de conjunto la constante perfección de detalle, y ello, espontáneamente, o a fuerza de trabajo. Rodó ha realizado en su estilo la perfección de conjunto, y por así decir, exterior, pero no ha realizado la perfección de detalle. Persiguiendo en su estilo un ideal de musicalidad de la frase, ha sacrificado a él la terminación de los detalles, (por ejemplo en las coyunturas de frase) y ha pasado

por sobre cacofonías y asonancias desagradabilísimas, cuando ellas le ofrecían una "apoyadura" para concluir el período con música. Rodó no tuvo la base literaria que es el "métier" del estilista, y que se consigue en el estudio de los clásicos o con cuyo don se nace también a veces. Su estilo es como un repujado en cuero en el cual el dibujo es admirable, pero hecho sobre un cuero mal curtido.

Lo del pesimismo, es que Rodó, queriendo probarnos la optimista condición del mundo, que se renueva incesantemente y que por ello nos da ocasión para un perfeccionamiento indefinido, lo que hace es espantarnos con la visión que nos da de la huida de las cosas. Y *La pampa de granito* es el símbolo más desolador y desesperante de la dureza de nuestro destino.

He hablado de algunos puntos del libro en que me he permitido estar en desacuerdo con el autor de los *Studies in Spanish-American literature*. No hablaré de los méritos del libro detalladamente porque son muchísimos. Lo he hecho ya en general, al tratar de las cualidades intelectuales del autor, que son las mejores posibles para la obra que ha emprendido, y para otras también seguramente, por lo cual esperamos con gusto el volumen, continuación del presente, que nos ha prometido para pronto.

JULIO IRAZUSTA.

## FILOSOFIA Y EDUCACION

**El determinismo en la ciencia y en la vida**, por *Gregorio Bermann* (un volumen de 213 páginas). — Edición de la Sociedad Cooperativa «Nosotros». 1920.

La vieja disputa, tantas veces renovada, entre librearbitristas y deterministas, cobró singular importancia en la segunda mitad del siglo pasado. En su *Introducción a la Medicina Experimental*, Claudio Bernard expuso notablemente el punto de vista determinista. Luego, la escuela penal positiva italiana emprendió una ardorosa campaña en contra del librearbitrio y su postura, la teórica por lo menos, ha triunfado y se ha impuesto. En el campo de la ciencia, en el cual se han operado tantos maravillosos descubrimientos, no se concibe otra posición que la rigurosamente determinista. Esta es hoy una verdad consagrada, inconcusa. Ahora, cuando los hombres de ciencia se allegan al campo de la filosofía, el problema varía de aspecto.

Este se circunscribe, sobre todo, a la esfera moral, donde además de las dos soluciones clásicas, autores como Tarde y Fouillée fundamentan una solución conciliadora intermedia. Un escrúpulo ético, poco consistente, permite a ciertas personas alimentar una extraña dualidad: deterministas rabiosos en lo tocante a la ciencia, en tratándose de la vida práctica son librearbitristas.

Bermann parece que en algún momento llevó como hincado en su espíritu semejante escrúpulo, que le hizo dudar mucho. Vióse obligado a desmenuzar, a analizar en todas sus facetas esta interesante cuestión y, a medida que avanzaba en su estudio, más sólida y más inconvencible encontraba la posición determinista. Fruto de su viva preocupación por el tema fué primero una monografía escrita en su calidad de estudiante

de filosofía, luego su tesis para optar al título de doctor en medicina y, por último, el libro que motiva el presente comentario.

Tras de señalar la constante actualidad del tema, al que considera, después de la teoría del conocimiento, el problema filosófico por excelencia, analiza el aspecto psicológico del mismo, expone los argumentos de los librearbitristas, se refiere al testimonio de la conciencia y pasa a tratar del determinismo psicológico. Examina a continuación el problema en su faz ética, confrontando la teoría fatalista con la determinista y estudiando el proceso de liberación y el concepto de posibilidad. Pasa a considerar el determinismo y el fatalismo en sociología. Habla del determinismo histórico, de la filiación filosófica del socialismo y de la aspiración máxima: la liberación de las fatalidades. En un pasaje afirma Bermann que el sociólogo norteamericano Ward, cuyo concepto "el medio transforma al animal, mientras que el hombre transforma al medio" glosa, complementó la doctrina socialista "al conceder al factor hombre, con todo su contenido psicológico, el eminente lugar que le corresponde", pues "en la teoría socialista queda *aparentemente* reducido al rol de un rodaje en un implacable mecanismo". El subrayado de la palabra "aparentemente" nos pertenece. En efecto, se trata de una apariencia, de una vana apariencia: quien haya leído a Engels no puede confundirse al respecto ni llamarse a engaño.

Reputamos, de nuestra parte, que desde este punto de mira merece señalarse la obra de Ward, en cuanto explorando el aspecto psicológico arriba a conclusiones socialistas, pero no en cuanto el original pensador yanqui haya completado la doctrina socialista con un elemento nuevo. Pocas teorías, como la socialista, conceden mayor importancia, y esto dentro de un concepto determinista estricto, a la acción mancomunada y consciente de los hombres. Naturalmente no llega a creer, ni por un momento, que éstos todo lo determinan al compás de su albedrío. Pueden, únicamente — lo que no es poco, por cierto — *acelerar* o *retardar* el proceso de la evolución social. Que no abandona todo a un mecanicismo asfixiante pruébalo el hecho que la fracción socialista más devota de Marx y de Engels, encabezada por aquel recio y esclarecido carácter que se ha definido a sí mismo como "un marxista tallado en piedra",

ha iniciado la revolución socialista en uno de los países de capitalismo menos desenvuelto, en lugar de esperar que se iniciara en el país de más avanzado capitalismo.

Entra más tarde Bermann a examinar la filosofía del derecho penal, los conceptos de sanción y responsabilidad social — cuyo fundamento inquiera — la relación que existe entre la justicia y el determinismo, el valor de los sistemas represivos, la delincuencia como síntoma de patología social. Crea la denominación *responsabilidad social refleja*. Mediante ella expresa “la gran participación de la colectividad en hechos que se creen individuales como el crimen, la locura o la tuberculosis”, denominación nueva y feliz de un fenómeno viejo y reconocidísimo. Plantea, en fin, las consecuencias del determinismo en criminología y en medicina legal, aboga por la creación de un “Instituto de altos estudios de criminología, medicina legal y ciencias afines”, sobre cuyas ventajas insiste e inserta, en un apéndice, un trabajo sobre el dogmatismo racionalista de Kant y la posición de Schopenhauer.

El libro se lee con agrado. De su primera a su última página es una defensa decidida del determinismo. Claramente escrito y bien documentado, impregnado de un simpático y cálido sentimiento humanitarista, atestigua en su autor excelente preparación biológica y filosófica y estimables disposiciones para un trabajo intelectual serio.

**La escuela secundaria en los Estados Unidos**, por Amanda Lebarca Hubertson (un volumen de 325 páginas). Santiago de Chile. 1919.

Esta obra es un informe oficial al gobierno chileno. La autora se limita a describir, con claridad, la teoría y el funcionamiento de la escuela secundaria estadounidense. Se trata de una exposición de las más completas e interesantes, y en este sentido presta a los estudiosos un positivo servicio. En el prólogo la autora inserta el siguiente juicio que puede hacerse extensivo a las instituciones pedagógicas similares de nuestro país:

“Las personas, que por el hecho sólo de leerla, revelan cierto interés por las cuestiones educacionales, la glosarán, sin duda, con las observaciones que saltan a la vista de la comparación ante aquel sistema escolar y el nuestro, cuya rigidez orgánica le dificulta tan lastimosamente la adaptación a nuevas

necesidades y nuevos ideales. La educación es un producto y una necesidad social que debe transformarse a medida que la sociedad evoluciona y cambia. Las instituciones pedagógicas, como la mayor parte de los organismos sociales complejos, son conservadores: resisten hasta donde es posible las alteraciones que perturban su inercia, de donde resulta que de tarde en tarde, sufren cambios, tanto más violentos y completos, cuanto más han resistido la demanda de los tiempos. Se avecina, pues, para nuestro sistema escolar un período de rejuvenecimiento y de reconstrucción”.

ALBERTO PALCOS.

---

## LIBROS VARIOS

**Florencio Sánchez (su vida y su obra)**, por *Roberto F. Giusti*.—Editorial «Justicia», Agencia Sudamericana de Libros, B. A., 1920.

Este de Roberto F. Giusti es el primer libro que se publica sobre la vida y la obra del más admirado de los dramaturgos del Plata, el malogrado Florencio Sánchez. Consta de 120 páginas y está dividido en tres partes. Historia la primera los orígenes del teatro rioplatense, desde la representación de la pantomima Juan Moreira hasta los días que corren; la segunda relata minuciosamente la vida de Sánchez; y la tercera contiene el juicio crítico sobre su teatro, considerado en todos sus aspectos.

El prólogo del autor que las precede, dice:

“De este ensayo sobre el teatro de Florencio Sánchez he de permitirme recomendar al lector la parte biográfica, contenida en el segundo capítulo. Por primera vez se cuenta en éste, completa, la vida de Sánchez, pues hasta ahora no teníamos sobre ella sino noticias fragmentarias y generalmente anecdóticas. Mi tarea ha sido larga, pesada y difícil, y los resultados no siempre han correspondido a los esfuerzos. Fuí amigo de Sánchez en los últimos años de su existencia; he puesto a contribución los recuerdos de sus allegados, íntimos, amigos, compañeros; he hojeado montañas de diarios y revistas; no he ahorrado esfuerzo por conocer los datos más insignificantes, — y como fruto de mis pacientes pesquisas en Buenos Aires, Montevideo, Rosario y La Plata, ofrezco al lector las pocas páginas que siguen. Ciertamente, hay en ellas lagunas, y posiblemente uno que otro error de detalle o cronológico. Son defectos insalvables. Vida en gran parte oscura, desordenada y errabunda, la de Sánchez, que ha dejado tras sí sólo

unas pocas cartas, ni siquiera siempre fechadas, su reconstrucción queda confiada casi por entero a la memoria insegura de los parientes y amigos. ¡Base demasiado frágil para la historia! Del análisis y comparación de los testimonios más dignos de crédito no he sacado muchas veces sino incertidumbre y desaliento. Todos confunden, quién más, quién menos, todos se contradicen, hasta consigo mismos! Lo que ofrezco ha sido cuidadosamente cernido; pero no aseguro que en él no se hayan deslizado algunos errores. Espero que quienes estén en condiciones de rectificar esos errores, querrán suministrarme los documentos precisos que me permitan ulteriormente completar o corregir este trabajo. Por mi parte, para orientar a los futuros biógrafos de Sánchez, he dejado constancia en las notas, de cuáles han sido los principales hilos por qué me he guiado. Digo los principales, pues raramente he podido aceptar un solo testimonio al pie de la letra, resultando mi información en la mayoría de los casos, de una rigurosa crítica y cotejo de testimonios diversos.

“No he inventado; he buscado la verdad. He usado con mucha parsimonia del elemento legendario y anecdótico, el cual ya ha florecido lujuriosamente sobre la tumba de Sánchez. He juzgado que me incumbía revivir, tal como le conocimos, de carne y hueso, al genial amigo que todos amamos y admiramos; no, reeditar, deformado y aumentado, un ente de fantasía”.

**Un hombre libre.**—Rafael Barrett, por Armando Donoso. Ediciones Selectas América. Año II, No. 19. Buenos Aires.

Nada más grato para la simpatía intelectual que nos liga a un escritor preferido, como el hecho de hallar un espíritu selecto que — analizando su obra — nos descubra sus bellezas y armonías más ocultas, dando forma al sentimiento de admiración que late en nosotros. Por eso vemos doblemente interesante este cuadernillo de la *Ediciones América* en el que nuestro colaborador Armando Donoso nos habla hermosamente de un gran espíritu, para muchos ignorado: Rafael Barrett,

Y en verdad que el autor de *Mirando Vivir* no hubiera podido tener comentarista más culto ni interesante que el crítico chileno. Sereno siempre, a ratos entusiasta, copartícipe — a veces — de la indignación que arrastra a su glosado, Donoso estudia en su ensayo la vida y obra del valiente periodista. Su

solo título — *Un hombre libre* — denota una verdadera profesión de fe, característica de todo el escrito. Nosotros no insistiremos sobre los méritos de su autor, por demasiado sabidos; pero no hemos de callar la característica del claro escritor chileno, que se afianza y nota cada vez más: su poderosa intuición crítica.

El estudio se divide en capítulos: Un hombre libre.—Nuevo Anarkos.—El hombre.—Moralidad actual.—Los yerbales paraguayos.—El terror argentino (acaso el mejor de todos).—El moralista del contraste y Uno más. Su lectura no será vana, ni poco el placer que motive, pues consuela, realmente, ver que se roben al olvido figuras tan varoniles como la de Barrett, que se las estudie y recomiende, y que todo ello venga de un talentoso observador.

**Transparence.** Poesías, por *Marcelle Auclair*. Prólogo de Paulino Alfonso, ilustraciones de Laureano Guevara. Imprenta Universitaria, Santiago, Chile, 1919.

Transparencia, titula la joven poetisa francesa a su obra. Y a través de ella nos muestra la de su espíritu, que vierte en estrofas llenas de juventud, aunque algunas veces indecisas y descuidadas en la forma. Enamorada de la manera de Paul Géraudy, el cual influye sobre ella en forma visible, Marcela Auclair, muy femenina, nos dice sus entusiasmos, sus amarguras, sus pasiones, sencilla y llanamente. No pretende imponérsenos: se muestra como es. Ello nos da el carácter de su libro, todo sencillez, con más de una nota acertada, por ejemplo, entre muchas, esta composición titulada *La Musique*:

Quand la musique éclate en longs accords fervents,  
 Mon âme est la forêt tragique dans le vent;  
 Tout mon être vibrant se tend comme une lyre  
 Et la soif de souffrir m'exalte, me déchire.

Il monte, il monte encore, il déferle, le flot...  
 La musique a des mains prenantes de sirène;  
 Belle de tout l'effroi des angoisses humaines  
 Elle ouvre ses grands yeux profonds comme un sanglot.  
 La voix monte, s'allège en un battement d'ailes,  
 C'est un jour de soleil; le cœur voudrait fleurir  
 Tant le printemps sourit, tant la vie paraît belle;

Mais quand, les accords sourds mêlés aux notes grêles  
 Tout palpite et frémit, quand l'harmonie ruisselle,  
 C'est un bonheur d'amour dont on voudrait mourir...

**Incipit Vita Nova!** — (Alberdi. La Nueva Argentina y La Nueva Universidad), por Adolfo Korn Villafañe. — Edición de la *Revista Nacional* y de la *Unión Universitaria de Buenos Aires*. 1920.

Este nuevo libro del joven escritor Adolfo Korn Villafañe, aborda tres cuestiones de gran interés para la juventud estudiantil del país, cuestiones que cobran ahora mayor actualidad por haberse hecho en torno de ellas en el último tiempo, largas y ruidosas polémicas y otros conflictos de mayor cuantía.

Las materias a que nos referimos y de que el libro trata son: Juan Bautista Alberdi, La nueva Argentina y La Nueva Universidad.

Se recordará lo debatida que ha sido y está siendo aún hoy, la importante personalidad del gran sociólogo y jurista argentino. En este punto, Adolfo Korn Villafañe, opone a la doctrina de Alberdi muy interesantes objeciones, las cuales concreta en una a modo de acusación que denomina "tiranía intelectual".

En esa primera parte del libro estudia el autor sintéticamente las características de los partidos políticos del país, llegando a la conclusión de que el eje de todos ellos es una ideología inactual que debe ser renovada, ya que los valores sociales han sido en este último tiempo, con y a raíz de la guerra, notablemente alterados en esencia y forma.

La nueva fuente de Vida renovadora de nuestras instituciones políticas y sociales, estaría, según el autor del *Incipit*, en la pléyade de jóvenes que con el nombre de *La Nueva Argentina* ha constituido un partido universitario, el cual, aunque con proyecciones a expandir sus actividades en todos los aspectos y problemas de la vida nacional, batalla ahora en el seno de la Facultad de derecho, de donde surgiera, y la presidencia de cuyo centro ha logrado ganar, no sin antes haber renunciado lamentablemente, a algunas de las características neo-idealistas que le dieran simpático y desinteresado prestigio.

Al estudio de esas características neo-idealistas que animaron y animan en parte aún a esa joven pléyade, dedica Korn la segunda parte de su libro, y es toda ella un himno sereno en que se loan alegremente, con sano optimismo, los tesoros inefables de la juventud y la inteligencia.

Hay sin embargo, cierta confusión e incertidumbre en los anhelos y la ideología de esta juventud de que él se hace vocero.

Esto es explicable. La gran guerra, ha dejado sobre su campo, el mundo entero y las conciencias de todos los hombres, una densa, niebla ennegrecedora, una cruel angustia y el enorme vacío de muchos ídolos y valores que han caído bajo el bárbaro impulso de ese gran viento trágico.

A la Nueva Universidad dedica el autor la última parte de su libro. Habla en ella de las bondades de la Reforma que, con grandes luchas están imponiendo los estudiantes en las universidades del país, hace el elogio de las mismas, e indica nuevas necesidades y deficiencias.

Este libro, es, como su título lo indica, un llamamiento, o mejor aún, un ditirambo a la nueva vida que el mundo empieza a vivir algo confusamente, todavía. El libro de Korn es puramente local, pero responde indudablemente a las sugerencias, suscitadas por los trastornos éticos que hoy sufre el mundo, en crisis de civilización.

Está escrito el libro en un estilo sencillo, rico en expresión y elegante casi siempre. Es un libro de juventud, en cuyas páginas florece la ironía dulcemente a veces, y con más frecuencia una deliciosa ingenuidad. En el *Incipit*, libro de estructura evangélica, hay balbuceos y gritos, aunque estos últimos, son gritos que salen de un frac, más que de una blusa azul, como el autor pretende. Gritos ligeramente insolentes, pero correctos a pesar de todo.

**Eutrapelia**, por L. C. Hanon.—Buenos Aires, 1920.

¡Donde menos se piensa salta la liebre! Este refrán popular nos ha saltado a la punta de la lengua después de leer este folleto cuyo nombre de pila traducido al criollo quiere decir algo así, como tomada de pelo.

Se trata de una carta abierta que el autor en su carácter de ex-gerente de la Unión Industrial Argentina, le dirige al Dr. Domenech, quien desempeñando actualmente el mismo cargo, parece que le ha inferido ciertos agravios. El pleito u origen del brulote no tiene, como se ve, nada de literario y por lo tanto, no puede interesar a los lectores de Nosotros. Convenido. Pero, lo literario está en la forma y es sabido que hasta la imaginaria lucha de las moscas ha originado poemas épicos. En tal sentido el señor Hanon le da vuelta y raya a más

de un literato profesional y si algo se deplora es que haya logrado 25 años de su vida en la redacción de un boletín oficial de una entidad reñida por su naturaleza y por el medio en que se ha desenvuelto, con todo lo que signifique arte, ciencia y hasta mediano buen gusto. Su cultura, el dominio y manejo del idioma y hasta su temperamento indican que estaba llamado a más altas tareas intelectuales. Para que no se crea que exageramos al ponderar el contenido de *Eutrapelia*, transcribimos un sabroso párrafo.

Parece que el destinatario de la misiva, doctor Domenech, es amigo de prodigar su efigie. He aquí el concepto que esta inocente manía le merece al señor Hanon:

“¿Ignora Vd. que Plotino no quiso dejarse retratar “para no legar al mundo la sombra de una sombra”, y que el señor “Presidente de la República, coincidiendo con Plotino a través de Platón, entiende que no somos más que alma y espíritu imponderables que no pueden ser retratados? ¿No ha platicado Vd. con el señor Sylvestre Bonnard, archivista paleógrafo y miembro del Instituto, cuya *Weltanschauung*, incluye implícitamente la inanidad de los retratos? ¿No conoce Vd. las opiniones del abate Jerónimo Coignard sobre la mediocridad irremediable de los hombres que se retratan... y de los que no se retratan? ¿Es que de veras piensa Vd. que a los socios y al público les importa que Vd. sea físicamente así o asao, carirrendondo o carilargo, braquicéfalo o dolicocefalo, flaco o grueso, ñato o narigón, buen mozo o feo? ¡Vamos, mi doctor, no sea ingenuo!... ¿O será que la divulgación de su fisonomía y de su apelativo forma parte integrante de su optimismo renovador? Parece que sí. Bueno, pues entonces usted disculpe, pero yo opino que su optimismo renovador no vale un cobre. Es un devaneo; “verdura de las eras, rocío de los prados” exclamaría Jorge Manrique; “heno, a la mañana verde, seco a la tarde” comentaría Fernández de Andrada; “lozanía de pájaro en floresta”, sentenciaría indulgentemente el bigordo Arcipreste; *fumo senza arrostto*, glosaría un industrial que yo me sé; “el monje que tiene un cornado no vale un cornado”, afirmaría Juan de Avila; Kempis, amorosamente severo: “¡calle el doctor más frágil que el indocto!”; Marco Tulio recordaría, elocuente: “*jubet nos Pythius Apollo noscere nosmet ipsos*”; el mirlo de *Chanteclair* silbaría un apo-

“do onomatopéyico: *le Chevalier d'E... on!*; y nuestro viejo “Vizcacha regalaría al “optimista incorregible” algunos gramos de su filosofía criolla:

“El que gana su comida  
Bueno es que en silencio coma;  
Ansina, vos ni por broma  
Querrás llamar la atención;  
Nunca escapa el cimarrón,  
si dispara por la lomá”.

¿No es cierto, lector, que la *tirapélica* es de *figaresca* mano?

**Vida Constitucional de los Estados Unidos**, por *Benjamín Hárrison*, Traducción de *Toribio Esquivel Obregón*. — Biblioteca Interamericana. Nueva York. Doubleday, Page and Company, 1920.

La Biblioteca Interamericana, fundada por la “Dotación de Carnegie para la Paz Internacional” para la difusión de ideas entre los pueblos del Nuevo Mundo, mediante la traducción y publicación de obras importantes que expresen los ideales y los sentimientos nacionales, — ha comenzado dicha traducción y publicación, por el ensayo del expresidente Benjamín Hárrison, sobre la *Vida Constitucional de los Estados Unidos*, en el cual, en forma clara y sencilla, se estudia toda la máquina de aquel gobierno, en movimiento.

Este volumen, de 280 páginas, elegantemente impreso y encuadernado, trae en apéndice la constitución de los E. U.

La misma Biblioteca editará en inglés un número correspondiente de obras importantes americanas, traducidas del español o del portugués, para distribuirse en los E. U.

**Cuentos clásicos del Norte**. Primera serie, por *Édgar Allan Poe*. Segunda serie, por *Wáshington Irving*, *Natháníel Háwthorne*, *Edwar Everett Hále*. Traducción de *Carmen Torres Calderón de Pinillos*. — Biblioteca Interamericana. Nueva York. Doubleday Page and Company, 1920.

El IIº y IIIer. volumen de la Biblioteca Interamericana, ofrecen a los lectores de habla española, una colección de *Cuentos Clásicos del Norte*, correctamente traducidos por *Carmen Torres Calderón de Pinillos*. Los de la primera serie, de *Poe*, son bien conocidos por el lector, pues hasta tuvieron un excelente traductor en el argentino *Carlos Olivera*; los de la segunda, son de autores menos difundidos: *Wáshington Irving*, *Natháníel Háwthorne*, *Edward Everett Hále*.

Recomendamos ambas excelentes ediciones a nuestros bibliófilos.

**La Futura Sociedad de los Pueblos**, por Arturo Orzábal Quintana.—Editorial ¡Adelante! Agencia Sudamericana de Libros. Buenos Aires.

En este interesante folleto, el señor Arturo Orzábal Quintana, joven y talentoso sociólogo argentino, de rica cultura y espíritu libre, estudia, partiendo de la presente inestable situación internacional, cómo podrá llegarse a edificar sobre sólidas bases, la futura sociedad de las naciones. Todo el ensayo, que merece ser leído, está destinado a probar que “la futura liga de las naciones, cuyo definitivo advenimiento estará condicionado por el triunfo de las reivindicaciones populares, no podrá ser otra cosa que una sociedad cooperativa de pueblos, libres en el más amplio sentido del vocablo, emancipados no sólo de todo imperialismo militarista sino también de toda injusticia económica”.

#### •Ediciones Mínimas•

Los dos últimos cuadernos de las *Ediciones Mínimas* traen, como los anteriores, inteligentes selecciones de nobles escritores. El numerado 47 - 48, *Versos*, delicados y hondos versos de José Martí, el admirable cubano a quien Rubén Darío, en una de las muchas notas que acompañan a dichos versos, llama su “precursor”; y el N° 49, unas bellas narraciones de Henri de Régnier, entre las cuales, la primera, *El sexto Matrimonio de Barba Azul*, intitula el cuaderno.

#### Otros libros y folletos recibidos:

LA NUEVA REVOLUCIÓN, por P. M. Turull. Barcelona. Imprenta de Henrich y Cia. 1919.

CARLOS WAGNER, por Osmán Moyano. Asociación Cristiana de Jóvenes de Bs. As. 1920 (folleto).

NUESTRO NACIONALISMO. *Ensayo de sus valores históricos y sociales*, por José Pacífico Otero. Librería “La Facultad”. Bs. As. 1920.

LA CAUSA NACIONAL, *Ensayo sobre los antecedentes de la guerra del Paraguay (1864 - 70)*. — *Cartas ingenuas*. — *Marginales*. Por Justo Pastor Benítez. Biblioteca paraguaya del

Centro Estudiantes de Derecho. Vol. 5º Prólogo de Juan S. Chaparro. Asunción del Paraguay. 1919.

PROYECTO DE LEY ORGÁNICA DE LA INSTRUCCIÓN PÚBLICA, por Julio R. Barcos. San Salvador. 1920.

ANALES DE LA INSTRUCCIÓN PRIMARIA.—Año XVI-XVII. —Tomo XVI. — Nos. 7, 8 y 9. — Julio, Agosto y Septiembre de 1919. — República Oriental del Uruguay. — Dirección de Enseñanza Primaria y Normal. Montevideo. 1920.

ETAPAS DE MI VIDA. *Contestación a las imposturas de Juan Silvano Godoy*. Por Fidel Maíz. Asunción. 1919.

EL IMPERIO DEL BRASIL ANTE LA DEMOCRACIA DE AMÉRICA. *Colección de artículos escritos durante la guerra del Paraguay contra la Triple Alianza*, por Juan Bautista Alberdi. Edición especial de *El Diario*. Asunción. 1919.

LA EDUCACIÓN. — Tratado general de pedagogía, por Carlos Octavio Bunge. Libro I. *La evolución de la Educación*. (6.ª ed. Texto definitivo). Con una introducción de Carlos Saavedra Lamas. *La Cultura Argentina*. Bs. As., 1920.

¿ALBERDI FUÉ TRAIADOR?, por el Dr. Adolfo S. Carranza. Publicación de la Biblioteca Alberdi de Tucumán. Tucumán. 1920 (folleto).

LA GRAN GUERRA Y EL ORGANISMO ECONÓMICO NACIONAL. —Tesis presentada por Hernando de Lavalle para optar al grado de bachiller en la Facultad de Ciencias Políticas y Administrativas. Lima.

BOLETÍN DEL DEPARTAMENTO NACIONAL DEL TRABAJO. — N.º 46. Marzo 1920. Ministerio del Interior. B. A. (Un vol. de 286 páginas en el cual se estudia la *Acción Social Católica Obrera*, por Elías Niklison, inspector del Departamento Nacional del Trabajo).

LEGISLACIÓN DEL EMPLEADO PÚBLICO. *Contribución a su estudio*, por Elías Bret. *Tribuna Libre*. N.º 68. B. A. 14 de Abril de 1920.

PÁGINAS DE MI EVANGELIO, por José J. Berrutti. *Tribuna Libre*. N.º 69. B. A. 28 de Abril de 1920.

ARTÍCULOS, por José Vasconcelos. *El Convivio*. García Monge y Cía., editores. San José de Costa Rica. 1920.

HACIA LA CUMBRE, por Juan Stefanich. Publicado por el Centro Estudiantil. Asunción. 1914.

BOTÁNICA Y BIOLOGÍA. *Lecciones expuestas a los cursan-*

*tes del Liceo de Mérida*, por el Dr. Diego Carbonell, Rector de la Universidad de los Andes. Caracas. 1919.

EL PROBLEMA SOCIAL. DEL EGOÍSMO A LA SOLIDARIDAD. Apuntes ideas y reflexiones de un utopista sobre el actual y futuro régimen social. Por C. Jucarpo. *Editorial Tor*. B. A.

VICENTE FIDEL LÓPEZ, por *David Peña*. — Extracto de la Revista NOSOTROS. Año XIV. N° 130.

HISTORIAS DE PAGO CHICO, por Roberto J. Payró. Ediciones Selectas América. Año II, N° 21. B. A. 1920.

LA CASQUIVANA, por López de Molina. *La Novela Semanal*. N° 124. B. A.

LOS ALEMANES EN BÉLGICA (1914 - 1918). Testimonio de un argentino. Por Facundo Quiroga, ciudadano argentino residente en Amberes de 1914 a 1918. París, Berlín frères, editores, 1919.

LA MAISON DES NATIONS, por Ramón López Lomba. L'Union Panatlantique. París, 1920 (folleto).

LA MAISON DES NATIONS, par M. Hollebecque. 2.<sup>a</sup> édition. (Etrait de LA GRANDE REVUE. Numéros de Septembre 1919 et Février 1920). Union Panatlantique.

EDUCACIÓN FÍSICA. — Conferencias del doctor César Sánchez Aizcorbe, delegado del Supremo Gobierno del Perú y de la Beneficencia Pública de Lima. Congreso Americano del Niño. B. A., 1919.

EL NUEVO DERECHO, por Alfredo L. Palacios. Versión taquigráfica de tres conferencias pronunciadas en la Facultad de Derecho y Ciencias Sociales. B. A., 1920.

FRAY FERNANDO TREJO, NO FUÉ FUNDADOR DEL COLEGIO DE LA UNIVERSIDAD DE CÓRDOBA (ARGENTINA), por A. Rodríguez del Busto. Madrid, 1919.

LEY ORGÁNICA DE MUTUALIDADES Y SEGUROS POPULARES. — Proyecto de ley y exposición de motivos presentado en la sesión del 22 de Setiembre de 1919 por el diputado nacional Augusto Bunge. — Honorable Cámara de Diputados de la Nación. B. A. 1920.

BOLETÍN DEL MUSEO SOCIAL ARGENTINO. — El problema de la habitación. Año IX. Mayo de 1920. N° 95. B. A.

UNIVERSIDAD NACIONAL DE LA PLATA. (Publicación no oficial). — *Hechos no publicados y documentos relativos a la re-*

*belión de alumnos.* Información del Presidente dimitente a los señores Profesores. B. A., 1920 (folleto).

LA VERDAD SE ABRE PASO. CUATRO GRANDES REPORTAJES A LENÍN, TROZKY, ZINOVIEF, LITVINOV.—B. A., 1920. (Folleto).

EL PROBLEMA AGRARIO, por Federico Engels. Traducción del alemán por M. Jarochevsky. B. A. Biblioteca de Estudios Marxistas. (Folleto).

IDEAS E IDEALES, por Enrique Dickmann. 2ª ed. B. A. 1920.

DEMOCRACIA CUANTITATIVA Y DEMOCRACIA CUALITATIVA. ¿UNA NUEVA FILOSOFÍA POLÍTICA?, por Enrique Dickmann. B. B., 1920. (Folleto).

HACIA LA EMANCIPACIÓN ECONÓMICA, por Alejandro de Olazábal. Carta abierta Presidente Irigoyen. B. A., 1920.

LA F. O. R. A., por Alfredo L. Palacios. Agencia Sud-americana de libros. B. A., 1920.

X. X.

## NOTAS Y COMENTARIOS

---

### Un enemigo del orden.

La Facultad de Filosofía y Letras llamó a concurso recientemente para la provisión de la cátedra de Introducción a los Estudios Literarios. Se presentaron siete candidatos. La terna quedó formada de esta manera: Miguel de Toro y Gómez; Roberto F. Giusti; Alfonso Corti. Los tres candidatos fueron respectivamente elegidos por dos tercios de los votos del Consejo Directivo, de acuerdo con la respectiva ordenanza.

Pero la terna, formada con estricta legalidad, ha sido objetada — ¡caso rarísimo! — por el Consejo Superior Universitario, quien se resiste a aprobarla por figurar en ella un hombre de ideas avanzadas, un bolcheviki, anarquista, socialista o cosa así: nuestro director. Aunque todavía no se ha publicado el acta de la descomunal sesión, se nos asegura que el ganso capitolino que dió la voz de alarma fué el abogado doctor Leopoldo Melo, senador nacional y decano de la Facultad de Derecho y Ciencias Sociales. Resolvieron los señores consejeros informarse, y según se cuenta, lo harán, o ya lo han hecho, en el Departamento de Policía.

Ignoramos en absoluto qué es lo que saben en el Departamento de Policía sobre nuestro director, quien, según se dice en la jerga profesional, "no registra ninguna entrada". Por ahí, ciertamente, el Consejo Superior Universitario no podrá enterarse de que el ciudadano Roberto F. Giusti, por mal de sus pecados egresado de la Facultad de Filosofía y Letras y profesor de Literatura en el Colegio Nacional, es autor de varias obras que le han ganado la estimación y el aplauso, en artículos y libros, de algunas personas inteligentes, y director de

la revista NOSOTROS, fundada hace trece años, de la cual la mayoría de los periódicos nacionales y extranjeros se empeñan benévolutamente en decir que es la mejor revista literaria argentina. Y así el Consejo Superior Universitario se quedará a oscuras en un asunto que, por lo que toca a la revista NOSOTROS, nuestra desmedida vanidad nos hacía creer clarísimo.

Mas lo grave es que lo del bolchevismo parece ser dolorosamente cierto. Hemos interrogado a nuestro director sobre el punto, y él nos ha contestado que si bolcheviki es aquel que sigue con atenta inquietud la suerte del mundo y considera la revolución rusa como un formidable esfuerzo de redención humana, efectivamente lo es. Ahora, si por bolcheviki, en el lenguaje especial del Consejo Superior, se entiende un loco hirsuto y sanguinario, sin otra ley que su instinto — no lo es. Son bolchevikis, de aquella manera, hombres como Bertrand Russell, Anatole France, Enrique Barbusse, Jorge Sorel, Romain Rolland, Máximo Gorki, Bernard Shaw, Eugenio D'Ors, Gabriel Alomar, José Ingenieros — y es honroso ser oscuro soldado en filas que cuentan con tan buenos jefes. Esto nos dijo nuestro director, a quien encontramos sumergido en la peligrosa lectura de los telegramas de *La Nación* que refieren las negociaciones entre el satánico ciudadano Krassin, delegado del Soviet, y el angelical señor Lloyd George, ministro de Su Majestad Británica.

Y he aquí demostrado una vez más como la historia no enseña nada a los hombres, por lo menos a los miembros de los Consejos Universitarios. Que si fuera de otro modo, no veríamos repetirse, (y para mayor vergüenza aquí en la Argentina, donde en ciertas esferas era ley la libertad de pensamiento) el caso clásico del hombre que por el delito de pensar libremente en materia religiosa, filosófica o política, es arrojado de la cátedra universitaria, con escándalo e indignación, siempre, de la posteridad.

Esta vez la posteridad no se enterará, pues tendrá algo más importante que hacer — queremos esperarlo — que ocuparse de los protagonistas de este grotesco episodio; sin embargo, para los contemporáneos, el caso es tristísimo. Prueba muchas cosas: en un plano, la absoluta falta de sentido histórico de la mayoría de los hombres, que confían a sus biznietos la misión de comprender los acontecimientos sociales de que

han sido testigos; en otro plano, hasta qué punto está llegando entre nosotros, insensiblemente pero en forma amenazadora, la reacción.

Mas, en verdad, ¿qué importa todo esto? También enseña la historia que cuando más alumbra en el corazón de la humanidad el afán de justicia, el mayor delito — para los injustos — es el de pensar. Porque en ese negocio — ellos, ciegos en todo lo demás — sí ven claro.

### “Nosotros” en Chile.

La simpática revista *Yamba*, de Santiago de Chile, en su número del 15 de Junio y en un artículo firmado por el poeta J. Lagos Lisboa, después de referirse al homenaje tributado por Nosotros a Rafael Obligado, se expresa así de nuestra revista:

“La revista Nosotros es posiblemente la más elevada tribuna del pensamiento escrito en nuestro continente. Colaboran en ella los mejores poetas, los más hábiles prosistas, los más renombrados sociólogos de América.

“La sociedad de escritores argentinos que viene sosteniendo esta revista desde hace trece años, la constituye lo más granado del intelecto de aquel país.

“Nosotros no es sólo el portavoz de la mentalidad americana y argentina especialmente. Es también el hogar de los escritores y artistas de allende los Andes. Allí se reúnen frecuentemente en ágapes cordiales y fraternal camaradería. Allí se caldean entusiasmos, se refuerzan voluntades, se abren horizontes a iniciativas fecundas.

“El vuelo admirable de las letras argentinas en los últimos años, el creciente desarrollo de empresas editoriales, se deben en parte no pequeña a la intensa y sostenida labor de Nosotros”.

### “El Convivio”.

En un pequeño tomito, esmeradamente impreso, *El Convivio* de Costa Rica, acaba de publicar todas las *Poesías Originales* de Fray Luis de León. En este volumen se incluyen las que el P. Merino, en su edición de 1816, considera como auténticas. Se excluyen las que en Apéndice publica como apócrifas o como dudosas.

En otro volumen titulado *Sala de retratos*, ha publicado unas delicadas páginas críticas y descriptivas de Enrique Diez-Canedo, el conocido crítico y poeta español; y en un tercero, un leve *Florilegio* del original José Moreno Villa.

Los tres tomitos están en venta en la Administración de NOSOTROS.

“NOSOTROS”.

---